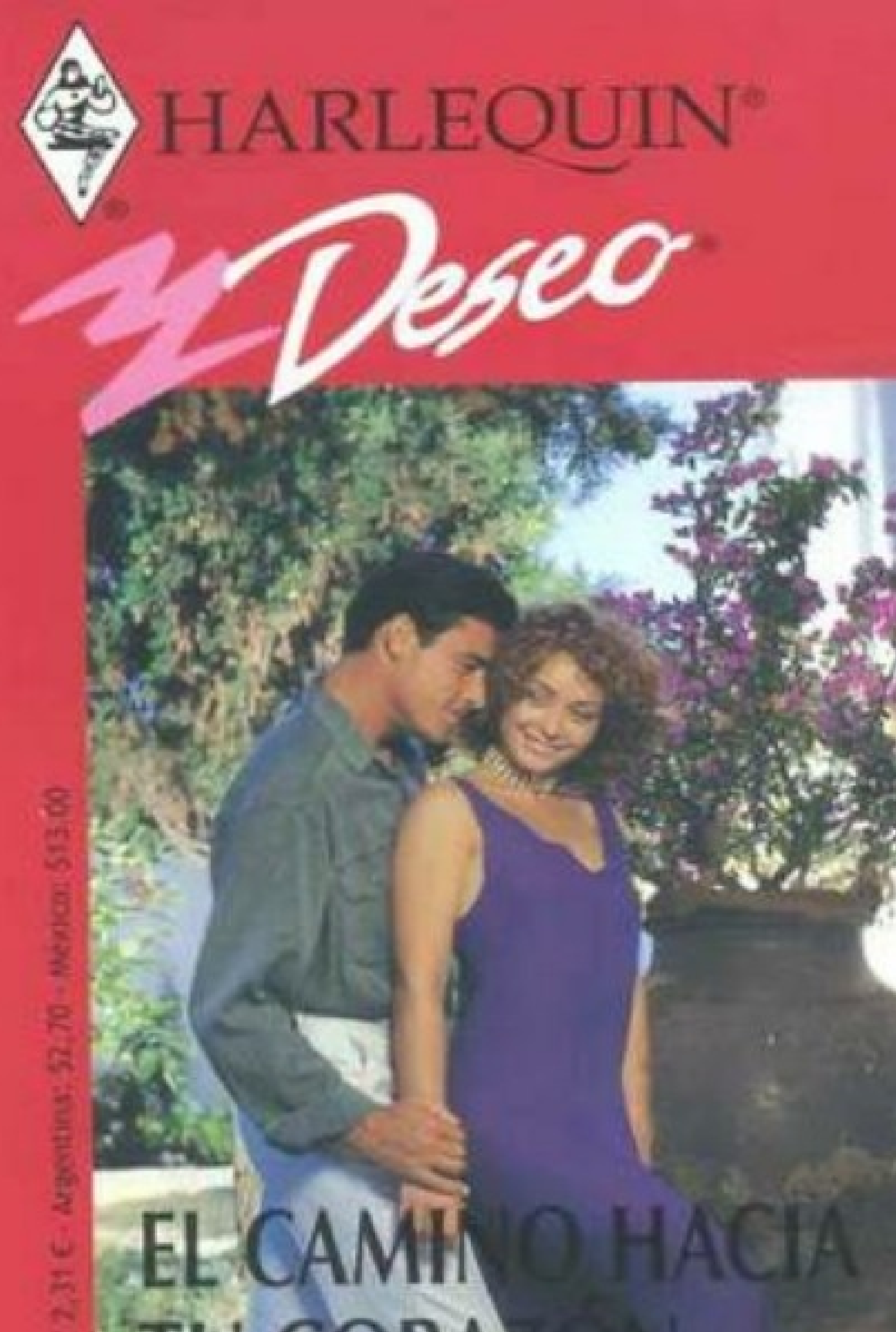


EL CAMINO HACIA TU CORAZÓN

Peggy Moreland

385 ptas. / 2,31 € · Argentina: $2,70 · Mexico: $13,00

El camino hacia tu corazón

Peggy Moreland

El camino hacia tu corazón (2001)
Título Original: The way to a rancher's heart
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1055
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jase Rawley y Annie Baxter

Argumento:

Para un vaquero duro como Jase Rawley, las chicas jóvenes e inocentes eran un problema. Por eso Jase quería esquivar a la nueva niñera de sus hijos, Annie Baxter. Pero no era fácil negar la atracción que sentía por la preciosa muchacha. Ella llenaba de risas y cariño su casa... así como su profundo y solitario corazón. Sus besos inocentes, pero tremendamente sensuales, eran razón suficiente para que un hombre se preguntara si ciertas reglas no se habían hecho para ser incumplidas...

Capítulo 1

Jase Rawley había dormido muy poco y trabajado mucho durante los últimos días. De manera que estaba completamente agotado.

Después de aparcar su camioneta, en cuyo remolque llevaba un cargamento de terneros que había comprado en Texas, se encaminó penosamente hacia su casa, sumida en la más absoluta oscuridad. Una vez dentro, se quitó sus botas camperas y las dejó al lado de la puerta para volver a ponérselas por la mañana. Se desabrochó el cinturón y se dirigió hacia el dormitorio principal mientras se desabotonaba la camisa. Al lado de la cama, se desnudó, preparó el despertador para las seis de la mañana y se dejó caer sobre la cama de matrimonio. Se quedó dormido inmediatamente.

Lo despertó, tres horas después, el irritante sonido del despertador. Lo apagó con el puño y enterró el rostro de nuevo en el colchón. Dio un suspiro profundo, sopesando los pros y los contras de dejar unas horas más a los terneros en el remolque. Pero el aroma de café recién hecho le hizo levantar la cabeza.

—Hermanita —murmuró casi con admiración mientras se incorporaba—, eres una santa.

Todavía con los vaqueros y los calcetines con los que había dormido, entró bostezando en la cocina y cerró los ojos para disfrutar mejor del aroma que desprendía el café.

—Buenos días —fue su saludo mientras agarraba la cafetera.

—Buenos días. ¿Quieres los huevos fritos o escalfados?

Le sorprendió la pregunta, de manera que, sin decir nada, se volvió hacia la mujer que estaba al otro lado de la cocina, dando forma a la masa de harina que tenía sobre una bandeja.

Lo miraron dos ojos verdes y alegres sobre una naricilla impertinente, cubierta ligeramente de pecas. Luego se fijó en que una boca de labios carnosos le sonreía de una manera inhabitual para aquellas horas de la mañana mientras una melena castaña, del color de las avellanas, se derramaba sobre unos hombros estrechos y enmarcaban un rostro ovalado juvenil... un rostro que no se parecía nada al de su hermana.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó él.

La mujer se limpió la mano en el delantal mientras su sonrisa se hacía más amplia.

—Annie Baxter. Soy tu nueva ama de llaves y también la niñera de tus hijos —respondió, extendiendo una mano hacia él.

El hombre, sin aceptar la mano que le ofreció ella, miró a la mujer

de arriba abajo. Iba descalza y llevaba las uñas de los pies pintadas de color azul.

—¿Ama de llaves? —preguntó finalmente.

—Sí, tu hermana me ha contratado. Sabías que pensaba contratar a alguien, ¿no es así? —contestó con una sonrisa que delataba su curiosidad.

Él tragó saliva mientras intentaba recordar una conversación que había tenido con su hermana dos semanas antes. Recordó que le había dicho que pensaba marcharse y, efectivamente, que pensaba contratar a alguien para sustituirla. Pero él había creído que su hermana estaba fanfarroneando como había hecho muchas veces anteriormente. Penny siempre había vivido con él desde que sus padres habían muerto, quince años atrás. Así que él jamás había pensado en la posibilidad de que pudiera marcharse. Además, Penny había sido un gran apoyo para él desde que muriera su mujer, dos años atrás.

—Sí, claro. Ahora recuerdo que me dijo algo al respecto —comentó él, estrechándole por fin la mano.

—¡Es un alivio! Pensé, por un momento, que o tú o yo estábamos en la casa equivocada. Penny me dijo que volverías hoy, aunque no imaginaba que fuera tan temprano.

—Decidí venir directamente —murmuró, esforzándose por asumir el hecho de que Penny se había ido y había dejado alguien en su lugar —. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Seis días. Penny me contrató el lunes y se quedó hasta el jueves para asegurarse de que yo me sentía a gusto y que los niños me aceptaban.

—¿Te dijo dónde iba?

—Claro que sí —replicó, sorprendida por la pregunta y dándose la vuelta para seguir preparando las pastas que estaba haciendo—. Me dijo que se quedaría con Suzy dos días. Conoces a Suzy, ¿verdad?

Jase frunció el ceño.

—Sí, la conozco.

—No me has dicho cómo querías los huevos. ¿Fritos o escalfados?

Jase llenó una taza de café y se dio la vuelta, rezando por que la cafeína le aclarara la mente y todo aquello fuera un mal sueño.

Pero la desconocida no desapareció como había esperado, sino que continuó cortando la masa en trozos redondos y poniéndolos en la bandeja del horno.

—Fritos. Y ahora, perdona, tengo que llamar por teléfono —añadió, saliendo de la cocina.

Jase fue a llamar inmediatamente a casa de Suzy.

—¿Hola? —le contestó la voz soñolienta de la muchacha.

—Dile a Penny que se ponga al teléfono.

—Buenos días, Jase —contestó la chica, dejando el auricular—. ¡Penny, te llaman al teléfono! Es el «Oso».

Jase frunció el ceño al oír el apodo con que Suzy lo llamaba desde hacía ya muchos años.

—¿Jase?

—¿Cómo demonios te vas así y dejas a los niños con una desconocida?

—Annie no es ninguna desconocida. O no exactamente. Le hice una entrevista y revisé sus referencias antes de ofrecerle el puesto. Es una persona honrada y es capaz de cuidar de los niños.

—Me importa un comino quien sea. Tú te vienes ahora mismo aquí, a tu casa, ¿me oyes?

—No voy a ir, Jase. Ya he aceptado el trabajo en Austin.

—¿Qué?

—He aceptado un puesto de trabajo en Austin. Y uno muy bueno. Seré la secretaria del director de una empresa importante de informática.

—Déjalo. Firma tu dimisión o haz lo que quieras, pero vuelve a casa inmediatamente. No quiero que mis hijos se críen con una desconocida.

—¡Entonces críalos tú!

Jase se apartó el auricular del oído y se quedó mirándolo unos segundos, asombrado por el modo en que le había contestado su hermana. Con el rostro muy serio, volvió a colocarse el auricular al oído.

—¿Está Suzy detrás de todo esto?

—No, Jase. Suzy no tiene nada que ver con mi decisión de dejar el rancho.

—De acuerdo, Jase, échame la culpa a mí de todo —se oyó que decía Suzy.

—Ella es la que normalmente te llena la cabeza de tonterías —replicó irritado—. Tú no eres así, Penny. Tú no te escaparías de repente ni dejarías a los niños con una desconocida. ¿Y si esta chica no trabaja bien o si decide marcharse? ¿Quién va a cuidar entonces de los chicos?

—Tú. Son tus hijos y es hora de que asumas tu responsabilidad como padre.

—¡Nunca he dejado de asumir mi responsabilidad! Trabajo para ellos, ¿no es así? Tienen todo lo que necesitan.

—Les das todo, menos tu compañía. Oh, Jase —su voz tembló como si estuviera a punto de echarse a llorar—. ¿No te das cuenta? No

solo han perdido a su madre, sino también a su padre.

Después de darse una ducha y vestirse, Jase se dirigió a la cocina, todavía enfadado con su hermana. Antes de abrir la puerta, oyó la risa de su hija de seis años.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó.

Cuatro cabezas se volvieron hacia él desde la mesa.

—¡Papá! —gritó Rachel, levantándose y arrojándose a sus brazos.

—Hola, tesoro —respondió, todavía serio.

La niña le agarró una mano.

—Tenemos una nueva niñera. Es guay.

Jase frunció el ceño al oír la palabra que, seguramente, la niña había aprendido de sus hermanos mayores.

—Sí, eso he oído.

Luego dio una palmada en el hombro a su hijo de trece años, Clay, y se sentó en la silla que presidía la mesa. Hizo un gesto a Tara, la hermana gemela de Clay, y colocó la servilleta sobre el plato.

—¿No deberíais de prepararos para ir el colegio?

Tara hizo un gesto de dramatismo.

—No son todavía las siete, papá. Hay tiempo de sobra.

Jase agarró la cesta de galletas.

—No quiero que perdáis el autobús. Tengo el remolque lleno de terneros que he de descargar y no tengo tiempo de llevaros al colegio.

—Nunca tienes tiempo de llevarnos a ningún sitio —dijo la adolescente, levantándose y saliendo de la cocina como una exhalación.

Jase se quedó mirándola de arriba abajo, dándose cuenta del minúsculo top que llevaba junto con unos vaqueros rotos.

—¡Y ponte algo decente! Ninguna hija mía va a ir al colegio vestida como una cualquiera.

Oyó que la chica le contestaba algo, pero no entendió las palabras. Frunciendo el ceño, se extendió una buena capa de mantequilla sobre la galleta y recordó el comentario de su hermana acerca de su dejadez en el papel de padre de los chicos.

—¿Habéis hecho los deberes?

—Sí, papá —contestó Rachel en seguida.

Al morder la galleta, Jase miró a Clay, que permaneció en silencio.

—¿Y tú? ¿También los has hecho?

—No tenía —murmuró el chico, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

—Espero que no me llamen de la escuela diciéndome lo contrario —amenazó Jase. Luego miró a Rachel, que lo estaba observando con los ojos muy abiertos—. ¿Y bien? ¿Tienes pensado ir a la escuela o

no?

—Sí —replicó, levantándose apresuradamente—. Gracias por el desayuno, Annie. Estaba muy bueno.

Annie esbozó una sonrisa radiante a la niña.

—Me alegro de que te haya gustado. No te olvides de la comida.

Rachel se acercó a la silla de Annie.

—¿Me has puesto una sorpresa como el viernes pasado? —preguntó la pequeña, jugando con una de sus trenzas.

Annie pasó un brazo alrededor de la cintura de la niña y la apretó contra sí.

—Claro que sí, pero no puedes mirar. Si lo haces, no será ninguna sorpresa.

—No miraré —prometió la niña, recogiendo el paquete que había sobre la encimera—. Hasta la tarde, Annie.

—Hasta la tarde —respondió Annie, despidiéndola con la mano.

Jase frunció el ceño, sorprendido ante la gran aceptación que había tenido la niñera por parte de sus hijos. Lo que en cierta medida, le hizo sentir celos de ella, pero nunca admitiría nada parecido.

Una vez que sus hijos se hubieron ido y se quedó a solas con la niñera, deseó no haberles mandado al colegio con tanta prisa.

—Me imagino que Penny te habrá informado de tus tareas —dijo, tratando de romper el incómodo silencio.

—Sí, me lo explicó todo.

—Yo suelo estar fuera la mayor parte del tiempo, pero si necesitas algo, me puedes llamar al móvil. El número está en el salón, al lado del teléfono fijo —añadió, haciendo un gesto con la galleta.

—Penny me explicó todo —contestó ella—. Por cierto, los niños te han echado mucho de menos estos días.

—Casi nunca me voy fuera. Y si lo hago, nunca estoy más de una semana.

—Eso da igual. Es normal que los niños echen de menos a sus padres.

Jase se aclaró la garganta y agarró su taza, bebiéndose el café de un trago. Luego se levantó.

—Tengo que descargar los terneros.

—¿Vas a venir a comer?

Jase estuvo tentado de decirle que no para evitar coincidir con ella a solas, pero faltaba demasiado tiempo para la cena.

—Sí, pero no es necesario que prepares nada. Puedo hacerme un sándwich o algo así.

Ella también se levantó y comenzó a llevar los platos al fregadero.

—No me importa cocinar. De hecho, me gusta mucho. ¿Quieres

que te prepare algo en especial?

Jase se puso el sombrero que había dejado la noche anterior sobre una silla y la miró. No pudo evitar, a pesar del delantal que llevaba puesto la mujer, darse cuenta de que tenía un cuerpo bonito y sensual. Al ver de nuevo sus pies descalzos, se aclaró la garganta.

—Me gusta todo —respondió, apartando la mirada—. Me parecerá bien cualquier cosa.

—Estupendo —la mujer esbozó una sonrisa que le hizo sentir calor en las mejillas—. Te sorprenderé entonces. ¿Te parece que lo tengo todo preparado hacia las doce?

—De acuerdo, hacia las doce —respondió él.

Annie había decidido dar un paseo por el jardín para disfrutar del sol. «Un huerto», se dijo en voz baja. Se imaginó matas de tomates llenas de frutos y vides cargadas de uvas. ¡Cómo le gustaría tener un huerto!, pensó, dando un suspiro. Hacía mucho tiempo que no plantaba y cuidaba sus propias hortalizas. Exactamente desde el verano anterior a la muerte de su madre.

Siguió caminando, entristecida por el recuerdo de aquel tiempo, y decidió que pediría permiso a su jefe para limpiar aquella zona de malas hierbas y plantar una pequeña cosecha.

Al recordar a su nuevo jefe frunció el ceño. Penny Rawley no había exagerado cuando le había dicho que su hermano era un poco reservado, incluso un poco brusco. «¿Brusco?», se dijo, sonriendo. Ese hombre estaba amargado. Estaba todo el tiempo con el ceño fruncido y no hacía más que regañar a sus hijos.

Pero eso sí, era… terriblemente guapo.

Annie notó cómo un escalofrío le recorría la espalda al recordar el modo en que el hombre había entrado a la cocina aquella mañana, con el pecho desnudo y el botón de los pantalones sin abrochar. Se preguntó si él se habría dado cuenta de lo sexy que a ella le había parecido su ombligo, cubierto de una mancha de vello oscuro que desaparecía bajo el vaquero gastado.

Con un delicioso estremecimiento, se agachó para recoger una flor que se colocó detrás de la oreja.

—¿Qué haces?

La muchacha dio un respingo y, sorprendida, se dio la vuelta para encontrarse con su jefe, que la estaba mirando con los brazos cruzados sobre el pecho y el sombrero ladeado sobre los ojos.

—¡Qué susto! ¡Me has quitado diez años de vida!

—A propósito de eso, ¿cuántos años tienes?

Ella se quitó la flor de detrás de la oreja, creyendo que aquel detalle había sido una estupidez.

—Veintiséis.

—Inténtalo otra vez.

—Tengo veintiséis. Si no me crees, puedo enseñarte mi permiso de conducir —replicó, llegando a la verja y abriendo la puerta.

El hombre dio un paso hacia atrás y la miró con suspicacia.

—No parece que tengas más de dieciocho.

Ella soltó una carcajada, sin saber con seguridad si tenía que sentirse halagada o molesta.

—Gracias —dijo, apartándose el pelo hacia atrás y sonriéndole—. ¿Y tú cuántos tienes?

Jase la miró durante unos segundos y la hizo ser consciente del diminuto top que llevaba, junto con los pantalones cortos y sus pies descalzos.

—Lo suficientemente mayor como para mantenerme alejado de las niñas como tú —respondió, dirigiéndose hacia la casa.

Ella soltó otra carcajada.

—¿Niñas como yo? —comentó ella, siguiéndolo—. ¿Qué quieres decir con eso?

Jase abrió la puerta de la casa y se echó a un lado para dejarla pasar primero.

—Bueno, sencillamente que no quiero meterme en problemas.

—¿Problemas? —repitió ella, cruzándose de brazos.

—Sí, problemas.

—De acuerdo. Debo ser más joven que tú, claro. ¿Pero qué hay de malo en ser una mujer joven? ¿Por qué crees que te puedo causar algún problema?

—¿Mujer? He dicho niña. Me costaría bastante llamarte mujer.

Entraron en la cocina y ella se dirigió al fregadero para lavarse las manos. Luego se las secó, volviéndose de nuevo hacia Jase.

—¿Y qué tiene que hacer una niña, en opinión tuya, para que la llamen mujer?

Jase la apartó a un lado y también él se lavó las manos.

—Vivir. Tener experiencia.

Ella estaba disfrutado de la conversación, aunque no sabía si debía sentirse molesta por su actitud machista.

—¿Ya qué le llames tú experiencia?

Jase frunció el ceño y cerró el grifo. Luego permaneció al lado del fregadero, agitando las manos, y Annie le ofreció la toalla. Él la miró y se puso más serio todavía.

—A vivir —repitió—. La vida te da experiencia y te moldea.

—¿De veras?

—Sí, de veras —contestó él, abriendo la nevera.

Sacó una jarra de leche, cerró la puerta y bebió un trago directamente de la jarra.

Annie sacó un vaso del armario, se acercó a él y le quitó la jarra de las manos.

—¿Por qué me la quitas? Tengo sed.

Ella le llenó un vaso y se lo dio.

—No es higiénico beber directamente de la jarra. Además, es un mal ejemplo para los niños. Ya sé por qué Clay lo hace. Espero que te guste la pasta, porque es lo que he preparado para comer.

Sin dejar de fruncir el ceño, Jase la siguió y se sentó en una de las sillas. Ella sacó un recipiente de la nevera y lo colocó sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Espaguetis, verdura al horno y especias con un poco de aceite de oliva y vinagre de manzana.

Él se apartó y miró el recipiente con desagrado.

—Hubiera preferido unas patatas fritas y un filete.

—¿De verdad? Yo creía que después de haber estado toda la mañana con esos terneros malolientes, te habría dejado de gustar la carne.

Jase levantó la vista y la miró fijamente a los ojos.

—Te diré que esos terneros que huelen tan mal son los que ayudan a pagar las facturas de esta casa.

Ella sirvió un generoso plato de pasta a Jase.

—Si no te comes la mercancía que vendes, ganarás más, ¿no te parece?

—¿Qué demonios quiere decir eso?

Ella se sirvió su plato.

—Es simple lógica. Cuanta menos carne comas, más terneros tendrás para vender. A mí me parece sensato.

Él resopló y sacudió la cabeza.

—Sí, supongo que a una niña como tú debe parecerle sensato.

Ella soltó un suspiro resignado.

—¿Ya vuelves a empezar con los tópicos?

—Sí, eso parece.

Ella agarró la cesta del pan y tomó dos trozos. Dejó uno en el plato de él y otro en el suyo.

—Pues si eso es de lo único que sabes hablar, me parece que no tienes una gran capacidad de oratoria.

—A mi capacidad de oratoria no le ocurre nada —aseguró él—. Lo que pasa es que estás enfadada conmigo, porque te he llamado niña.

Ella sacudió la cabeza mientras le observaba devorar el plato de pasta. Y eso que había dicho que era un hombre de filete y patatas

fritas...

—No me molesta que me llames niña por mi sexo. Estoy orgullosa de ser mujer, pero lo que no me gusta es que presupongas que me falta experiencia. Especialmente, considerando que no me conoces en absoluto.

—De acuerdo, admito que tienes razón. ¿Por qué no me hablas de ti?

Ella bebió un trago de agua y luego se encogió de hombros.

—Soy licenciada en Magisterio y en Bellas Artes por la Universidad de Texas.

—¿Con que eres licenciada, eh? —preguntó él, evidentemente impresionado—. ¿Y qué hace una mujer educada como tú trabajando como ama de llaves y niñera?

—Tengo que comer. Como me he licenciado en diciembre, no he podido encontrar ningún trabajo como profesora.

—¿Quieres ser profesora?

—Sí y también me gustaría trabajar como fotógrafa de reportajes para revistas o periódicos.

—Parece que has pensado en todo.

—Así es. ¿No te parece ahora que tengo suficiente experiencia como para que me consideres una mujer, en vez de una niña?

Él soltó un bufido y dejó el tenedor sobre la mesa. Luego se recostó en la silla y la miró fijamente.

—La experiencia se obtiene a base de golpes. Así es cómo me he licenciado yo. A base de golpes.

—¿A qué clase de golpes te refieres?

Los ojos grises de él la miraron como tratando de ocultar sus emociones. Luego se levantó y llevó su vaso a la pila, donde lo enjuagó antes de llenarlo de agua. Finalmente, se quedó allí de pie con la mirada fija en la ventana.

—Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía diecinueve años —dijo con voz ronca—. Yo entonces estaba estudiando el primer curso en Texas A&M. Pero tuve que volver a casa para ocuparme del rancho. Mi hermana Penny tenía entonces trece años y las autoridades me nombraron su tutor.

Él hizo una pausa y luego se giró hacia ella.

—Por otra parte, mi mujer murió hace un par de años de un aneurisma cerebral. Fue una muerte repentina y me dejó solo con tres hijos. Los gemelos, que son los mayores, tenían entonces once años.

—Pero al menos has tenido a Penny a tu lado.

—Sí, pero ya ves que también se ha ido —afirmó él con el ceño fruncido.

—Pero no para siempre. Lo único que busca ella es poder labrarse un futuro.

—¿Estás segura de que no me has mentido y tu licenciatura no ha sido en psicología?

—Lo que pasa es que me gusta observar a la gente. Por cierto, ¿sabes lo que pensé de ti nada más verte?

—¿El qué?

—Que eras un hombre que sentía pena de sí mismo.

Él dejó el vaso en la encimera con tanta fuerza, que se derramó bastante agua. Luego se volvió hacia ella con el rostro lleno de ira.

—No siento pena de mí mismo. He aceptado las cosas tal como son y he salido adelante. Nadie puede quitarme eso. Y menos aún tú.

—Quizá no tenga derecho a juzgarte —dijo ella, poniéndose en pie y acercándose a él—, pero estoy segura de que sientes pena de ti mismo. Y por lo único que estás enfadado con tu hermana es porque tendrás que cuidar tú solo de tus tres hijos.

—Escúchame, niña —dijo él, agarrándola por los hombros—, por lo único que estoy enfadado con Penny es por marcharse sin avisarme antes.

—Sí que te advirtió que se iba a ir. Eso es lo que me dijiste antes, al menos.

Él la soltó y luego se giró de nuevo hacia la ventana.

—Pero no la creí. Ya había dicho alguna vez que iba a marcharse, pero nunca lo había hecho.

—¿Y estás enfadado porque esta vez sí que ha hecho lo que había dicho que iba a hacer?

—Los chicos la necesitan —aseguró él, volviéndose y mirándola con ojos fríos como el acero—. Y ella se ha marchado.

—A quien necesitan ellos es a ti —replicó ella—. Tú eres su padre.

—¿Y por qué sabes tú tanto de lo que necesitan los niños? ¿Qué te hace creer que sabes mejor que yo lo que necesitan mis hijos?

Ella respiró hondo mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Porque yo también he sido niña y mi padre murió de un ataque al corazón cuando tenía cinco años. Mi madre nunca lo superó y se suicidó unos años más tarde. Así que sé lo que es necesitar a un padre.

Hizo una pausa, tratando de contener las lágrimas.

—Y también lo que es necesitar a una madre. Pero ella me abandonó. Por eso lo sé. Y como verás —añadió, golpeándole en el pecho con su dedo índice—, también yo entiendo de encajar golpes.

Capítulo 2

Annie se arrepintió del tono tan duro que había empleado con su jefe. Aunque por otro lado estaba convencida de que se lo había merecido.

No debía haberla llamado muchacha, pensó irritada mientras quitaba las sábanas de las camas de los niños. Él se comportaba como si fuera la única persona en el mundo que había tenido que sufrir. Pues bien, ella le había dejado claro que también su vida había estado llena de sufrimientos. Lo que les diferenciaba era que ella había sabido encajar mejor los golpes de la vida que él. Jase Rawley se había refugiado en un agujero donde podía lamerse a gusto sus heridas y había dejado fuera a sus hijos y a cualquier otra persona que tratara de acercarse a él.

Pero sus hijos lo necesitaban, pensó ella con frustración. ¿Por qué no se daría cuenta? Ella, desde luego, sí que se había dado cuenta y eso que solo llevaba viviendo en la casa una semana.

Pues bien, se dijo mientras echaba la ropa sucia a la lavadora, él iba a tener que salir del agujero en el que se escondía para enfrentarse a sus problemas.

Annie puso la lavadora y fue luego a la habitación de él para cambiarle también las sábanas. Aunque ya había entrado varias veces en su dormitorio, aquella era la primera vez que lo hacía desde que él había vuelto la noche anterior. Así que notó inmediatamente los cambios que su presencia había provocado. En primer lugar, olía a loción de afeitar y también olía débilmente a corral, debido a que él estaba siempre en contacto con los animales.

De repente, descubrió un par de calcetines tirados en medio de la habitación. Olían muy mal, así que los llevó inmediatamente al cesto de la ropa sucia que había en el baño. Allí, también encontró señales de la presencia de su jefe en la casa. En mitad del suelo, había tirada una toalla mojada, que él debía haber dejado allí después de ducharse por la mañana. También había dejado su cepillo de dientes en el borde del lavabo y era evidente que se había vaciado los bolsillos de sus vaqueros antes de tirarlos al suelo, porque en una repisa había varias monedas.

Sacudió la cabeza y recogió los vaqueros del suelo, echándolos también al cesto de la ropa sucia antes de regresar al dormitorio. Frunció el ceño ligeramente al darse cuenta de que la cama, aunque algo arrugada, estaba ya hecha. ¿Se la había hecho él?, se preguntó. Pero en seguida soltó una carcajada al darse cuenta, por la huella del

cuerpo sobre la colcha, que simplemente había dormido sobre ella.

Aun así, apartó la colcha y quitó las sábanas para llevarlas a la lavadora. Se entretuvo en el pasillo observando las fotos que había colgadas en la pared. Ya las había visto antes, pero después de la acalorada discusión con su jefe, le había entrado curiosidad por mirarlas detenidamente.

Casi todas las fotos eran de Rachel y de los gemelos. De pronto, Annie se dio cuenta, de que lo que en realidad quería era ver una d Jase. Entonces, se fijó en que él estaba en una junto a Penny, tomada cuando su hermana debía tener la edad de Tara. Aunque no estaban abrazados, Jase estaba inclinado hacia Penny, dejando claro que él debía tomarse el papel de tutor de su hermana muy en serio.

A pesar de que en aquella foto él era mucho más joven, Annie se dio cuenta de que no había cambiado mucho desde entonces. De hecho, parecía estar frunciendo el ceño y sus ojos parecían mostrar la misma impaciencia que habían mostrado en la discusión con ella.

Annie soltó un suspiro y luego se fijó en Penny. Parecía una muchacha normal, pero eso no significaba que no fuera atractiva. Penny mostraba una postura demasiado solemne para lo joven que era. Seguramente debido a la tragedia que le había tocado vivir.

A pesar de no conocer apenas a la hermana de Jase, Annie sospechaba que la conocía mejor que su propio hermano. A ella siempre le había gustado estudiar el carácter de las personas y eso hacía que la gente le contara cosas que nunca había imaginado compartir con nadie más. Seguramente, se debía a que a ella le encantaba escuchar. Así, durante la semana que había pasado con Penny antes de que ella se marchara, esta le había contado muchas cosas acerca de sus problemas en el pasado y de sus proyectos para el futuro.

Penny Rawley le había contado que había dedicado toda su vida a cuidar de Jase y sus hijos. Especialmente, desde la muerte de la esposa de su hermano. Así que había decidido que ya era hora de labrarse un futuro.

De pronto, reparó en un retrato de boda y lo observó detenidamente. Los dos novios eran muy jóvenes. Ella tenía una sonrisa radiante y llevaba un ramo de rosas blancas. Jase estaba mirando a su esposa de un modo que dejaba bien claro lo mucho que la amaba.

Pensativa, Annie se dirigió a la habitación donde estaba la lavadora, sacó la ropa que había lavado y metió las sábanas sucias de Jase. Luego salió a tender la ropa. Era un día soleado y se oía trinar a los pájaros desde las ramas del viejo roble que había en una esquina

del jardín. Annie sonrió y se puso a cantar mientras sacaba una sábana de la cesta y la tendía en la cuerda.

—Tenemos una secadora.

Annie se sobresaltó al oír la voz de Jase. Luego se volvió hacia él.

—¿Vas a dejar de hacerme esto una y otra vez? —le preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¿De hacer el qué?

—De sobresaltarme al entrar a hurtadillas a los sitios.

—No he entrado a hurtadillas. Te he visto aquí fuera cuando iba a entrar en la casa y decidí avisarte de que tenemos una secadora. Así, te evitarás el tener que tender.

—Ya sé que tenéis una secadora —dijo ella, pensando en la cantidad de ropa que había lavado desde que había llegado a aquella casa—. Pero me gusta tender al sol la ropa blanca.

—Como quieras. Al fin y al cabo, se trata de tu espalda.

—Así es —dijo ella mientras tendía otra sábana—, y hablando de mi espalda, ¿te importaría si la fuerzo un poco más limpiando el jardín y plantando unas pocas hortalizas?

Como él no respondía, se volvió y vio que Jase estaba mirando el jardín con los ojos entornados y la barbilla tensa.

—Bueno, si no quieres…

—No, puedes hacer lo que quieras en el jardín —dijo, yendo hacia la casa.

Ella se quedó mirándolo mientras se preguntaba porqué le habría molestado tanto la propuesta que ella le había hecho.

Todavía extrañada por la reacción de Jase ante su petición de plantar un pequeño huerto, Annie comenzó a quitar las malas hierbas del jardín.

Había limpiado una pequeña zona cuando notó que se le erizaba el vello de la nuca. Sintiéndose observada, se giró y vio a Jase en la puerta del cobertizo. Iba sin camisa y los músculos de los brazos y el pecho le brillaban por el sudor.

Aunque el sombrero le impedía ver su rostro, pudo sentir la intensidad de su mirada. Como él no apartó la vista, ella se llevó una mano al escote, protegiéndose, como si él estuviera tratando de desnudarla con la mirada.

Entre ellos surgió una corriente de primitiva sensualidad que le aceleró el pulso y le secó completamente la boca. Sintió el impulso de apartar la vista, pero no pudo hacerlo y se limitó a contemplar fascinada la viril imagen que tenía ante sí. Jase tenía un aspecto imponente y muy masculino.

De repente, él se rascó perezosamente el vello del pecho. Annie

cerró los ojos, sintiéndose muy débil, y entonces, comenzó a imaginar que notaba en los labios y la lengua el sabor de aquel sudor.

Volvió a abrir los ojos, pero él había empezado a caminar y se alejaba. Soltando un gemido de desesperación, agarró el azadón y comenzó a limpiar las malas hierbas de nuevo, a pesar de la debilidad.

Se sentía tan desorientada, que al principio no se dio cuenta de que el autocar escolar se estaba acercando a la parada. Entonces, se incorporó, y dejó el azadón en el suelo. Respiró hondo y se quedó mirando cómo se detenía el autocar.

La primera en bajar fue Rachel, que se dirigió hacia la casa arrastrando su cartera.

—¡Rachel, ven aquí! —la llamó, saludándola con la mano—. ¿Qué tal el colegio?

Rachel corrió hacia ella, sonriendo de oreja a oreja mientras agitaba un trozo de papel.

—¡Mira, Annie! He sacado un diez en ortografía.

—¡Eso es fantástico, cariño! —Annie se arrodilló para abrazar a la pequeña—. Pero mira, si tu profesora te ha dado además una estrella de oro —añadió, señalando la insignia que la pequeña llevaba prendida en el vestido.

—Es por mi buena ortografía.

—¡Qué bien! —dijo Annie.

—¿Qué hay para cenar?

Annie se fijó en que Tara y Clay se acercaban y esbozó una sonrisa amable.

—Todavía faltan un par de horas hasta que cenemos, pero voy a preparar algo de verdura.

Tara arrugó la nariz.

—La verdura solo la comen los conejos —murmuró dándose la vuelta y yendo hacia la casa.

Annie la miró extrañada.

—No le hagas caso —dijo Clay—. Está de mal humor.

—Ya lo veo —respondió Annie, preguntándose si Tara estaría de mal humor por la acalorada discusión que había tenido con su padre por la mañana—. ¿Y a ti que tal te ha ido el día? —le preguntó a Clay.

—Bien.

—¿Has besado a alguna chica? —bromeó ella.

Clay se sonrojó y agachó la cabeza.

—No.

—Bueno, ya besarás a alguna —dijo Annie, echándose a reír.

Él la miró, todavía colorado. Luego se fijó en el jardín.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy preparando la tierra para plantar —respondió ella. Luego contempló la zona trabajada y soltó un suspiro de decepción al ver lo poco que había adelantado—. Pero me parece que me va a llevar mucho más trabajo del que pensaba.

—¿Sabe ya papá lo que estás haciendo?

—Sí —respondió ella, extrañada por la pregunta—, ¿por qué lo dices?

Él se encogió de hombros.

—Por nada. Es solo que... bueno, nadie había plantado nada desde que murió mamá.

—Oh —murmuró ella, comprendiendo el motivo por el que Jase se había puesto tan triste cuando le había pedido permiso para hacer el pequeño huerto—. No lo sabía.

—No pasa nada —dijo él, encogiéndose de hombros—. Solo que está bastante sucio.

Pero Annie estaba segura de que el padre del chico no se lo había tomado tan bien. Ella debía haberle hecho recordar cosas muy dolorosas.

Pero se encogió de hombros y se obligó a sonreír.

—¿Tenéis hambre?

—Me muero de hambre —dijo el chico, tocándose el estómago y sonriendo.

Annie agarró a Rachel por la mano, le pasó un brazo a Clay por los hombros y se encaminaron los tres a la casa.

—¿Qué os parece si os pongo comida para conejos? —bromeó Annie.

—Entonces tendrás que llamarme el «Conejo de la Suerte» —replicó el chico.

—¡Clay!

Clay se dio la vuelta y su sonrisa se borró al ver a su padre en la puerta del granero, con el rostro muy serio y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Sí, papá?

—Tienes cosas que hacer.

—¿No puedo comer antes?

Su padre no contestó nada. Simplemente ladeó la cabeza y arqueó una ceja en un gesto de advertencia. Clay dio un suspiro de resignación.

—Sí, señor —luego se volvió hacia Annie—. Lo siento. Comeré más tarde.

Annie le ofreció una sonrisa compasiva y le agarró la mochila que llevaba colgada al hombro.

—Te guardaré algo —prometió.

Observó al chico mientras este se encaminaba al granero y vio que Jase seguía de pie en la puerta, con los brazos cruzados y su habitual gesto taciturno. Annie se preguntó entonces si estaría siempre tan serio debido a la pérdida de su mujer.

—¿Puedo sacar el arado mecánico y ayudar a Annie a limpiar el huerto?

Jase, agachado al lado del motor que estaba arreglando, miró a su hijo con el ceño fruncido y luego volvió a concentrarse en la bujía que estaba colocando.

—Tienes cosas que hacer.

—¿Y después? —insistió Clay—. Yo no tardaría mucho y a ella le va a costar bastante más si lo tiene que hacer con el azadón.

—Hay cosas mucho más importantes que hacer que limpiar el jardín.

—¿Por ejemplo?

Jase notó la frustración que había en la voz de su hijo, por lo que dejó a un lado la llave inglesa y miró hacia arriba con gesto serio.

—Por ejemplo, reparar el trozo de valla que está roto, hay que dar de comer y beber a los terneros que traje ayer y hay que pintar el pozo.

El muchacho dio una patada a un montoncito de heno.

—Aquí siempre hay cosas que hacer.

Jase apoyó las manos en las rodillas y se levantó.

—Y siempre lo habrá mientras que tú sigas quejándote de lo que tienes que hacer en vez de hacerlo —le dijo a su hijo, arrojando la llave inglesa sobre la mesa de trabajo.

—No me estoy quejando —protestó Clay—. Solo quería ayudar a Annie.

—Si la nueva niñera quiere plantar un huerto, tendrá que hacerlo ella sola.

—No quieres dejarme que la ayude porque ella no te gusta.

Jase rebuscó entre las herramientas, incapaz de admitir que había algo de verdad en la acusación de su hijo.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. Pero tienes que saber que a nosotros sí nos gusta. Es simpática y muy divertida también. Siempre está haciendo o diciendo cosas para que nos riamos.

«Sí», pensó Jase, dando la espalda a su hijo. Él también había notado esas cualidades en ella. Así como algunas otras más.

—No importa si es o no simpática. Tú tienes que hacer tus tareas y no hay más que hablar.

La voz de Clay adquirió un tono de súplica.
—No la despidas, papá. Todos la queremos.
—¿Despedirla? —preguntó Jase, volviéndose hacia su hijo—. ¿Cómo se te ha ocurrido esa estupidez?
Clay levantó un hombro.
—No lo sé, pero si eres antipático con ella, tampoco creo que se quiera quedar mucho tiempo.
«Que sería lo mejor para todos», afirmó Jase en silencio. Luego miró a su hijo con suspicacia.
—No te habrás enamorado de la nueva niñera, ¿verdad?
Clay se sonrojó vivamente.
—¡Diablos no! Es demasiado mayor para mí.
—No serías el primer hombre que pierde la cabeza por una mujer mayor que él. Es joven y bastante atractiva.
—¿Bastante atractiva? —repitió el chaval—. ¡Papá, es un verdadero bombón!
Jase se volvió hacia su hijo, cuyas mejillas se habían puesto completamente coloradas.
—¿Un bombón?
—Bueno, sí, es muy guapa. Ya sabes... está muy bien.
Sorprendido al descubrir que su hijo era consciente de los atractivos del sexo opuesto, Jase agarró la llave inglesa y se puso a limpiarla.
—No deberías fijarte en esas cosas —añadió con voz ronca.
Clay soltó una carcajada.
—Tendría que estar ciego para no notarlo.
Irritado por la evidente atracción que su hijo sentía por Annie, pero sin saber el motivo, Jase hizo un gesto hacia la puerta.
—Será mejor que te vayas a hacer tu trabajo.
—Sí, señor —dijo Clay, metiéndose las manos en los bolsillos y dirigiéndose hacia la puerta.
Jase giró la cabeza para ver salir a su hijo después de agarrar el cubo de dar de comer a los animales. Notó entonces por primera vez en su vida los músculos que daban solidez a los brazos del chico y sus piernas largas.
Frunciendo el ceño, siguió mirándolo un rato más, preguntándose qué habría sido del niño pequeño de piernas flacas y brazos demasiado largos. Aquel que siempre decía que las niñas eran unas idiotas.
Aquel que en el pasado miraba a su padre como si fuera un héroe.
Jase nunca había pensado que su casa fuera pequeña. Efectivamente, su casa era un edificio de dos plantas y bastante

amplio. Sus padres lo habían construido antes de que él naciera y podía acomodarse perfectamente en ella a una familia de diez o más miembros.

Pero desde que la nueva niñera había llegado, la casa parecía haber quedado reducida al tamaño de una caja de galletas, igual que el resto del rancho. Jase no podía dar un paso sin chocarse con Annie.

Sería incapaz de decir el número exacto de veces que se había chocado con ella en la casa o cuando salía del granero, cosa que conllevaba cierto contacto físico. Tenía que ponerle la mano en el brazo para que ella no perdiera el equilibrio o a veces era ella quien ponía las manos sobre el pecho de él para evitar que la tirara en las ocasiones en las que él había girado una esquina a toda prisa, sin darse cuenta de que ella estaba al otro lado.

Y esos breves roces estaban empezando a ponerle muy nervioso.

El ya había adivinado que no le iba a gustar que una desconocida viviera en su casa. Y también había sabido desde el principio que si esa persona era tan joven... y un verdadero «bombón», tal y como su hijo la había descrito, podría causarle todo tipo de problemas. Pero para lo que él no estaba preparado era para la cantidad de tiempo que perdía pensando en ella en vez de estar trabajando, preguntándose a menudo qué estaría ella haciendo o qué llevaría puesto en esos momentos.

Por lo que él sabía, su ropero estaba compuesto de vaqueros cortos, camisetas diminutas y otras prendas igualmente provocativas. Y si eso ya no era de por si suficiente para distraerlo, Jase había descubierto que le gustaba tararear mientras trabajaba. Y eso era algo que le obligaba a mirarla... especialmente a cierta parte de su anatomía que no tenía por qué mirar.

Y esa noche no era una excepción.

Cuando los niños se iban a la cama, él y Annie se quedaban solos en la planta de abajo. Y aunque él mantenía la cabeza escondida detrás del periódico que estaba leyendo, era dolorosamente consciente del lugar exacto donde ella estaba, que en ese momento era a menos de medio metro de la punta de sus botas. Annie estaba sentada con una cesta de ropa recién lavada a su lado, que iba doblando mientras cantaba una alegre melodía.

Annie levantó la vista y vio que él la estaba mirando. Entonces ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa. Jase bajó rápidamente la cabeza y la volvió a esconder detrás del periódico; seguidamente, pasó la página, fingiendo estar muy concentrado en las noticias del día.

Poco después, Jase consiguió armarse del valor suficiente como para mirar por encima del periódico de nuevo y descubrió que justo

en ese momento estaba inclinándose hacia un lado para colocar la toalla que acababa de doblar sobre el montón de ropa ya doblada. Al hacerlo, el bordillo de sus pantalones cortos se subió un poco, mostrando la delgada tira blanca de sus braguitas y un trocito de su piel muy blanca debido a que el sol no la había besado. Jase no pudo evitar soltar un gemido ante tal imagen.

—¿Has dicho algo?

Jase la miró a los ojos fijamente, ya que no se había dado cuenta de que había dejado escapar aquel sonido. Luego volvió a esconderse detrás del periódico para no dejar que ella viera el calor que le subía por el cuello.

—No. Yo... estaba solo comentando el tiempo para mañana. Parece que va a hacer otra vez calor. Treinta grados.

—¿Treinta? —repitió ella, dando un suspiro—. Es difícil creer que estemos en marzo. No puedo imaginarme qué temperatura tendremos en verano.

Sí la temperatura se parecía al calor que notaba en ese momento Jase en todo su cuerpo, tampoco él podía imaginarlo.

Consciente del bulto molesto de sus pantalones, pensó que lo mejor era marcharse mientras fuera capaz de caminar.

Ella lo miró cuando se levantó.

—¿Te vas a la cama? —preguntó sorprendida.

—Sí —replicó, dirigiéndose a toda prisa a su dormitorio.

—Que tengas dulces sueños —dijo ella.

«Sí, claro», se dijo él, irritado. Pero sus sueños no eran aptos para menores. Y no lo eran desde el maldito día en que había llegado a casa y se había encontrado con que había una niñera nueva.

Annie sabía que tenía una parte bondadosa dentro de sí que más de una vez le había causado problemas. Pero a pesar de saberlo, no podía evitar tratar de buscar el modo de resolver los problemas que estaba empezando a haber en el hogar de la familia Rawley.

En la semana que había pasado desde que había vuelto Jase, había visto cómo Tara pasaba de ser una niña habladora y alegre a convertirse en una adolescente problemática y de expresión hosca, que pasaba más tiempo metida en su habitación que con el resto de la familia. Mientras que Clay, por otro lado, dejaba de ser un muchacho tranquilo, aunque un poco tímido, para convertirse en un chico nervioso que saltaba al menor ruido como si esperase que una bomba fuera a explotar en cualquier momento. Y Rachel se había empezado a pegar a ella continuamente como si esperara que Annie pudiera desaparecer de repente, dejándola sola.

Aunque Annie trataba de buscar otras explicaciones al repentino

cambio de los niños, solo hallaba un motivo y este era el de la vuelta de su padre. Un descubrimiento que a la vez la entristecía y le producía una sensación de impotencia.

Como no tenía familia, conocía bien el valor de los lazos familiares y odiaba ver cómo Jase y sus hijos no se aprovechaban de lo que tenían cada uno para ofrecer a los demás. Pero, ¿qué podía hacer ella para que se dieran cuenta de lo que se estaban perdiendo?

—Tú no eres Dios —se dijo en voz alta mientras comprobaba si la cámara tenía carrete—. Eres solo la niñera.

Confiando en encontrar algún tema o paisajes que fotografiar para así poder olvidarse un poco de la familia Rawley y sus problemas, se colocó la cámara al hombro y salió al exterior.

Jase entró en el granero e hizo una pausa para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Luego se dirigió hacia su mesa de trabajo y en seguida encontró la herramienta que necesitaba para ajustar el carburador de su camioneta. Pero justo después de agarrarla, se detuvo un momento. Le había parecido escuchar un ruido. Miró hacia arriba, a las vigas de madera que sostenían el desván donde guardaba el heno, y maldijo cuando algunas briznas de heno le cayeron en la cara.

Se pasó el dorso de la mano por los ojos, se puso la herramienta en el bolsillo trasero del pantalón y fue hacia la escalera, maldiciendo entre dientes.

—Si esa maldita mofeta ha vuelto a entrar…

Subió por la escalera y metió la cabeza por la estrecha abertura que daba al desván. No vio nada, pero los últimos escalones los subió tratando de no hacer ruido para no asustar a la mofeta.

Una vez arriba, echó a andar de puntillas por el estrecho pasillo formado por los grandes montones de heno que había almacenado el verano anterior. Lo recorrió hasta el final sin dejar de mirar hacia los rincones en sombra, pero no había ni rastro del animal. Cuando ya se daba la vuelta para marcharse, oyó un sonido suave.

Frunciendo el ceño, se volvió y anduvo lo desandado. Luego, se detuvo mientras volvía a oír aquel sonido, que parecía proceder de detrás del último montón de heno. Así que se metió entre el heno y la pared para llegar hasta el fondo. Hacía tanto calor, que el sudor había hecho que la camisa se le pegara a la espalda.

Cuando llegó al fondo, estuvo a punto de gritar ante lo que vio. Annie estaba tumbada boca abajo con los pies descalzos y la cámara preparada para disparar.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Calla —ordenó ella en voz baja, señalando algo.

Jase frunció el ceno y tratando de no darse en la cabeza, se acercó a ella. Siguió la dirección de la cámara hasta el rincón más alejado del desván, donde el polvo bailaba un lento vals en un rayo de sol.

Jase murmuró algo entre dientes mientras trataba de ver que era lo que estaba ella fotografiando. Entonces vio una gata tumbada sobre un montón de heno.

Jase se arrodilló y apoyó las manos sobre las rodillas para observar mejor, atrapado por la encantadora imagen de los gatitos que chupaban con avidez los pezones hinchados de la madre. La cámara continuó sonando una y otra vez en su oído, grabando el acontecimiento segundo a segundo.

Cuando sintió una mano sobre la suya, levantó la cabeza y se sorprendió al ver que Annie se había levantado. La mujer esbozó una sonrisa mientras se llevaba un dedo a los labios para que siguiera en silencio. Luego tiró de él para que se levantara y lo condujo a través del pasillo de heno.

Cuando llegaron a la salida, ella soltó su mano para bajar la escalera.

—¿No es lo más guay que has visto en tu vida?

«¿Guay?», repitió en silencio Jase, pensando en que la palabra elegida por Annie correspondía más a su hija de trece años, que a una mujer de veintiséis.

—Sí, ha sido guay —dijo él en un tono irónico.

—¿No crees que deberíamos traerles una manta y algo de comida? —le preguntó ella con los ojos brillantes por la excitación.

—Sabe cazar ratones y está acostumbrada al granero. Podrá cuidar de sí misma.

—Pero...

—No —ordenó él con Firmeza.

Annie dio un suspiro de resignación y se quitó la cámara del cuello. Al hacerlo, Jase no pudo evitar fijarse en que su camiseta estaba húmeda por el sudor y se le ceñía al cuerpo. Entonces pudo ver que ella no llevaba sujetador, lo que era evidente por el modo en que sus pezones duros se pegaban contra la tela.

Debilitado ante la imagen, Jase se quedó en silencio, incapaz siquiera de respirar.

—La luz era perfecta —oyó que decía Annie mientras se arrodillaba y tapaba la lente—. ¡Y esos gatitos! ¿Has visto algo tan adorable alguna vez?

Jase tragó saliva. Y es que Annie, al arrodillarse, le había mostrado, sin saberlo, sus senos desnudos. Jase no podía apartar la vista, pero sabía que tenía que responder algo.

—Sí, son adorables —murmuró sin pensar.

Luego cerró los labios para reprimir el gemido que iba a salir de su boca al ver una gotita de sudor que comenzaba a caer entre los senos de ella.

Annie miró hacia arriba al oír el leve gemido y se dio cuenta de lo que Jase estaba mirando. Entonces se levantó y dio un suspiro.

—Bueno, imagino que no tendré que extrañarme si me inscribes en un concurso de camisetas mojadas.

—¿Qué? —contestó Jase, que seguía distraído con los pechos de Annie.

—Que no me extrañaré si me apuntas en un concurso de camisetas mojadas. No hay problema. Te lo digo en serio —añadió, soltando una carcajada.

—Nunca me han gustado ese tipo de concursos.

—Entonces tengo suerte —replicó Annie.

Jase se dio cuenta de que las contestaciones de Annie eran un modo de disimular la conciencia que tenía de sus senos, bastante abundantes. Se acercó a ella y pasó un dedo por la correa de la cámara, que colocó mejor sobre el hombro de la chica.

—No —la corrigió él, mirándola esta vez fijamente a los ojos—, el que tengo suerte soy yo.

Jase vio cómo los ojos verdes de Annie adquirían una mayor intensidad antes de ponerse más oscuros. Notó también la corriente eléctrica que los unía. Y sin soltar la correa de la cámara, miró la boca de Annie. Esta se humedeció los labios con la lengua.

Jase se humedeció los suyos y se preguntó qué sentiría al besarla, qué sabor y qué tacto descubriría en aquella boca. Mortificado por el rumbo de sus sentimientos, la miró a los ojos... descubriendo que ella estaba pensando lo mismo.

Jase no estaba seguro de quién dio el primer paso, si él o Annie, pero eso se hizo secundario en el momento en que sus bocas se unieron. Ligeramente al principio, vacilantes después, y luego con una necesidad que estuvo a punto de hacerle perder por completo el control. ¿Era él quien la besaba con más pasión o era Annie?

No importaba, se dijo mientras cerraba los ojos y ponía las manos sobre sus hombros. Se dispuso a empujarla para detener aquella locura antes de que fuera demasiado tarde. Y lo habría conseguido si no hubiera sido porque ella eligió ese mismo momento para enredar sus manos alrededor de su cuello y deslizar la lengua entre sus labios.

«Esto está mal», se dijo Jase, a pesar de que no pudo evitar abrazarla. Ella era demasiado joven y además era la niñera de sus hijos.

Pero a pesar de esos razonamientos, no pudo soltarla ni apartar su boca de la de ella. Había pasado demasiado tiempo sin abrazar a una mujer y sin sentir la suavidad de un cuerpo femenino contra su miembro erecto.

Sin poder controlarse, le pasó las manos por la espalda y tocó sus suaves curvas, sorprendido por las diferentes sensaciones que lo invadían, por la delicadeza de su piel y por el calor que desprendía su cuerpo. Bebió de ella como un hombre rescatado del desierto después de haber estado perdido semanas. Con avidez, con necesidad y desesperado por satisfacer su sed.

Cuando ella gimió y se apretó más contra él, Jase la abrazó a su vez y buscó dentro de su boca el alivio del deseo que lo recorrió como un rayo de sol.

La deseaba. Se dio cuenta de ello con una brusquedad que le hizo apretarla con más fuerza. Necesitaba todo lo que ella pudiera darle. Y no podría satisfacer esa necesidad más que arrojándola sobre el suelo del granero para hacerle allí mismo el amor.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo y con quién. Apartó su boca y se separó de ella, respirando entrecortadamente. Miró su cara sonrojada y sus ojos, que brillaban de un modo especial debido al deseo. La soltó y apartó la mirada de sus labios, hinchados por la presión de los suyos. Se pasó el dorso de la mano por la boca como para limpiarse el sabor tentador a ella.

—Lo siento —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Yo no —aseguró ella.

Él se dio la vuelta, sorprendido por su respuesta.

—¿Qué?

—Que yo no lo siento —repitió, colocándose la correa de la cámara.

—Pero… ¿por qué?

—Porque besas muy bien —contestó ella con franqueza. Luego esbozó una sonrisa y le guiñó un ojo—. Y siempre me han gustado los hombres que saben besar a las mujeres.

Él se quedó mirándola sin decir nada y ella se fue hacia la puerta.

—A propósito, si alguna vez quieres repetir, llámame. Estaré por aquí.

Dicho lo cuál, le hizo un gesto de despedida con la mano y se alejó del granero, canturreando la misma canción de siempre.

Capítulo 3

Jase nunca había tenido problemas de sueño... o al menos no los había tenido desde que había descubierto que el trabajar hasta la extenuación era un remedio excelente contra el insomnio. Insomnio que él había padecido después de que muriera su mujer. Pero aquella noche en particular no podía dormirse, a pesar de haber estado trabajando en el rancho durante catorce horas. Ni siquiera se había tomado un descanso para cenar, ya que no había querido enfrentarse a Annie después de lo que había pasado entre ellos por la tarde. No se atrevía a mirarla a los ojos después de haberla besado y de haber sentido su cuerpo.

Ni tampoco después de que ella le dijera que estaría dispuesta a besarlo de nuevo.

Se levantó de la cama, soltando un juramento, y comenzó a pasear de un extremo a otro de la habitación mientras se mesaba los cabellos. Tenía que dejar de pensar en ella. Tenía que olvidarse de la sensación de tenerla entre sus brazos, de sus labios húmedos, que tan apasionadamente habían reaccionado ante su beso y de sus gemidos de placer. De sus senos pequeños y firmes, que se habían aplastado contra su pecho mientras tenía sus nalgas entre sus...

Se dio la vuelta y volvió a soltar una maldición. Tenía que dejar de pensar en ella. Si no, iba a meterse en un buen lío. Nada más verla, se dio cuenta del peligro que corría. Había conseguido mantener controlado su deseo por las mujeres durante dos largos años, pero desde que había llegado ella a la casa, no podía dejar de pensar en el sexo.

Se puso los vaqueros mientras pensaba que solo había un modo de solucionar aquello. Tenía que despedirla. Tenía que conseguir que se fuera de la casa. Porque si se quedaba, o la hacía suya o se volvería loco. Y ninguna de esas dos posibilidades le agradaba lo más mínimo.

Salió al pasillo y atravesó la cocina a oscuras. Luego subió las escaleras, llegó al dormitorio y llamó con los nudillos.

—Espera un momento —se oyó murmurar a Annie.

Él frunció el ceño y se cruzó de brazos mientras esperaba.

Poco después, la puerta se abrió y Annie apareció, poniéndose una bata.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, atándose el cinturón de la bata.

—Sí —respondió, sintiéndose herido ante el hecho de que ella estuviera durmiendo plácidamente mientras él había sido incapaz—. Tenemos que hablar inmediatamente.

Ella se arregló el pelo, apartándoselo de la cara, mientras lo miraba con curiosidad.

—¿De qué quieres que hablemos?

Él se giró hacia el pasillo, observando las puertas de las habitaciones donde estaban durmiendo sus hijos. Luego se volvió hacia ella de nuevo.

—¿Podemos hablar dentro? No quiero que despertemos a los chicos.

—De acuerdo —dijo ella, confundida por la extraña proposición.

Annie se echó a un lado para dejarlo pasar y él entró después de echar otro vistazo al pasillo. Luego cerró la puerta mientras ella se sentaba en la cama. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener un gemido. Las imágenes que había tratado de mantener alejadas de su mente estaban volviendo a aparecer, como si fueran los fotogramas de una película erótica.

¡Diablos! Aquello no era normal. La había despertado en mitad de la noche y ella, a pesar del sueño y de aquella bata, seguía teniendo el mismo aspecto sensual.

—Vas a tener que marcharte —le dijo.

—¿Qué? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

—Que vas a tener que irte —repitió él—. Esto no está funcionando.

Ella se levantó lentamente de la cama con las mejillas coloradas por la rabia y los ojos verdes echándole chispas.

—¿Para quién no está funcionando? ¿Para ti o para los chicos?

—¡Para nadie! —gritó él con frustración—. Te pagaré todo el mes y te daré una carta de recomendación, si es que la necesitas, pero te quiero fuera de la casa a primera hora de la mañana.

Ella se subió el cuello de la bata hasta cubrirse la barbilla.

—No quiero nada de ti, excepto lo que me debes. Y en cuanto a la carta de recomendación, no la quiero.

Jase se fijó en que los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Annie, te aseguro que no es nada personal.

—Si el que me despidas no es nada personal, no sé que puede serlo. Además, yo he cumplido con todas mis tareas. Estoy segura de que no puedes decirme que haya cometido ningún fallo. He cuidado de los chicos y he supervisado sus deberes, tal como tu hermana me pidió que hiciera. Les he hecho la comida, les he lavado la ropa, he evitado que se peleen y, por otro lado, he cuidado de que la casa esté limpia y ordenada.

Jase sabía que tenía razón.

—Pero eres demasiado joven —dijo, pensando en que quizá aquella fuera una excusa suficientemente convincente para ella.

—Tengo prácticamente la misma edad que tu hermana y, al parecer, tú no tenías ningún problema en dejar a tus hijos a su cuidado.

—Eso era porque es mi hermana y nunca he tenido la tentación de tirarla al suelo y hacerla mía allí mismo.

—¿Papá?

Jase se dio la vuelta y vio a Clay en pijama. El chico los estaba mirando con suspicacia.

—¿Qué estás haciendo levantado? —preguntó Jase—. Deberías estar en la cama.

—¿Y se puede saber qué haces tú en el dormitorio de Annie? —le espetó su hijo con ojos acusadores.

—Estamos charlando.

—No es cierto —replicó Clay—. He oído cómo la gritabas.

Annie se levantó de la cama y se acercó al chico.

—Estoy bien, Clay. Tú vete a la cama y déjame que arregle esto yo sola.

El adolescente miró a su padre.

—Tara está enferma —dijo.

—¿Qué? —preguntó Annie, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué le sucede a tu hermana?

—No lo sé —dijo Clay—. Pero he oído que estaba vomitando en el baño. He llamando, pero no quiere dejarme entrar.

Annie y Jase se miraron y luego echaron a correr hacia el vestíbulo. Ella llegó primero y pegó la oreja a la puerta.

—¿Tara? —la llamó—. Soy Annie, tesoro. ¿Estás enferma?

Jase la apartó y golpeó la puerta.

—¡Abre, Tara! —gritó—. ¡Abre ahora mismo!

Annie apretó los labios y lo miró desaprobadoramente.

—Lo único que vas a conseguir gritándola así es que asuste —le susurró.

Él giró el pomo de la puerta, tratando de abrir.

—Tara, tienes exactamente tres segundos para abrir —gritó—. Si no, traeré las herramientas y desmontaré la puerta. Uno, dos, tr...

La puerta se abrió y Tara salió con los brazos cruzados en una actitud beligerante, que Annie ya conocía.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Jase.

—¿A ti que te importa? —murmuró ella, dirigiéndose a su habitación.

Pero Jase la agarró por un brazo y la obligó a darse la vuelta.

—Clay ha dicho que estabas enferma, ¿es cierto?

Tara miró a su hermano muy enfadada.

—No.
—¿Estás segura? —le preguntó su padre.
—Sí.
—Pero yo la he oído vomitar —insistió Clay.
—Bueno —dijo Tara, mirando a su hermano con ganas de matarlo —, supongo que he comido algo que me ha sentado mal. Pero ya me siento mejor.
Annie se fijó en que había un cepillo de dientes caído junto al retrete y una sospecha comenzó a cobrar forma en su mente.
Jase, sin embargo, parecía haberse quedado tranquilo al escuchar la excusa de su hija.
—Bien —dijo, soltándola—, ahora vámonos todos a dormir.
Jase esperó a que los gemelos se metieran en sus respectivas habitaciones y cerraran la puerta para volverse hacia Annie.
—Terminaremos de hablar abajo.
Annie miró preocupada hacia la puerta cerrada de la habitación de Tara.
—Bajaré en seguida, pero antes quiero cerciorarme de que Tara se encuentra bien.
—Pero date prisa—murmuró Jase, dirigiéndose a las escaleras.
Annie entró en el baño y recogió del suelo el cepillo de dientes. Luego se fue hasta la puerta de Tara y llamó suavemente a la puerta, rogando por que estuviera equivocada.
Tara abrió la puerta con aspecto de seguir enfadada.
—¿Qué quieres?
Annie le enseñó el cepillo de dientes.
—He encontrado esto en el suelo del cuarto de baño.
Tara la miró alarmada, pero luego fingió indiferencia.
—Debí tirarlo sin querer cuando me he puesto mala —dijo, agarrando el cepillo y cerrando la puerta bruscamente.
Annie se quedó mirando fijamente la puerta cerrada durante unos instantes. Luego se giró y bajó a la cocina, donde la estaba esperando Jase, sentado en una silla en un extremo de la mesa. Ella se sentó en el extremo opuesto.
—Está mintiendo —dijo sin poder ocultar sus sospechas.
—¿Quién está mintiendo?
—Tara —dijo, llevándose una mano al estómago.
Annie estaba empezando a sentirse enferma de pensar en el daño que Tara podía estar haciéndose si sus sospechas eran ciertas.
—¿Y por qué iba a mentirme? Ha dicho que le había sentado mal algo, que lo ha vomitado y que ya se siente mejor. A mí me parece bastante razonable.

Annie respiró hondo, tratando de buscar el modo más adecuado de decirlo, porque sabía que era muy importante que Jase comprendiera la gravedad de la situación.

—Es cierto que ha vomitado y también es cierto que ahora se siente mejor, pero no ha sido porque le haya sentado mal algo. Ella se ha provocado el vómito.

—¿Y para qué iba a hacer algo tan estúpido como eso?

—Para reclamar tu atención.

Él la miró frunciendo el ceño.

—Esa es la mayor tontería que he oído en mi vida. ¿Quién en su sano juicio iba a querer vomitar para reclamar la atención de alguien?

Annie se echó hacia delante, decidida a hacerle comprender lo que Tara quería conseguir de él.

—Bueno, ella es una adolescente que busca desesperadamente que su padre se fije en ella. Jase, ella tiene ahora trece años, y en esa edad las hormonas están de lo más revueltas. En esas condiciones, una persona puede pasar de la euforia a la depresión en cuestión de minutos. Es decir, que Tara está en una edad en la que necesita más que nunca el cariño y el apoyo de sus padres.

—Ella solo me tiene a mí, pero sabe lo mucho que la quiero.

—¿Y cómo lo sabe? —le espetó Annie—. ¿Es que se lo has dicho?

Jase se levantó y abrió la nevera.

—Ella lo sabe —respondió él mientras sacaba un refresco.

—Pero, ¿se lo has dicho? —insistió Annie.

Él cerró la nevera bruscamente y abrió la lata. Luego dio un trago.

—No necesito que ni tú ni nadie me diga cómo tengo que educar a mis hijos.

—No era esa mi intención —replicó ella, poniéndose en pie a su vez—. Pero, ¿has oído hablar de la bulimia?

—Diablos, Tara no sufre bulimia —le aseguró él con gesto furioso —. Ella es muy delgada, no hay ningún motivo para que trate de enfermar para perder peso.

—No he dicho que sufra bulimia, pero la semana pasada me contó que estaban estudiando los trastornos en la alimentación en la clase de salud. Al parecer, les contaron los síntomas de la anorexia y de la bulimia. Tara se mostró intrigada ante la posibilidad de que alguien pudiera sufrir bulimia y de que nadie a su alrededor pareciera preocupada por ese problema.

Annie se retorció las manos en un gesto nervioso.

—Creo que ella está probándote, quiere ver si te preocupas o no por ella.

—Eso es ridículo. Claro que me preocupo por ella.

—Sí, pero Tara quiere comprobar si es cierto. Creo que ella interpreta el que tú pases tanto tiempo fuera como que no la quieres.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Que deje de trabajar y que me quede en casa jugando a las muñecas con ella?

—Tara ya no juega a las muñecas. Además, no estaba sugiriendo nada parecido. Lo único que trataba de hacer era que te dieras cuenta de que ella es una adolescente que necesita el afecto y el apoyo de su padre más que nunca. Y lo que a mí me preocupa es lo que pueda llegar a hacer para llamar tu atención.

—Bueno —dijo muy enfadado Jase—, afortunadamente, vas a irte mañana y ya no tendrás que volver a preocuparte por Tara.

—¿Crees que es una medida inteligente que me despidas precisamente ahora?

—O sea, que era por eso. En realidad, lo que te preocupa no es Tara, sino tu propio bienestar.

Annie luchó contra la rabia que la invadió. Sabía que lo más importante en esos momentos era velar por la salud de Tara.

—Ella ha perdido a su madre y, ahora, su tía se ha ido también. Así que no creo que sea inteligente que yo me vaya también. Se ha acostumbrado a mí, igual que los otros, y creo que no les conviene que me despidas ahora. No sé lo que podría hacer Tara si eso sucede. Quizá hasta intentara fugarse o... algo peor.

Él se quedó mirándola fijamente mientras palidecía, asustado ante las palabras de Annie. Luego se giró hacia la ventana y miró hacia la oscuridad.

—¿De verdad crees que la situación es tan grave?

—No lo sé —admitió Annie—, pero ella está atravesando una edad en la que el índice de suicidios es alarmante. Lo que necesita en esos momentos es estabilidad y mucho amor.

Jase dejó caer la cabeza y soltó un gemido. A pesar de que se había mostrado dispuesto a despedirla, Annie sintió ganas de acercarse y abrazarlo. Pero antes de que pudiera hacer nada, él levantó los ojos y la miró sin verla.

—Está bien, quédate entonces —dijo con voz ronca—. No soportaría perder a mi hija también.

Annie se preguntó varias veces durante los días que siguieron si había sido inteligente por su parte el insistir en quedarse. Tara parecía cada vez más alejada de la unidad familiar y Annie estaba muy preocupada.

Por su parte, Jase parecía ser el hombre más ciego y más testarudo del mundo. A pesar de las advertencias de Annie, había seguido pasando casi todo el tiempo fuera del rancho, y no hacía ningún caso

a los chicos ni a ella.

Pero no iba a darse por vencida, se dijo a sí misma mientras salía al jardín, dispuesta a desahogar su frustración con las malas hierbas que le quedaban por limpiar. Además, a ella no le importaba que Jase no le hiciera ningún caso. Ya era suficientemente mayor como para poder entender su rechazo. Aunque, por otra parte, le extrañaba mucho que Jase tratara de negar su evidente atracción por ella. Pero lo que realmente le preocupaba era que no hiciera ningún caso a sus hijos.

Annie pensó en que tendría que encontrar un modo de volver a unir a la familia Rawley. No tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo, pero sabía que tenía que hacerlo.

De pronto, se quedó boquiabierta al ver que las malas hierbas habían desaparecido por completo y en su lugar había un trozo de terreno preparado para sembrar. Luego se fijó en el arado mecánico que había junto a la valla y se dio cuenta de quién había hecho aquel trabajo.

Jase. Él había sido quien había arado aquel terreno para ella. Pero, ¿por qué lo había hecho?

Al oír mugir al ganado, se giró hacia el corral en el que Jase había estado trabajando toda la mañana. Los terneros habían levantado una nube de polvo y apenas pudo distinguir a Jase entre los animales, que se apartaban de él.

Intentó adivinar qué era lo que estaba haciendo él exactamente. También pensó en que quizá debería acercarse a darle las gracias por arar el jardín para ella. Pero no sabía cómo se tomaría la interrupción. De pronto, oyó un ladrido y se fijó en el perro de Jase, un pastor australiano, sentado ante la puerta del corral y evidentemente ansioso por reunirse con su amo.

Annie estuvo observando aquella escena durante unos segundos. Era una situación muy singular, pensó, y desde luego, sería una foto estupenda. Así que echó a correr hacia la casa y volvió poco después con la cámara para dirigirse al corral. Se acercó muy despacio para no ser descubierta.

Enfocó al perro y tiró unas cuantas fotos. Luego, enfocó a Jase y se fijó en que el zoom de la cámara le dejaba ver su rostro de un modo íntimo sin ser vista por él. Así, se fijó en la determinación que reflejaba su mandíbula, cubierta de polvo y sudor. Sacó varias fotos con gran excitación, diciéndose que aquella era la viva imagen de la lucha entre el hombre y la bestia.

Si las fotos salían tan bien como ella pensaba, se las enviaría a alguna revista para ver si se las publicaban. Emocionada ante aquella

perspectiva, siguió tirándole fotos y, así, captó el cambio de expresión en su lucha con un ternero. Finalmente, el rostro de Jase pasó de la tensión a la satisfacción por el objetivo cumplido. Ella, tratando de no hacer caso del hormigueo que sentía en el estómago, disparó varias fotos más.

—¡Roscoe!

El perro saltó, con la lengua fuera y agitando la cola, al oír que Jase lo llamaba.

Jase le hizo una seña al perro y este corrió en círculo alrededor de un ternero, llevando al animal hacia un corral individual. Cuando el ternero estuvo dentro, Jase cerró la puerta.

Annie sacó otro par de fotos y luego se estiró.

—¡Madre mía! —se dijo, respirando hondo.

Jase se volvió al oír la voz de ella. Al ver la cámara, frunció el ceño.

—¿Qué diablos estás haciendo con esa cámara? —preguntó él con impaciencia.

Ella sonrió, tratando de mantener la calma.

—He sacado unas cuantas fotos. He tratado de reflejar la emoción que sentías.

—Estaba trabajando —murmuró él.

Luego se acercó a una caja de herramientas que había dejado junto a la puerta del corral en el que acababa de encerrar al ternero y sacó una jeringa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella mientras preparaba la cámara para sacar alguna nueva foto.

—Voy a vacunar a los terneros —dijo, comenzando a frotar la piel del ternero encerrado. Luego agarró un trozo de piel y clavó la aguja en él.

Annie disparó una foto y luego se encogió cuando oyó mugir al ternero.

—¿Le has hecho daño?

—No, solo está protestando porque lo he separado de sus amigos.

—Oh —dijo ella, no muy convencida.

Luego se fijó en que él sacaba una especie de tenazas de la caja de herramientas.

—¿Para qué es eso? —añadió.

—Sirve para hacerle una muesca en la oreja.

Annie se puso tensa al ver cómo él acercaba aquel instrumento a la oreja del animal.

—Eso debe doler.

Él la miró disgustado y luego se guardó el instrumento en el

bolsillo trasero del pantalón sin ni siquiera molestarse en contestar.

—¿Para qué tienes que hacerle una muesca en la oreja? —preguntó, pensando en que podría añadir esa información a las fotos cuando las intentara vender.

—Es un modo de identificarlos.

—Yo creía que lo que hacíais los vaqueros era marcar a las reses.

Él respiró hondo, evidentemente enojado por las preguntas.

—Y yo también lo hago, pero solo con aquellas reses que voy a añadir a mi rebaño. De todos estos terneros, la mayoría los venderé antes del invierno. Solo me quedaré con unos pocos y a esos sí que los marcaré.

—Oh, pero...

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer que molestarme con esas estúpidas preguntas?

Annie pensó en el trabajo que le quedaba por hacer en el jardín y también en la casa. Luego cruzó los dedos detrás de la espalda antes de contestarle.

—No, no tengo nada que hacer —mintió.

Él hizo un gesto hacia la camioneta aparcada frente a la puerta del corral.

—Entonces, ¿por qué no me traes la carpeta que está en el asiento delantero?

Ella corrió hacia la camioneta, excitada ante la idea de ayudarlo. Dejó la cámara con cuidado en el asiento, agarró la carpeta que él le había pedido y volvió corriendo.

—Aquí tienes —dijo, alcanzándole la carpeta.

Pero él tenía las manos ocupadas, agarrando al ternero.

—Tráemela.

Ella miró algo nerviosa al resto de terneros que estaban en el corral, pero, finalmente, se subió a la valla y la saltó. Luego se acercó hasta donde estaba Jase sin quitar ojo a los terneros.

—Toma.

—Escribe: número doce, Black Angus.

—¿Qué?

—Que escribas: número doce, Black Angus. Abajo del todo.

—Oh —Annie hizo lo que él le había pedido, pero no sin dejar de mirar de reojo a los terneros.

—¿Ya?

—Sí —respondió ella, resoplando.

—Ahora, pon la fecha de hoy en la columna etiquetada como Vacunado.

Ella lo hizo.

—¿Algo más?

—Bueno, todavía quedan todos esos.

Ella miró con los ojos abiertos de par en par a los terneros que él había señalado. Debían ser treinta o cuarenta.

—¿Quieres decir todos esos?

—Eso es. Y ahora, ¿puedes cuidar de que este no escape?

—Bueno... sí, eso creo.

—Luego, cuando le dé la señal a Roscoe, apártate para que él meta al siguiente ternero.

Ella se acercó al animal mientras Jase se dirigía hacia el rebaño. En seguida, se olvidó del ternero al que estaba cuidando y se quedó mirando fascinada cómo se movía Jase entre los animales, sin preocuparse aparentemente de que pudieran darle una cornada.

—¡Roscoe! —gritó él después de seleccionar otro ternero.

Annie se quedó observando cómo el perro echaba a correr hacia él. De repente, notó que algo la golpeaba en la espalda con fuerza. El impacto fue tal, que cayó al suelo boca abajo. Desde allí notó que una pezuña de ternero le rozaba espalda.

—¿Por qué diablos le has dejado que escape?

Todavía mareada, Annie levantó la cabeza y trató de entender lo que Jase le estaba diciendo.

—No lo he dejado escapar —contestó irritada cuando recuperó la conciencia completamente. —Se suponía que tenías que bloquear la salida.

Ella se incorporó mientras él la miraba con los ojos echando chispas.

—Y estaba bloqueándola, pero él me derribó y me pasó por encima.

—Pero no deberías haber dejado que te derribara.

Ella se quitó el polvo que tenía en la boca.

—Mira, yo no soy ninguna vaquera. Me limité a quedarme frente a la puerta como tú me dijiste. Así que no es culpa mía que el ternero se haya escapado.

—¿Y quién es el culpable entonces? —gritó él—. Tú eras la responsable de que no escapara.

Annie, cada vez más irritada, se incorporó del todo y notó un fuerte dolor en la espalda.

—¿Qué sucede?

Ella tragó saliva al tiempo que trataba de contener una sensación de náusea.

—Creo que me ha pisado.

—¿Dónde?

—Justo sobre la cintura.

Jase se acercó y le levantó la camisa para comprobar el daño. Ella sintió sus dedos en la espalda y esperó a que dijera algo. Como no fue así, se temió lo peor.

—¿Es grave? —preguntó, volviéndose. Entonces vio que él la estaba mirando de un modo extraño.

—¿Jase?

Él apartó la mirada mientras se sonrojaba.

—Eh, no —dijo, apartando su mano de la espalda de ella—. Es solo un rasguño.

Ella se tocó la espalda.

—Pues te aseguro que me duele.

—Tengo un botiquín en la camioneta. Voy por él.

Ella asintió antes de levantarse y dirigirse hacia la valla. Luego se sentó en el suelo y esperó a que él regresara.

Cuando Jase volvió, ella levantó la cabeza hacia él.

—¿No irá a dolerme, verdad?

—Quizá te escueza un poco —contestó, mirando lo que había en la bolsa.

—¿Qué es eso? —preguntó ella cuando vio que él abría un pequeño paquete.

—Un trozo de gasa bañada con desinfectante. Porque antes de nada, hay que limpiarte la herida.

—¿Herida? ¿No habías dicho que era solo un rasguño?

Él se bajó entonces el sombrero lo suficiente como para que ella no pudiera verle los ojos.

—Herida o rasguño es prácticamente lo mismo.

—Apuesto a que no pensarías lo mismo si fuera tu espalda.

Él le hizo una seña para que se diera la vuelta.

Annie obedeció.

—Pero hazlo con calma, ¿de acuerdo?

Ella sintió la presión de sus dedos mientras le levantaba la camisa hasta los hombros. Luego no pasó nada durante un buen rato, así que ella se dio la vuelta.

—Bueno, ¿vas a limpiarme la herida de una vez?

—Sí —respondió él con un tono de voz algo extraño—, ya voy— añadió, arrodillándose detrás de ella.

Ella volvió a girarse y cerró los ojos, dispuesta a chillar si él le hacía daño. Pero, sorprendentemente, Jase le limpió la herida con gran delicadeza. De todos modos, cuando sintió el frío líquido sobre su piel caliente, no pudo evitar encogerse.

—¿Te he hecho daño?

—No, es solo que está frío.

—Oh —dijo él, respirando aliviado—. Ahora, voy a ponerte una crema con antibiótico.

—Lo que usted diga, doctor.

Annie oyó cómo él buscaba la crema en el botiquín. Poco después, notó la presión de sus dedos mientras le untaba la crema con cuidado. La sensación no fue demasiado desagradable, a pesar de que le escoció un poco. Luego cerró los ojos y se relajó con el hipnótico movimiento de las manos de él.

—Quizá mañana te notes algo dolorida —comentó él.

—¿Mañana? ¿Y qué me está sucediendo ahora?

—¿Te duele? ¿Dónde exactamente?

—Aquí —respondió ella, señalándose una zona justo debajo de la herida.

Él presionó con sus dedos el punto que ella había señalado.

—Sí —dijo ella, soltando un suspiro—, justo ahí.

Él aumentó ligeramente la presión y ella se arqueó, dejando escapar un gemido. Luego se echó hacia delante y se abrazó las rodillas. Poco a poco, la sensación de placer se fue haciendo mayor. Él comenzó a hacer círculos con sus pulgares alrededor de la espina dorsal.

En un momento dado Jase apartó las manos y Annie pensó que, desgraciadamente, el masaje había acabado. Pero en seguida volvió a notar las manos de él sobre sus costados y no pudo evitar morderse el labio. Los movimientos de las manos de Jase eran como un sueño y parecían completamente estudiados. Annie se preguntó si él se estaría dando cuenta del efecto que estaba teniendo en ella ese masaje.

También se preguntó por los motivos por los que se lo estaría dando, ya que estaba segura de que, como persona, no gustaba a Jase. Y, por otro lado, no creía que se sintiera responsable por la herida.

Pero mientras él seguía moviendo las manos arriba y abajo, decidió que los motivos no eran tan importantes. En ese momento, lo único que le importaba era ese movimiento rítmico de las manos de él sobre su piel.

Annie dejó la mente en blanco y trató de concentrarse en la fuerza de aquellas grandes manos, en la delicadeza con la que se movían y en la sensualidad con que rozaban su espalda, a pesar de su dureza.

Poco después, Jase comenzó a acariciarle el contorno de los senos y ella no pudo evitar estremecerse. Cuando finalmente se los cubrió con las manos, ella abrió los ojos de par en par.

Sin saber qué decir o qué hacer, aguardó en tensión para ver qué hacía él a continuación. Podía oír su pesada respiración y sentir el

temblor de sus dedos mientras acariciaban sus senos. Jase comenzó a mover las manos más ampliamente. Ella cerró los ojos y se dejó llevar por una oleada de sensaciones desconocidas. En un momento dado, no pudo evitar que un gemido de placer escapara de su garganta.

Al oírlo, él apartó las manos y se puso en pie. Ella se giró hacia él, entre sorprendida y disgustada, pero no pudo verle la cara, ya que la cegó el sol.

—Ya he terminado de desinfectarte la herida —murmuró él, recogiendo el botiquín del suelo.

Annie lo miró enfadada.

—¿Cómo? —dijo, levantándose a su vez—. ¿Es que vas a fingir que no ha pasado nada?

Él la miró y ella retrocedió al ver el deseo que había en sus ojos.

—Vete a casa —ordenó Jase, dándose la vuelta—. Ya terminaré el trabajo yo solo.

Capítulo 4

Jase entró al cobertizo y allí, donde nadie podía verlo, arrojó furioso el botiquín contra la puerta. Entonces, se abrió la tapa y todo su contenido cayó al suelo. Contempló todos aquellos objetos allí esparcidos mientras su pecho subía y bajaba como si acabara de correr un maratón.

Luego la cabeza comenzó a darle vueltas al recordar lo que acababa de pasar. ¡Dios! Había manoseado a Annie.

Abrió las manos y se quedó mirándolas fijamente. Permanecía en ellas la sensación de la suave piel, el tacto de sus blandos senos y sus pezones duros por el roce.

Soltó un gruñido y apretó los puños, hincándose al hacerlo las uñas en las palmas de las manos, mientras trataba de borrar aquella imagen de su mente.

Sí, la había manoseado como si fuera un adolescente descontrolado por sus hormonas, en el asiento trasero del coche que le habría prestado su padre.

Y lo que más lo preocupaba eran las ganas que tenía en aquellos momentos de volver a sentir la piel de ella bajo sus manos.

Soltó una maldición y se mesó los cabellos. Tenía que estar loco, pensó. Solo así podía explicarse lo que había pasado. Había jurado mantenerse apartado de ella, a sabiendas de lo mucho que lo atraía. Sabía que no podía permitirse sentir nada por ella. No quería arriesgarse a que nadie volviera a causarle dolor.

—¿Jase?

Al oír su voz detrás de él, no pudo contener otro gruñido.

—¿Qué quieres?

—Me he olvidado de darte las gracias por limpiar el jardín y arar la tierra.

Él respiró hondo.

—Está bien. Ahora, vete.

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado.

Él deseó internamente que ella aceptara aquella respuesta y se marchara. Pero ya la conocía un poco e intuía que no iba a ser tan fácil.

Y así fue.

—Mentiroso.

Él respiró hondo, tratando de relajarse.

—Te aseguro que no estoy enfadado.

—Entonces, ¿por qué no me miras a los ojos?

Él se dio la vuelta lentamente mientras apretaba los puños.

—De acuerdo, ya te estoy mirando. Y como verás, no estoy enfadado. ¿Satisfecha?

—No —dijo ella en un tono desafiante—. No estoy satisfecha.

Annie se cruzó de brazos y comenzó a caminar alrededor de él.

—Porque veo que tienes los puños apretados —añadió ella—, y eso significa que estás nervioso. Además, mira cómo te late la sien —añadió ella, tocándosela con el dedo.

—¿Por qué no te vas a casa, tal como te he pedido, y me dejas tranquilo de una vez?

—Porque no sería saludable.

—¿Para quién? —gritó él.

—Para ti.

Él dio un paso hacia ella con una expresión amenazadora en el rostro.

—Escúchame, niña, si sabes lo que te conviene, será mejor que muevas ese trasero tan lindo que tienes en dirección a la casa.

—¿De verdad piensas que mi trasero es lindo? —preguntó, con una sonrisa en los labios.

Jase se tapó el rostro con las manos y soltó un gemido.

—Venga, Jase —insistió ella, tratando de engatusarlo—. ¿De verdad sería tan horrible que admitieras que te sientes atraído por mí?

Mientras hablaba, se acercó a él y le puso una mano en el cuello.

Él trató de ignorar el hecho de que ella lo estuviera tocando, pero no lo consiguió.

—¿Te ayudaría en algo el que te dijera que yo también me siento atraída por ti? —preguntó ella con voz suave.

El rostro de ella estaba muy cerca de él. Tan cerca que Jase podía sentir su aliento en la oreja. Eso le hizo estremecerse. Respiró hondo, tratando de resistirse, pero entonces notó el perfume que emanaba de ella y la cabeza le comenzó a dar vueltas.

Sin embargo, lo que más nervioso le había puesto era lo que ella acababa de admitir con total tranquilidad. Annie se sentía atraída por él. ¡Maldita sea! ¿Qué se suponía que podía responder a eso? ¿Cómo iba a poder resistirse a ella después de saber aquello? ¿Cómo iba a poder contener las irresistibles ganas que tenía de tirarla al suelo y hacerle el amor allí mismo? ¿Estaría tomándole el pelo? ¿Estaría tratando de seducirlo?

Consciente de que tenía que conseguir alejarla de él antes de que perdiera el control, le apartó las manos y se puso recto. Luego la miró,

pensando en que se encontraría con la mirada divertida de una mujer que estaba tratando de seducir a un hombre. Pero, sorprendentemente, lo único que había en sus ojos verdes era compasión.

Y él no pudo luchar contra aquello.

—Annie... —cuando ella colocó la mano en su mejilla y ladeó el rostro con expresión dulce y comprensiva, él cerró los ojos y le agarró la mano—. No —añadió, apartándola.

—Jase.

—No —insistió él, dándole la espalda.

Oyó que ella suspiraba, pero se negó a volverse.

—De acuerdo —dijo ella—, pero algún día tendrás que dejar salir todos esos sentimientos que llevas dentro. Si no lo haces, vas a acabar con una úlcera. Estoy segura.

Aquella tarde, Annie esperó la llegada del autobús escolar, todavía sorprendida y entusiasmada con su descubrimiento.

A pesar de la insistencia de Jase en que la gata que ella había fotografiado era capaz de cuidar de sí misma y de sus cachorros, Annie había llevado una manta vieja y algo de comida al desván. Pero entonces se había encontrado ya allí una vieja manta extendida sobre un poco de heno. Alguien había dejado también dos recipientes: uno de agua y otro de comida.

Como sabía que era Jase quien había llevado todo eso a la gata y sus gatitos, estuvo a punto de comentarle que había sido muy amable, pero en seguida decidió que no lo haría. Estaba segura de que él negaría el hecho o trataría de quitarle importancia de alguna manera.

En ese momento, el autobús se detuvo frente a la casa con un sonido de frenos. Jase quería que creyera que era malo y duro, pero ella estaba empezando a creer que aquello no era cierto.

Al ver acercarse a los hijos de Jase, no pudo evitar emocionarse. Rachel iba detrás de los gemelos y se paraba de vez en cuando a recoger florecillas silvestres. ¡Cómo quería a esos niños!, pensó mientras aceleraba el paso para ir a su encuentro.

—¿Qué tal os ha ido el día? —les preguntó mientras agarraba la mochila que le alcanzó Clay.

—Mal —musitó Tara, pasando de largo.

—Como siempre —añadió Clay, dirigiéndose al granero.

—Espera —gritó Annie al chico, alargándole un paquete—. La merienda —dijo, guiñándole un ojo.

—¿Galletas de mantequilla de avellana? —preguntó con esperanza, mirando al paquete—. Son tus favoritas, ¿verdad?

El chico la miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias, Annie —respondió, yéndose a la carrera hacia el granero.

Annie esbozó una sonrisa y se dio la vuelta al notar que alguien le tiraba de la camisa.

—¿A mí también me has hecho galletas de mantequilla de avellana? —le preguntó Rachel.

—No.

Al ver la expresión seria de la niña, Annie soltó una carcajada y se agachó a su lado. Sonriendo, le acarició la naricilla.

—Las tuyas son de copos de avena, porque sé que son tus favoritas.

—¿Y Tara?

Annie se levantó y miró hacia la muchacha, ya entrando en la casa.

—Galletas de azúcar —replicó, confiando en secreto en que su dulzura pudiera borrar la amargura de la adolescente.

—Papá no nos quiere.

Annie, que estaba preparando unos sándwiches, miró a Rachel sorprendida.

—Claro que os quiere.

Rachel movió la cabeza negativamente y sus coletas le rozaron las mejillas al hacerlo.

—No, no nos quiere. Lo dice Tara.

Annie se volvió para mirar a Tara, que estaba también en la cocina, envolviendo los sándwiches.

—¿Le has dicho eso a Rachel?

Tara mantuvo la cabeza baja, pero levantó los hombros.

—¿Y qué si lo hice? —replicó con tristeza—. Es la verdad.

Annie dejó a un lado el cuchillo y se acercó a Tara. Le puso las manos sobre los hombros y buscó sus ojos.

—Tu padre os quiere —insistió. Tara se negó a mirarla y Annie le agarró la barbilla para obligarla a levantar la cabeza—. Jase te quiere, Tara —repitió—. Yo lo sé.

—¿Entonces por qué no tiene tiempo para estar con nosotros?

Annie observó las lágrimas que asomaron a los ojos de la chica y, conmovida, la agarró por los hombros.

—Porque tiene mucho trabajo —replicó Annie, abrazándola—. Es muy duro encargarse de un rancho de este tamaño. Pero a lo mejor podemos conseguir que eso cambie —añadió, al notar que la respuesta resultaba poco convincente a la muchacha.

—Sí, claro —murmuró Tara—. Y yo me voy a creer que papá va a dejar de trabajar porque nosotros se lo digamos...

—A lo mejor sí —contestó Annie—. Sobre todo si preparamos algo exquisito para comer fuera.

—¿Un picnic? —gritó Rachel, comenzando a dar saltos de alegría —. ¿Podemos hacer un picnic?

—¿Por qué no? En vez de esperar a que Clay venga por los sándwiches, podemos llevárselos nosotros —explicó Annie, haciendo una señal hacia la despensa—. Tara, tú ve por la cesta y, Rachel, tú trae la caja de galletas que hicimos esta mañana.

En pocos minutos, las tres habían llenado y metido la cesta en el maletero del coche de Annie, junto con una manta vieja, y se dirigían a la zona donde Jase y Clay habían estado trabajando toda la mañana. Al pasar por la verja de entrada, Annie vio a Clay conduciendo un tractor a lo lejos. Jase iba detrás con una máquina sembradora.

Annie condujo el coche a lo largo de la valla hasta un grupo de árboles. Cuando estuvo suficientemente cerca de ellos, tocó el claxon varias veces y luego bajó.

—Sacar todo, niñas —les dijo a Tara y Rachel—. Yo los avisaré cuando acaben la vuelta.

Annie esperó sonriente a que Clay se acercara.

—¡Eh! —gritó, haciendo un gesto con la mano—. ¿Os apetece comer ya?

Clay disminuyó la velocidad y finalmente paró.

—No me lo tienes que decir dos veces.

Mientras él bajaba del tractor, Annie caminó un poco más para ir en busca de Jase y lo miró sonriendo.

—¡Os hemos traído la comida! —gritó, colocando las manos a ambos lados de la boca para ser oída por encima del ruido de la máquina.

Jase frunció el ceño y se detuvo.

—Se supone que tenía que ir Clay a buscarla.

La sonrisa de Annie se hizo más amplia.

—Lo sé, pero hemos pensado que sería divertido hacer un picnic — antes de que él pudiera decir nada, ella se volvió y se encaminó hacia los árboles, donde las niñas habían extendido la manta.

—¿Te apetece un poco de limonada, Clay? —le preguntó, llenando un vaso de plástico.

Clay lo aceptó con una sonrisa.

—Gracias, Annie —se dejó caer sobre la manta y comenzó a revolver la cesta—. ¿Qué nos has hecho? Me muero de hambre.

Tara le apartó la mano de un manotazo.

—Sándwiches, tonto, y quita las manos de ahí. Estás sucio.

Clay se puso derecho, sin dejar de sonreír.

—¿De qué? —añadió.

—De atún, queso con pimentón o pavo —respondió Tara,

asumiendo el papel de anfitriona—. ¿De qué te apetece?

—De todos.

—Bruto —dijo Tara.

—No soy un bruto —protestó él, riéndose—. Soy un hombre trabajador y los trabajadores tienen mucha hambre.

Annie rió, consciente de que era una discusión totalmente inofensiva.

—Yo quiero de queso con pimentón —señaló Rachel, poniéndose de rodillas sobre la manta.

Tara llenó un plato y se lo pasó a su hermano. Luego preparó otro a Rachel.

—¿Y tú, Annie?

—De pavo, por favor —replicó Annie, complacida al ver que la expresión triste de Tara había desaparecido—. Y también otro de queso con pimentón —añadió—. ¿Y tú qué quieres, Jase? —preguntó al ver que este se acercaba.

—¿Qué hay?

Annie repitió el menú.

—De atún —replicó el hombre, sentándose en la manta, pero en la parte más alejada.

Tara rápidamente preparó varios sándwiches en un plato y se lo dio a su padre.

Él lo agarró sin mirar ni decir nada. Annie notó la contrariedad en el rostro de Tara.

—Los han preparado las niñas —dijo, solícita, Annie.

Jase murmuró algo entre dientes y dio un bocado mientras Clay soltaba una carcajada.

—¿Los ha preparado Tara? —se tocó el estómago con dramatismo —. ¡Seguro que me he envenenado!

Tara apretó los labios y le dio un golpe en el brazo. Clay se cayó como si ella lo hubiera dejado grogui, Rachel soltó una carcajada y se tiró sobre su hermano y empezó a pegarlo. Tara se unió a ellos y se puso del lado de su hermana. Así que poco después tenían a Clay vencido.

—Portaos bien, niños —ordenó Jase, haciendo un gesto impaciente con la mano—. Y comed deprisa. Clay y yo tenemos mucho que hacer.

La pelea acabó rápidamente. Tara se sentó y miró muy seria a su padre. Luego agarró su plato, fue hacia el coche y lo tiró a la bolsa donde iban a poner la basura. Finalmente se metió dentro y cerró la puerta de un golpe.

Annie miró a Tara con el corazón en vilo.

Aquella noche, después de que los niños se hubieran ido a la cama,

Annie esperó a que Jase volviera para hablar sobre lo que había sucedido. Pensaba decirle que había estropeado lo que podía haber sido una excursión maravillosa y cómo eso había afectado a los niños.

Lo esperó en el porche trasero, sentada sobre el primer escalón, en camisón y bata. La noche era fresca, lo que resultaba un alivio después del calor que había hecho todo el día. Annie miró hacia el cielo, donde, sobre un azul de terciopelo, brillaban cientos de estrellas y una luna en forma de hoz.

Aunque Annie había vivido siempre en la ciudad y estaba acostumbrada a sus ruidos y a sus luces, descubrió complacida que aquello era mucho más agradable.

Su bienestar se terminó al acercarse Jase. Aunque tardó en ver la expresión de su cara, por la forma de caminar y la postura de sus hombros, supuso que su humor no había mejorado desde el picnic. Annie se abrazó las rodillas con fuerza al notarle muy cerca, temiendo la confrontación.

—¿Qué haces aquí?

Aunque su tono no era nada amable, Annie trató de sonreír.

—Esperándote.

—Es tarde, me voy a la cama —dijo, haciendo un gesto con la cabeza mientras pasaba a su lado.

Ella le agarró una pierna y le hizo detenerse.

—Siéntate un momento, por favor —añadió, mirándolo a los ojos —. Necesito hablar contigo.

Jase vaciló un momento. Luego, dando un suspiro, se volvió y se sentó a su lado. Se quitó el sombrero y se pasó una mano por la frente.

—Sé breve, estoy muy cansado —dijo, colocándose de nuevo el sombrero.

—Ya me lo imagino. Llevas trabajando desde el amanecer.

—Sí, lo sé. Siempre hay cosas que hacer en un rancho.

—Estoy segura de ello —se agarró el dobladillo de la bata y jugó con él, sin saber cómo empezar—. Sobre el picnic de esta tarde...

—No tengo tiempo para esto —dijo él, poniéndose en pie.

Ella volvió a agarrarle la pernera del pantalón.

—Por favor, escucha lo que tengo que decirte.

Ella notó, por la tensión de la pierna, que quería esquivar la conversación, pero finalmente se sentó a su lado y se quitó el sombrero, dejándolo sobre su rodilla.

—Di lo que tengas que decir y acabemos cuanto antes.

—¿Sabes que esta tarde heriste los sentimientos de Tara?

Jase se volvió y la miró fijamente.

—¿Por qué iba a hacerlo? Comí con todos, ¿no?

—Sí, pero cuando te dije que las niñas habían preparado la comida, tú solo gruñiste.

Jase hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué tenía que haber hecho? ¿Cantar una canción?

—No —replicó ella, ignorando su sarcasmo—, pero podías haberles hecho un cumplido o, por lo menos, darles las gracias.

—¿Me dan ellas las gracias por comprarles la comida? —protestó, poniéndose a la defensiva—. ¿Hacen algo ellas para ayudarme a conseguir esa comida?

—Jase, son niñas.

—Yo también lo era con seis años, cuando tuve que ponerme a trabajar con mi padre en el rancho, y a mí no me hirieron los sentimientos con ello.

—Yo creo que sí.

Jase se volvió hacia ella.

—Es evidente que nunca has aprendido a jugar —añadió Annie.

Jase hizo un gesto con las manos y se habría levantado, pero Annie lo detuvo, poniéndole una mano sobre el brazo.

—Déjales que sean niños, Jase. La vida los obligará pronto a ser adultos.

—Pero se harán unos holgazanes.

—Eso no es cierto —le aseguró ella—. Crecerán felices y serán unos adultos equilibrados.

—Se harán perezosos —repitió él.

—¿Prefieres que sean adictos al trabajo como tú? —preguntó ella.

—Si hay trabajo por hacer, prefiero que así sea —contestó él con una mirada sombría.

Annie notaba que estaba empezando a enfadarse, además de haberlo enfadado ya a él, así que trató de tranquilizarse.

—Dijiste que en el rancho siempre había trabajo por hacer —le recordó con amabilidad—, pero si no te das un poco de tiempo para ti o para tu familia, si no aprendes a posponer el trabajo, acabarás matándote. O como poco, acabarás aislándote de tus hijos y convirtiéndote en un hombre solitario y amargado.

—¿Has terminado?

—Sí, he terminado.

—Me alegro, porque no quiero seguir escuchándote.

Después de consultar el reloj, Annie metió en la nevera el plato de pollo frito que había sobre la mesa.

—El muy cobarde… —murmuró.

Después de haberle preparado una comida estupenda, Jase no había ido a comer. Ella sabía que había sido para no tener que hablar

con ella. O sea, que se trataba de un acto inmaduro e infantil. No obstante, no era tonta y no creía que hablar con él fuera a cambiar nada. Puede que fuera una niña, como decía él, pero no era tonta.

Cuando había convencido a Jase para que la permitiera quedarse a cuidar de los chicos, sabía que tenía mucho trabajo por delante. Y lo de menos iban a ser los chicos mismos. Lo más problemático iba a ser la educación de Tara, que necesitaba amor, cuidados y una mano firme que la guiara. Algo que ella estaba deseosa de ofrecer a la adolescente. Pero Tara también necesitaba a su padre y aquello era lo más complicado. Porque convencer a Jase de que fuera más atento y de que expresara su cariño de una manera más abierta a sus hijos, la había colocado en una posición muy incómoda.

Con una terrible sensación de impotencia fue hacia la pila, sin dejar de mirar por la ventana hacia el granero, donde Jase llevaba trabajando toda la mañana. Durante el desayuno, la había ignorado. Se había tomado su café rápidamente y había abandonado la casa antes de que los niños se levantaran.

Eso le hizo preguntarse a Annie si lo que le había dicho la noche anterior habría servido de algo. Sus hijos lo necesitaban. Todos ellos y especialmente Tara.

De repente, vio una sombra en la puerta del granero y se quedó inmóvil al ver que era Jase que salía. Iba sin camisa y llevaba un saco al hombro. El sudor hacía brillar sus brazos y su pecho. Dejó el saco sobre la camioneta y Annie tragó saliva al ver sus músculos. También ella lo necesitaba, admitió. No del mismo modo que sus hijos, pero estaba segura de que lo necesitaba.

No, se corrigió, observando cómo volvía a entrar en el granero. Más que necesitarlo, lo deseaba, porque el deseo era totalmente diferente a la necesidad. La necesidad era un requisito, algo vital para el bienestar de alguien; mientras que el deseo era algo puramente físico. Un deseo de la carne. Un deseo que él parecía compartir, pero que se negaba a sí mismo, igual que se esforzaba por mantener una distancia emocional con sus hijos.

Annie entornó los ojos al ver que Jase salía de nuevo del granero con otro saco. ¿Y si ella consiguiera de algún modo romper su resistencia? ¿Y si fuera capaz de enseñarle a expresar sus sentimientos, el tipo de sentimientos que ella había visto y experimentado cuando la había besado en el granero? ¿Conseguiría así liberarlo y hacer que comenzara a expresar otro tipo de sentimientos, como el cariño que sentía hacia sus hijos?

¿Sería ella capaz de enseñarle a jugar? ¿Sería capaz de convencerlo de que por lo menos merecía la pena intentar su teoría?

Decidida a intentarlo, sacó de la nevera el plato que había preparado para comer.

Jase dejó el último saco sobre la parte trasera de la camioneta y se levantó el sombrero para limpiarse el sudor de la frente. Luego miró brevemente al sol con gesto sombrío, reprochándole el calor agobiante de la mañana, y se subió a la camioneta.

Después de arrancar el motor, encendió el aire acondicionado y luego soltó el embrague. La camioneta no había cubierto más de unos metros cuando Jase oyó un grito. Miró por encima del hombro y vio que Annie corría hacia él con una cesta en la mano mientras con la otra le hacía gestos nerviosos.

Aunque estuvo tentado de hacerla sudar un poco, apretó el freno y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué quieres? —preguntó con impaciencia mientras ella llegaba junto a él.

—La comida —replicó ella sin aliento.

Al decirlo, levantó la cesta para que él la viera. Antes de que él pudiera decirle que no tenía hambre, Annie ya se estaba subiendo a su lado mientras le señalaba la cesta que había puesto entre ellos.

—¿Dónde ibas? —preguntó, colocándose el cinturón de seguridad.

—A dar de comer a los animales de la zona de atrás —dijo, abriendo la puerta del lado de Annie—. Estoy seguro de que tú tienes cosas mejores que hacer que acompañarme.

Ella esbozó una sonrisa y cerró la puerta.

—Pues no —respondió, bajando la ventanilla y mirando hacia el sol—. Es un día perfecto para un picnic, ¿no crees?

—¿Picnic? ¿Otra vez?

—El del sábado fue un fracaso, así que he pensado que a lo mejor lo que necesitabas era un poco de práctica.

—Escucha, no tengo tiempo para...

—Muy bien —replicó ella— ¿Me dejas conducir? —le preguntó a continuación, mirándolo a los ojos—. No conduzco un trasto como este desde hace años.

Y si por él fuera, se tiraría un par de años más sin hacerlo. Frunciendo el ceño, le apartó la mano y metió primera.

—No —aseguró con brusquedad antes de apretar el acelerador.

La camioneta dio una sacudida y Annie se chocó contra el asiento. Luego soltó una carcajada alegre, se quitó las sandalias y levantó los pies en el aire.

Jase no pudo evitar ver sus uñas pintadas de azul oscuro.

—¿Por qué demonios has tenido que pintarte las uñas de ese color? —preguntó con una expresión de disgusto.

Ella se agarró los pies con las manos.
—Se llama lejano azul salvaje. ¿Te gusta?
—No —contestó Jase, mirando de nuevo hacia el frente—. Me pone malo cada vez que lo veo.
—¿De verdad? ¿Entonces por qué lo miras?
—¿Quién podría no hacerlo si estás siempre andando descalza de un lado para otro?
Ella movió los pies.
—Pero me gusta ir descalza. ¿A ti no?
—No lo sé. Nunca lo he hecho —contestó, tratando de ignorarla.
Ella le dio un puñetazo suave en el brazo.
—Oh, vamos. ¿Nunca ibas descalzo de pequeño?
Jase apartó el brazo.
—No me acuerdo.
Ella se sentó bien en el asiento, pero sin mostrarse ofendida.
—Qué pena, porque es muy divertido. Y muy sensual —añadió, guiñándole maliciosamente un ojo y moviendo de nuevo los pies—. No hay nada como caminar descalzo sobre la hierba por la mañana, cuando todavía está cubierta de rocío, o por la playa, para sentir la arena húmeda en los dedos. Deberías probarlo un día.
—Creo que no me hace falta —contestó él, frenando y apagando el motor.
Ella bajó los pies y se sentó bien.
—¿Ya hemos llegado?
—Sí —contestó él, viendo cómo bajaba Annie de la camioneta. Luego bajó él también y miró hacia ella—. ¿Qué estás haciendo?
Ella se estaba protegiendo del sol con una mano.
—Estoy buscando un sitio para hacer el picnic. ¡Oh! ¿Hay un río al lado de aquellos árboles?
Jase siguió la mirada de ella.
—Si quieres llamarlo así... —contestó él, comenzando a descargar un saco—. Casi siempre está seco.
—Pero con todo lo que ha llovido este invierno, apuesto a que ahora tiene agua.
Jase se colocó el primer saco al hombro.
—Probablemente, pero no durará mucho. Dentro de dos semanas, estará seco.
Ella dio un suspiro y se puso las manos en las caderas.
—Desde luego, eres la persona más negativa que he conocido en mi vida.
—Soy realista —replicó él, metiéndose la mano en el bolsillo para sacar una navaja—. Es más fácil enfrentarse a la realidad con la

cabeza fría que tratar de convertirlo todo en un cuento de hadas.

Ella se volvió hacia el grupo de árboles.

—Pero no es tan divertido —replicó, balanceando la cesta.

Jase la miró un segundo y luego bajó la vista de nuevo mientras hundía la navaja en el saco.

—Estúpida niña —murmuró para sí.

—¡Lo he oído! —gritó ella.

Jase alzó la mirada y vio que ella había llegado casi al grupo de árboles que crecía a lo largo del río.

—Cuidado —le advirtió al ver que no se había puesto las sandalias.

Annie de repente dio un grito. Al parecer, la advertencia de Jase había llegado demasiado tarde. El hombre dejó el saco de nuevo sobre la camioneta y corrió hacia ella.

—¿Estás bien?

—No —respondió ella—. Tengo algo clavado en el pie. ¡Ay! —añadió dolorida—. En los dos pies.

Annie se quedó quieta, con las puntas de los pies levantadas, en una postura un tanto cómica. Jase no pudo evitar que le entraran ganas de echarse a reír.

—No me digas eso de: «ya te lo había dicho» —le advirtió Annie.

Jase levantó las manos en son de paz.

—No pensaba hacerlo, aunque me siento en el deber de decir que este es el primer ejemplo de uno de los muchos peligros que entraña el ir descalzo. Y debo añadir también que por eso yo he evitado hacerlo siempre.

—Eso es lo mismo que decir: «ya te lo había dicho» —protestó ella, gritando cuando él se agachó a su lado—. ¿Qué vas a hacer?

—Llevarte en brazos.

—Pero nuestro picnic... —comenzó a decir ella mientras él la agarraba. Una vez en sus brazos, comenzó a señalar la cesta.

—Agárrala —ordenó él después de retroceder para recoger la cesta.

Annie hizo una mueca y luego frunció el ceño mientras agarraba con fuerza la cesta, como si esta le fuera a salvar la vida.

Pero al ver que Jase seguía andando hacia los árboles, en vez de volver a la camioneta, se le iluminó la cara.

—¿Quiere esto decir que vamos a hacer finalmente el picnic?

Jase dejó a Annie sobre una roca, al lado de la perezosa corriente de agua, y se agachó a su lado.

—En cuanto te saque las espinas que se te han clavado.

—¿Cómo me las vas a sacar?

—Con esto —dijo él, sacando su navaja.

El sol brilló sobre el filo de la navaja y Annie abrió mucho los ojos.

—No me dolerá mucho, ¿verdad? —preguntó, protegiéndose el pie.

—Depende de lo que toleres el dolor.

—No mucho —respondió ella rápidamente—. Lo tolero muy poco —añadió, mordiéndose el labio.

Jase la agarró suavemente el pie y se lo colocó sobre su rodilla.

—Si el estómago se te revuelve con facilidad, es mejor que mires hacia otro lado.

—No pienso mirar hacia otro lado.

Jase levantó un hombro y se dispuso a hacerle un corte.

—Grita si no puedes aguantar el dolor.

A pesar de que tenía intención de mirar lo que Jase iba haciendo, Annie cerró los ojos y esperó, con todos los músculos de su cuerpo en tensión, a que el cuchillo se hundiera en el pie.

—A lo mejor quieres respirar —sugirió él.

Annie abrió los ojos y vio que él la miraba divertido.

—Oh —murmuró avergonzada, mirándose el pie y advirtiendo cómo cambiaba Jase cuando sonreía—. Deberías sonreír más a menudo.

Jase soltó una carcajada y volvió a bajar la vista.

—¿Por qué?

—Porque... pues porque... —comenzó a decir ella con las mejillas encendidas—. ¡Ay! —gritó, apartando el pie.

—Cobarde —dijo él, agarrando la espina que le había sacado y mirándola detenidamente.

Ella se frotó el pie dolorido.

—Eso es fácil de decir.

Jase soltó una risita antes de agarrarle el otro pie.

—¿Quieres que te lo bese para que no te duela?

—¿Y si me infecto?

—¡Qué graciosa!

—Igual de graciosa que tú —dijo ella, preparándose para notar de nuevo la hoja de la navaja y dispuesta a no gritar en esa ocasión.

Jase le sacó la otra espina.

—No he sentido nada esta vez.

—Puedo intentarlo de nuevo.

—No —replicó ella, sonriendo y complacida al descubrir que Jase tenía sentido del humor—. Creo que será mejor que lo dejemos, porque si no puedes animarte y decidir amputarme la pierna.

Todavía sujetándole el pie, Jase levantó la vista.

—¿De verdad crees que te haría daño deliberadamente? —le preguntó, ya sin sonreír.

Ella se echó hacia atrás y se apoyó en los codos.

—Creo que harías cualquier cosa para que me fuera de la casa.

Jase frunció el ceño y miró de nuevo el pie de ella.

—Eres muy joven —replicó, como si sintiera la necesidad de justificar el modo en que se comportaba con ella.

Annie miró al cielo.

—Deja ya de decir eso. No sé por qué te preocupa tanto mi edad.

—Pues deberías saberlo.

—Escucha, soy una adulta. Sé cuidar de mí misma y no necesito que tú ni nadie hagan ese trabajo por mí. Así que, ¿por qué no respetas de hoy en adelante que yo opine diferente de ti en el tema de la edad?

Jase le acarició el pie desde el tobillo hasta la punta de los dedos, mirándola con los ojos entornados y preguntándose si ella se daba cuenta de dónde se estaba metiendo al animarlo a no pensar en su edad.

—De acuerdo, me parece justo.

—Y a propósito, gracias por el masaje. Tienes buenas manos.

Jase miró al pie con el ceño fruncido. Luego la miró a ella y movió la cabeza, sonriendo.

—No hay de qué. Pero tengo que confesar que mi intención era hacerte cosquillas.

—No, no tengo cosquillas. ¿Y tú?

—Un hombre nunca revela sus debilidades.

—Eso quiere decir que sí tienes.

—No he dicho eso.

—No hace falta —se incorporó bruscamente—. Quítate las botas.

—¿Para qué? —preguntó él, soltando una carcajada por la sorpresa.

—Solo te he pedido que te quites las botas.

—Discúlpeme usted, señorita, pero no soy de ese tipo de hombres.

Ella volvió a echarse y esbozó una sonrisa divertida.

—Estoy segura de que tienes cosquillas.

—No es inteligente dudar de la sinceridad de un hombre cuando te está agarrando un pie.

—¿Por qué?

Jase se llevó el pie a los labios.

—Porque pueden entrarle ganas de darle un mordisco.

Ella trató de liberar el pie, pero él lo agarró con más fuerza.

—No te atreverás —dijo ella, mirándolo con los ojos entornados.

—¿No?

Sin dejar de mirarla, abrió la boca. Pero en vez de darle un

mordisco, se lo sopló, de manera que su aliento caliente y húmedo rozó la planta del pie de Annie. Luego esbozó una sonrisa cuando ella apartó el pie.

—Creí que me habías dicho que no tenías cosquillas.

—Y no tengo.

—¿Entonces por qué das un respingo?

—Ha sido sin querer. Una reacción totalmente impulsiva.

Jase comenzó a acariciarle entonces la pierna desde abajo arriba, produciéndole escalofríos.

—Quizá tengas que explicarlo mejor —sugirió, colocando la pierna de ella sobre su muslo y sentándose a su lado.

Ella lo observó mientras seguía tocándole las piernas con suavidad.

—Jase, te advierto que me estás excitando.

Capítulo 5

Jase la miró confundido.

—¿De verdad?

—Sí —dijo ella, bajando la vista hacia su boca mientras él se inclinaba hacia ella.

—¿Y qué crees que deberíamos hacer ante eso?

Ella se humedeció los labios.

—No lo sé. ¿Tú qué quieres hacer?

Jase hizo una mueca como si se lo estuviera pensando.

—Me imagino que podría besarte.

—Sí, creo que podrías hacerlo —dijo ella, soltando un suspiro.

—Pero quizá eso solo complique las cosas.

—¿Para quién?

—Para ti y para mí —respondió él con voz ronca.

Ella se humedeció los labios de nuevo.

—Yo estoy deseando arriesgarme, si tú también estás dispuesto a hacerlo.

—No lo sé. Yo...

Pero antes de que Jase pudiera expresar en voz alta sus dudas, Annie apretó su boca contra la de él.

A pesar de que sabía que era una imprudencia, no pudo evitar responder al beso de ella. Ni siquiera lo intentó. Él beso que se habían dado el otro día había aparecido en sus sueños durante la noche y le había distraído durante el día. Se había dicho a sí mismo que la dulzura que había sentido eran imaginaciones suyas, que no era cierto, que era fruto de todos aquellos años de privación.

Ansioso por descubrir si era cierto, probó a separarle los labios con su lengua. Al sentir que ella los abría, no pudo evitar gemir de placer. Notó el sabor de ella traspasándolo. Era caliente y excitante, dulce y cerrado. Justo como lo recordaba... y temía la lengua de ella se deslizó en su boca y él dejó a un lado todo razonamiento, decidiendo que lo mejor sería dejarse llevar.

«Solo un poco», se prometió a sí mismo. Mientras lo pensaba, acarició uno de sus pechos. Ella arqueó la espalda instintivamente hacia su mano.

Jase dio un gemido y se tumbó, agarrando a Annie para que se pusiera sobre él para poder besarla más apasionadamente. La roca era dura y le hacía daño en la espalda, pero aceptó el dolor con placer y disfrutó de la suavidad del cuerpo que tenía encima.

—Sabía que traerías problemas —murmuró, mordisqueándole el

labio inferior—. Estaba seguro.

—Sí —contestó ella, suspirando. Luego se colocó en una posición más cómoda sobre él y sonrió—, pero, ¿a que es divertido?

Jase soltó una carcajada y a continuación gimió al notar que ella colocaba las manos en su pecho y se ponía de pie.

Annie entonces le agarró una bota.

—¡Oye! ¿Qué demonios haces?

—Devolviéndote el favor.

La bota salió en seguida y Annie la dejó en el suelo antes de agarrar la otra.

Jase intentó evitar que se la quitara.

—¿Qué favor?

—El masaje.

Jase le agarró las manos.

—No quiero que me des un masaje en los pies.

Ella arqueó una ceja y esbozó una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Tienes cosquillas?

Jase frunció el ceño y, a pesar de los esfuerzos que hizo, la bota salió de su pie.

—No, no tengo cosquillas.

—Estupendo, porque te voy a dar un masaje.

Annie dejó la bota en el suelo y le agarró el pie. Metió la mano por la pernera del pantalón hasta alcanzar el calcetín y luego se lo sacó despacio. Jase sintió un escalofrío por toda la espalda.

Annie se sentó en el suelo, en la base de la roca, y se puso el pie sobre el regazo.

—Dar un masaje es todo un arte, ya lo sabes —le informó, satisfecha.

Jase sintió un tremendo calor cuando ella le agarró el pie y comenzó a acariciarle suavemente los dedos y la planta. El contraste entre su pie, grande y feo, y la mano fina y ágil de ella era casi extraño, como lo era tener a Annie allí sentada a sus pies.

—No —protestó, tratando de ignorar la agradable sensación que aquella mano producía en él—. No lo sabía.

—Pues sí lo es. He estudiado un poco de reflexología.

Annie hundió los nudillos con firmeza en su planta y él sintió que se aflojaban todos sus músculos.

—Hay ciertos puntos que están conectados con otras partes del cuerpo. Por ejemplo —añadió, tocando la zona que había justo debajo del tobillo—, esta parte está conectada con el hombro. Cuando aprieto aquí, deberías sentirlo en los hombros. ¿Es así?

Jase sintió algo, claro, pero estaba completamente seguro de que

no era en el hombro.

—Sí —contestó, pensando en que era mejor no decirle exactamente a qué zona de su cuerpo lo estaba afectando.

Ella esbozó una sonrisa de satisfacción y continuó el masaje.

—El cuerpo humano es un complejo sistema de músculos y nervios que están relacionados entre sí.

Jase se preguntó si ella estaba tratando de excitarlo a propósito, como a ella le había pasado cuando él le había acariciado los pies. Levantó la vista para buscar en el rostro de ella alguna señal, pero en el fondo de aquellos ojos verdes solo había inocencia.

Annie sonrió y apretó su pie, moviéndolo con suavidad.

—Relájate —le aconsejó con voz dulce—. Si no lo haces, no podrás disfrutar del masaje.

—Estoy relajado —protestó él, a pesar de que sentía todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Ella soltó una carcajada y le quitó el otro calcetín.

—Sí, y yo canto ópera —se levantó y colocó el calcetín sobre las botas. Luego le agarró de la mano—. Vamos, levántate.

—¿Dónde vamos? —preguntó él, levantándose y notando las piedras que se le clavaban en los pies.

—A caminar por el agua.

Él se detuvo bruscamente.

—No.

Ella frunció el ceño y se puso las manos en las caderas.

—¿Por qué no?

Él hizo un gesto hacia el agua.

—Es mejor que no te diga lo que hay en el fondo de la corriente.

—Cobarde —dijo ella, continuando.

—Si te cortas o te tuerces un tobillo, luego no te quejes.

—No lo haré.

Annie metió un pie en el agua y se estremeció de placer al sentir su frescura. Luego se volvió sonriente hacia él y le hizo un gesto para que se acercara.

—Vamos, métete tú también. El agua está estupenda.

Él se cruzó de brazos en actitud testaruda.

—No, gracias, no me apetece.

Ella se encogió de hombros y luego se fue metiendo en el agua hasta que esta le llegó al dobladillo de los pantalones cortos. Entonces, soltó una carcajada al mismo tiempo que abría los brazos y daba una vuelta sobre sí misma.

—Ten cuidado con las rocas —le advirtió él.

—No te preocupes por mí —dijo ella mientras el agua le llegaba a

los hombros y le inflaba la camisa como si se tratara de un globo.

Jase siguió contemplándola inquieto.

—¡Annie! Vuelve antes de que te ahogues.

Ella se volvió y le sonrió maliciosamente.

—Tendrás que venir a buscarme tú.

Jase dio un paso adelante, pero luego se detuvo.

—¡Maldita sea! Vuelve aquí ahora mismo.

La sonrisa de Annie desapareció al ver los ojos asustados de él.

—¿Es que no sabes nadar?

—No se trata de eso. Simplemente, quiero que salgas del agua.

Annie se dio cuenta de que él estaba preocupado de verdad y entonces decidió regresar a la orilla.

—Lo siento —dijo ella—. No quería asustarte... —de pronto, resbaló sobre una roca y trató de mantener el equilibrio, pero no lo consiguió y se hundió en el agua.

Jase se metió en el agua y avanzó rápidamente hacia la zona donde ella se había hundido. Estaba verdaderamente asustado. Al llegar donde Annie había desaparecido, metió las manos bajo el agua y trató de encontrarla, pero no pudo dar con ella. Al poco, Annie sacó la cabeza a unos diez pies de distancia y se echó a reír.

—Lo has hecho a propósito —la acusó él.

—No es cierto —respondió ella, todavía riéndose.

—Claro que es cierto.

Al ver la furibunda mirada de él, ella se puso seria y comenzó a andar en su dirección.

—No, te juro que me he resbalado de verdad.

—Ya te advertí que era peligroso que te metieras.

Ella lo miró sorprendida por su seriedad.

—Bueno, no ha pasado nada. Solo ha sido un resbalón.

—Pero sí que podía haberte pasado algo.

—Lo que importa es que estoy bien —dijo ella, tocándole el brazo para tratar de tranquilizarlo.

Él apartó el brazo, soltando un gruñido, y echó a andar hacia la orilla. Pero luego, como si se hubiera arrepentido, se dio la vuelta y la tomó entre sus brazos. La besó con pasión y ella notó el miedo que había en sus labios. Entonces, emocionada por la sinceridad de su preocupación, le pasó los brazos por detrás del cuello y lo estrechó contra sí.

Jase la levantó en sus brazos y comenzó a andar con ella hacia la orilla.

—Mi héroe —murmuró ella.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No te burles —le advirtió él, dejándola en el suelo una vez estuvieron en la orilla.

Ella, con una sonrisa en los labios, se sentó sobre la hierba y comenzó a recogerse el pelo mojado en una coleta.

—Y yo que todo este tiempo había pensado que eras un viejo oso feroz, cuando en realidad eres un enorme osito de peluche.

Él se sentó a su lado y comenzó a jugar con un palito.

—Me da la impresión de que has tragado más agua de la que pensaba —refunfuñó él mientras clavaba el palito en la arena húmeda —. Y eso te ha trastornado.

Ella se fijó en que él se había sonrojado.

—No sigas haciéndote el macho. Quizá hayas conseguido engañarme hasta ahora, pero ya no.

—Será mejor que no lo hagas.

Ella comenzó a escurrir el agua de su camisa empapada.

—¿Que no haga el qué?

Él miró su camisa mojada y luego volvió a mirarla a los ojos. La sonrisa de ella se desvaneció al ver el deseo que había en la mirada de él.

—Que no vayas a pensar que soy un tipo majo —le advirtió él—. Porque te aseguro que no lo soy.

Ella sintió un escalofrío al ver cómo se acercaba el rostro de él.

—Eso me da igual —dijo Annie sin aliento.

—No digas que no te lo he advertido —dijo él justo antes de besarla.

Luego se echó sobre ella, que se dejó caer hasta apoyar la espalda en la hierba. Él apretó su pecho contra el de ella y la agarró para rodar y quedarse debajo.

No pudo evitar soltar un gruñido cuando notó la pelvis de ella contra su miembro erecto. Entonces se miraron y el aire pareció llenarse de tensión.

Jase agarró su rostro entre las manos, asombrado por la intensidad del deseo que lo llenaba. Entonces, pudo ver en sus ojos que ella también lo deseaba y volvió a besarla apasionadamente.

A Jase le llegaba el dulce aroma de la hierba mezclado con el de su pelo húmedo. Luego notó cómo ella hundía las manos en su espalda al tiempo que daba un gemido y, ardiendo de deseo, la hizo girar de nuevo y se apretó contra ella.

—Me muero por acariciarte —susurró, levantándole la camisa mojada y dejando su vientre al descubierto—, y también por saborear tu piel —añadió, llevando su boca al vientre liso.

—Sí —dijo ella, hundiendo sus dedos en el cabello de él—. Oh, sí

—gimió mientras él lamía su vientre.

Luego él fue subiendo hasta lamer sus senos y, finalmente, sus pezones.

—Necesito hacerte el amor —dijo él, levantando la cabeza y mirándola fijamente a los ojos.

Ella abrió los brazos hacia él sin necesidad de decir nada.

Entonces, él volvió a besarla mientras bajaba sus manos hasta su cintura.

—Tenemos que adoptar alguna medida preventiva —susurró Jase.

—Sí, ¿tienes tú algún preservativo?

Él soltó un gruñido.

—Aquí no.

—¿Jase?

Annie estaba dibujando, con dedos nerviosos, círculos sobre su espalda.

—¿Qué? —preguntó.

—Quizá nos pueda servir el plástico con el que envolví el pollo.

A pesar de su frustración, Jase no pudo evitar echarse a reír.

—Bueno, no creo que eso sea muy efectivo —dijo Jase, tumbándose en el suelo.

—¡Vaya fastidio! —dijo ella.

—Ya seguiremos luego —aseguró él, abrazándola.

Ella lo miró con los ojos llenos de esperanza.

—¿Me lo prometes?

—Sí —respondió él.

Más tarde, hacia la media noche, Jase estaba de pie frente a la ventana de su dormitorio. Miraba hacia la oscuridad y esperaba nervioso, preguntándose si Annie iría a verlo. A pesar de lo mucho que la deseaba, lo cierto era que prefería que no fuera porque estaba seguro de que no iba a poder contenerse.

Entonces recordó su promesa de continuar más tarde con lo que habían empezado en el río. En esos momentos se arrepentía de sus palabras y no entendía por qué las había dicho, ya que seguía sin querer tener ninguna relación con ella. Estaba seguro de que sería un gran error por su parte.

Pero en realidad sí que sabía lo que había pasado; sí conocía la explicación y esta era que le resultaba imposible resistirse a Annie. Aquellos ojos verdes, tan llenos de alegría, y aquella boca suya tan sensual, le habían hecho recordar los placeres que un hombre podía encontrar al lado de una mujer. Ella le había hecho olvidarse del daño que inevitablemente sufriría si dejaba que alguien intimara con él. Annie le había hecho olvidarse de sus miedos y le había hecho

abandonarse a los placeres de la carne.

Lo único que le había salvado había sido el hecho de que ninguno de los dos tuviera preservativos a mano.

De pronto, oyó cómo se abría la puerta del dormitorio a su espalda. Como sabía que era Annie, no pudo evitar ponerse nervioso. Notó su perfume, aquella fragancia sutil y femenina que nublaba sus sentidos, y su mano en la espalda desnuda.

—¿Jase?

El cerró los ojos al oír su voz ronca y rezó para encontrar la fuerza suficiente como para echarla de su dormitorio. Pero cuando abrió los ojos y vio el deseo que había en aquellos ojos verdes, se dio cuenta de que su oración había sido en vano. No iba a poder echarla. Era completamente imposible.

Así que, aceptando lo inevitable, fue a la mesilla y sacó de un cajón un paquete dorado. Luego miró de nuevo a Annie.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

Ella se abrazó a sí misma como si de repente le hubiera entrado frío.

—¿Y tú?

Él la miró durante unos instantes y finalmente asintió.

—Sí, a pesar de que tengo el presentimiento de que más adelante nos arrepentiremos.

Ella avanzó hacia él con paso vacilante.

—¿Por qué? los dos somos ya adultos y sabemos lo que estamos haciendo.

Él soltó una carcajada mientras se sentaba en la cama.

—¿Eso crees? —dijo, mirando fijamente el preservativo. Luego sacudió la cabeza—. Yo no estoy tan seguro.

Preguntándose por qué estaría él tan inseguro, Annie se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—¿Es que no estás preparado para tener una relación física con otra mujer? Quiero decir... si quizá te sientes culpable por tu esposa...

Él sacudió la cabeza.

—No, no es eso —respondió, respirando hondo—. Pero has dado en el clavo con lo de una relación física, porque es lo único que esto va a ser para mí. Una relación física y, si eres capaz de aceptarlo, entonces no habrá ningún problema entre nosotros.

Annie sintió un pinchazo de tristeza y la luna, que le iluminaba en ese momento, reveló la palidez súbita de su rostro. Aunque ella no había esperado nada más que una aventura sexual, la afirmación de Jase de que no quería mezclar los sentimientos en ello, la entristecía. Ella era incapaz de hacer el amor sin sentimientos de por medio. Sabía

además que era una experiencia que desnudaba a las personas a nivel emocional, y podía dejarte sumida en una exquisita alegría… o en la más profunda desesperación.

Pero quizá él no pensaba lo mismo. Quizá por eso había dejado en sus manos la decisión de si iban a acostarse o no.

Sin embargo, lo que Jase no sabía era que ella ya había tomado una decisión mucho antes de dirigirse a su dormitorio. Quizá ya la había la misma mañana en que se conocieron, cuando él regresó de su viaje y se encontró con la nueva niñera. Ella había decidido que estaba dispuesta a arriesgarse, a pesar de los muchos peligros que acechaban su relación.

Lo miró con una sonrisa en los labios y le acarició la mejilla.

—No tienes por qué preocuparte —le aseguró, pasando el pulgar por el pómulo de él—. Lo entiendo.

Él se quedó mirándola fijamente durante un momento como si no estuviera seguro de lo que había oído. Luego tomó una de sus manos entre las suyas y se la llevó a los labios.

Annie notó cómo le temblaban los dedos y le dieron ganas de llorar. Aquello le confirmaba que por mucho que él se empeñara en negar sus sentimientos, estos existían y Jase solo tenía que aprender a expresarlos.

Annie se levantó y se desató la bata. Luego la dejó caer a sus pies, se dio la vuelta hacia él y se quitó también el camisón. Lo miró a los ojos mientras él le agarraba la mano y tiraba de ella con suavidad para que se acercara.

Él la miró a su vez a los ojos antes de bajar la mirada hacia sus manos unidas.

—El tiempo ha pasado muy lentamente desde esta mañana.

—Sí, pero ahora tenemos toda la noche por delante.

Jase la miró sorprendido y vio que ella lo estaba mirando con una sonrisa en los labios.

—Sí, supongo que sí —añadió él mientras contemplaba la boca femenina.

Jase entonces notó cómo su sexo se ponía rígido contra los vaqueros y sintió un imperioso deseo de tumbarla en la cama y besarla apasionadamente.

Pero entonces pensó que no estaría bien, que sería un acto completamente egoísta.

—Esta situación es de lo más incómoda —murmuró él.

—¿Por qué?

—No sé, pero es así.

—Quizá sea porque le ha faltado un poco de espontaneidad. Está

siendo todo bastante premeditado.

—Sí —dijo él, frunciendo el ceño—, quizá sea eso —añadió, poniéndose en pie y comenzando a pasear de un lado para otro de la habitación. Finalmente se detuvo delante de la ventana y miró hacia el oscuro exterior.

Entonces oyó el sonido de las pisadas de Annie sobre la alfombra. Al llegar a su lado, le rodeó la cintura con los brazos y él no pudo evitar ponerse tenso. Luego sintió los labios de ella sobre su espalda y tuvo que cerrar los ojos y luchar contra la necesidad de darse la vuelta y abrazarla.

—Mírame, Jase —susurró ella.

Pero él no se movió.

—Por favor, Jase.

Él respiró hondo y se dio la vuelta, dispuesto a mandarle de vuelta a su habitación antes de que fuera demasiado tarde.

Pero antes de que él pudiera decir nada, ella posó un dedo sobre sus labios.

—Relájate y piensa que solo somos un hombre y una mujer que se desean.

Él sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera tan sencillo.

—¿Y por qué no va a serlo?

—Porque sé que puedo hacerte daño —consiguió decir él, a pesar de lo mucho que la deseaba.

Ella avanzó un pasó y se apretó contra él.

—Te aseguro que no me harás ningún daño.

—Tú no sabes de lo que yo soy cap...

Antes de que él pudiera decir nada más, ella se puso de puntillas y lo besó. Ante el roce de los labios de Annie, Jase se rindió al deseo. Dejando escapar un gemido, la apretó contra él y la besó apasionadamente. Aquello le hizo olvidarse inmediatamente de su intención de hacerla abandonar su habitación. Y, en vez de ello, la condujo de vuelta a la cama.

—Sí —murmuró ella, apretando sus caderas contra la ingle de él.

Jase comenzó a besarle el cuello.

—Oh, sí, Jase —susurró ella cuando él comenzó a lamerle los senos.

Después pasó su lengua por unos de los pezones de ella y Annie se arqueó hacia arriba, apretándose más contra él.

—Deja que yo también te acaricie —le dijo mientras le abría la cremallera de los vaqueros.

Él soltó un gemido al notar cómo ella acariciaba su sexo.

—Despacio —le pidió él, girando sobre la cama y colocándola a ella encima—. Quiero que esto dure.

Ella se sonrojó mientras comenzaba a quitarle los vaqueros.

—Y durará —le prometió mientras bajaba un dedo desde el pecho de él hasta su ombligo—. ¿Recuerdas? Tenemos toda la noche por delante.

Él le agarró la mano cuando ella iba a seguir descendiendo.

—No, si sigues a este ritmo.

Ella soltó una carcajada y luego se inclinó para besarlo en la boca.

—Siempre tan pesimista.

Él se metió el dedo de ella en la boca y comenzó a chupárselo mientras Annie lo miraba con los ojos muy abiertos.

—No, solo sé cuáles son mis límites.

—No estés tan seguro —le advirtió ella mientras agarraba el paquete dorado que él había dejado sobre la cama.

Lo rasgó, sacó el preservativo y se lo colocó sobre su sexo. Entonces el soltó un gemido mientras ella comenzaba a bajárselo lentamente. Luego, mientras lo miraba fijamente a los ojos, agarró el miembro rígido y lo condujo hacia ella.

Jase apretó los dientes mientras notaba cómo sus sexos se unían.

—Te deseo —murmuró él contra los labios de ella.

Luego notó cómo las paredes de terciopelo del sexo de ella se abrían a él. Y pensó entonces en lo sincera que era ella, en lo espontánea. Annie no escondía nada.

Y efectivamente, al mirarla y ver la expresión de su rostro, supo lo mucho que estaba disfrutando. Pero también pudo darse cuenta de que estaba tratando de complacerlo a él y para ello le acariciaba el pecho de un modo muy sensual.

Y al ver que ella quería que él disfrutara, a Jase le entraron todavía más ganas de complacerla a ella. De manera que comenzó a moverse tratando de ajustarse más al placer de ella que de satisfacer el suyo propio.

Ella comenzó a respirar más rápido mientras el movimiento de sus caderas se ajustaba al empuje de él.

Jase se fijó en sus ojos, abiertos de par en par, y sintió cómo le clavaba las uñas mientras llegaba al clímax.

Con un último movimiento, él también alcanzó el clímax.

—Annie —murmuró mientras la abrazaba—. Oh, Annie —repitió mientras hundía el rostro en su cabello y aspiraba su olor.

Jase cerró los ojos. El corazón le latía a toda velocidad y se daba cuenta de que nunca había sentido nada parecido.

—Vamos a hacerlo otra vez —susurró ella.

Él abrió mucho los ojos.

—Debes estar bromeando.

Ella lo miró con una sonrisa maliciosa.

—No, estoy hablando totalmente en serio.

Jase se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Imposible.

—Nada es imposible —insistió ella, estirándose para atrapar su labio inferior con los dientes.

La respuesta de Jase fue inmediata… y sorprendente. Al sentirse de nuevo excitado, agarró a Annie por la cintura, obligándola a que se tumbara a su lado.

—Eres una bruja —musitó, mordiéndole el labio para luego bajar hasta agarrar entre los dientes uno de sus pezones.

Ella se arqueó y enredó los dedos entre su cabello.

—Sí, ya lo sé —respondió ella, sonriendo complacida cuando él comenzó a besarla.

Capítulo 6

Jase se dio la vuelta, buscando el calor del cuerpo que había estado acurrucado contra el suyo toda la noche. Estiró un brazo para agarrar a Annie y apretarla contra sí, pero su mano solo encontró la sábana fría. Entonces abrió los ojos y reprimió un gemido de disgusto al descubrir que estaba solo.

Dando un suspiro, se tumbó boca arriba y miró hacia el techo, recordando la noche pasada, reviviendo la pasión que había descubierto en Annie y que había compartido con ella... De repente oyó un ruido en la cocina y volvió al presente. Miró al reloj de la mesilla y se levantó como un resorte.

—¡Maldita sea! —exclamó, entrando en el cuarto de baño.

No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde.

Quince minutos después, entró en la cocina duchado y afeitado.

Annie lo miró desde la cocina.

—Buenos días —lo recibió con una sonrisa—. ¿Has dormido bien?

Jase deslizó la mirada por el cuerpo de Annie, notando cada una de sus curvas bajo la bata y recordando la sensación de cada una de ellas en sus manos.

—Como un bebé —dijo, sonriendo a su vez—. ¿Y tú?

—Como nunca.

—Yo también he dormido bien, papá.

Jase se volvió al oír la voz de su hija pequeña y se encontró con que sus tres hijos estaban allí sentados, mirándolo muy serios.

—Oh... buenos días, tesoro —balbuceó.

—Hola, papá —dijo Clay, mirando a su padre con curiosidad—. Nunca te has quedado a dormir hasta tan tarde. ¿Estás enfermo?

—No, es que... —Jase cometió una equivocación al mirar a Annie, que rápidamente se volvió hacia la cocina, disimulando una sonrisa. Jase entonces fue hacia la encimera y agarró su sombrero—. Ayer tuve un día muy duro —aseguró, yendo hacia la puerta y agarrando el tirador—. Algo que vosotros deberíais hacer alguna vez para cambiar —añadió, cerrando la puerta tras de sí.

—Claro —dijo Tara de mala gana—, como si nosotros nunca hiciéramos nada.

—Es que vosotras no hacéis nada —dijo Clay, defendiendo a su padre.

—¿Y tú sí?

—Ya es suficiente —los advirtió Annie.

Tara echó hacia atrás su silla.

—Me voy de aquí ahora mismo —declaró, saliendo como una exhalación de la estancia.

Annie dio un suspiro y dejó el cuchillo a un lado.

—Rachel y Clay, terminad el desayuno y preparaos para el colegio.

—¿Dónde vas? —preguntó Clay, viendo que se dirigía hacia la puerta.

—A hablar con Tara.

—¿De qué?

—Tú termina el desayuno —le ordenó Annie.

Subió a la planta de arriba y cuando entró en la habitación de Tara, la encontró frente al espejo, pintándose los labios con una barra de color marrón oscuro.

—¿Vas a ir así al colegio? —preguntó Annie, poniéndose detrás de la chica y hablando a su imagen en el espejo.

Tara la miró también a través del espejo.

—¿Ya ti que te importa?

—Solo era una pregunta —contestó Annie, encogiéndose de hombros y sacando un pañuelo de papel del bolsillo, que dio a la chica —. Pero algo me dice que a tu padre no le va a gustar.

Tara frunció el ceño, pero aceptó el pañuelo y se limpió los labios con él.

—Como si le gustara algo de lo que hago —dijo con amargura.

Annie, conmovida, agarró un cepillo de la cómoda.

—Tu padre te quiere —aseguró Annie, empezando a cepillar la larga melena de la muchacha.

—¡Oye! ¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Tara.

—Es que se me ocurrió que estarías muy guapa echándote el pelo hacia atrás. Así —explicó, haciendo una demostración en sí misma.

Tara miró hacia el techo con impaciencia.

—Sí, como si mi pelo se pudiera quedar así.

—El mío tampoco si no lo sujeto con horquillas. Te puedo dejar algunas, si quieres —le ofreció Annie. Luego le agarró una mano y se la apretó con cariño—, pero será mejor que nos demos prisa o perderemos el autobús.

—¿Qué tipo de horquillas? —preguntó Tara sin levantarse.

—Voy por ellas. Tengo de muchos tipos.

A pesar de que la adolescente trataba de mantener su expresión ceñuda, Annie notó que en sus ojos asomaba un brillo de interés.

—De acuerdo —contestó Tara finalmente.

Annie esperó hasta que los niños se marcharon para vestirse. Después fue en busca de Jase. Lo encontró al lado del granero, trabajando en una de las máquinas.

—Hola —lo saludó, inclinándose y acariciando su cuello—. ¿Qué estás haciendo?

Jase dio un respingo, soltó una maldición y tiró la herramienta con la que estaba trabajando. Luego se levantó, frunciendo el ceño, y se sacó un trapo del bolsillo trasero del pantalón para limpiarse las manos.

—Trabajando —respondió él sin miraría.

—Ya lo veo, pero sigo sin saber qué haces.

Jase hizo un gesto hacia la parte de la máquina que había estado arreglando.

—Estoy apretando las correas.

—¿Las correas? —repitió ella, asomándose para ver dentro de la máquina.

Jase, muy serio, apartó a Annie con el hombro.

—No tengo tiempo para darte lecciones de mecánica —le aseguró, agachándose de nuevo frente a la máquina—. Tengo mucho que hacer.

Annie, ya seria, se echó hacia atrás.

—No esperaba que me fueras a dar ninguna clase.

—Bien —replicó él—, porque no te voy a dar ninguna.

—Y tampoco esperaba que me fueras a gritar.

Jase tensó una de las correas.

—Pues ya ves que deberías habértelo esperado.

Annie, que comenzaba a enfadarse, agarró a Jase por el cuello de la camisa y le dio un tirón, haciéndole perder el equilibrio.

Annie se arrepintió inmediatamente de lo que había hecho. Jase se levantó muy serio y la miró fijamente a los ojos.

—Escucha, niña —dijo en tono amenazante—, tengo trabajo, así que no tengo tiempo para tus estúpidos jueguecitos.

Annie colocó las manos sobre el pecho de él para protegerse.

—¿Con quién estás enfadado? ¿Conmigo o contigo?

Jase entornó los ojos y una vena comenzó a latirle en la sien.

—Conmigo —replicó, volviéndose y sacándose de nuevo el trapo del bolsillo.

Annie bajó las manos y dio un suspiro profundo.

—Bueno, por lo menos no estás tan ciego como para no darte cuenta de quién está estropeándolo todo.

—Sí que me doy cuenta y también me he fijado en tus artimañas de mujer.

Ella arqueó una ceja.

—¿Ahora sí que soy una mujer? Hace un segundo me estabas llamando otra vez niña.

Jase giró la cabeza y se fijó en que Annie lo estaba mirando con

una sonrisa cándida en los labios.

Jase apartó la mirada y se puso las manos en las caderas. Después de un momento, bajó la cabeza, tomó aire e infló las mejillas al tiempo que comenzaba a exhalar lentamente.

—lo siento.

—Yo no.

—La última vez que dijiste esas palabras, me acababa de disculpar por haberte besado.

—¿Quieres que repitamos lo que pasó?

Jase la miró durante un segundo. Luego soltó una carcajada, tiró el trapo al suelo y se acercó a ella.

—Ven —dijo, abrazándola contra su pecho—. Estaba avergonzado —admitió de mala gana.

—¿Por los niños?

Jase se apartó de ella un poco, le tomó un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la oreja.

—Sí, por ellos —explicó, mirándola finalmente a los ojos.

—Ellos no sabían por qué habías dormido hasta tan tarde.

—Pero yo sí.

Annie esbozó una sonrisa y lo abrazó por la cintura.

—No te deberías sentir culpable —le regañó con suavidad—. No creo que los niños sufrieran ningún trauma si descubrieran que su padre se siente atraído por una mujer. Con eso no estoy sugiriendo que mostremos abiertamente nuestros sentimientos —añadió rápidamente—, pero para ellos sería enriquecedor ver que tú tienes relaciones con una mujer.

Jase dio un gemido y apoyó la frente contra la suya.

—Eso es fácil de decir para ti. No son tus hijos.

Annie no pudo evitar una sensación de tristeza al recordarlo.

—No, pero no creo que pensara de otro modo si lo fueran.

Jase hizo un gesto con la cabeza y soltó a Annie.

—Sabía que esto era un error.

—¿El qué es un error? —quiso saber Annie, totalmente confundida y alarmada.

—¡Esto! —gritó él—. Lo nuestro. Tú eres la niñera de mis hijos, ¡por el amor de Dios! Eres diez años más joven que yo. ¡Maldita sea! —dijo, levantando las manos—. Probablemente hasta haya alguna ley que prohíba mantener relaciones con una empleada.

—Sí, y se hizo para proteger a las mujeres que tienen jefes que las obligan a mantener relaciones sexuales que ellas no desean. Pero tú no me has obligado —le recordó—. Yo he hecho el amor contigo por voluntad propia y con los ojos muy abiertos, así que no puedes

culparte a ti mismo de seducirme.

—Y no me culpo —replicó él—, pero desde luego no voy a cometer la tontería de volver a acostarme contigo.

Annie dio un paso hacia atrás, sorprendida por lo enfadado que estaba Jase y, sobre todo, por su declaración de que tenía pensado terminar la relación entre ellos. Lo miró, rezando por que dijera que se arrepentía, que estaba exagerando. Buscó una grieta en su rostro pétreo, algo que indicara que se arrepentía de la amenaza que acababa de hacer… pero no encontró nada más que firmeza y determinación en su rostro.

Sin nada más que el orgullo que la sostuviera, Annie se volvió hacia la puerta.

—Muy bien —dijo, tratando de convencerse a sí misma de que lo que oía no era su corazón que estallaba en mil pedazos—. Pues entonces intentaré apartarme de tu camino.

Desde la ventana de la cocina, Annie observó cómo los niños bajaban del autobús. Se limpió rápidamente los ojos para que no vieran sus lágrimas. Había estado toda la mañana llorando de tristeza por el final de su relación con Jase, pero ya era hora de dejar a un lado la tristeza y poner una expresión alegre. Los niños estaban en casa y su cometido era cuidar de ellos. Además, ellos ya tenían suficientes problemas como para tener que aguantar a una niñera amargada.

Miró de nuevo por la ventana y vio la mirada triste de Tara, a la que Clay le estaba dando justo en ese momento su mochila. El muchacho se fue hacia el granero a ayudar a su padre. De repente, algo estalló dentro de Annie, que fue corriendo hacia la puerta y la abrió.

—¡Clay! —gritó, haciéndole un gesto con la mano.

El chico se volvió y la miró.

—¿Sí?

Las niñas llegaron y entraron en la casa.

—¡Ven, por favor! Quiero que me hagas una cosa —le pidió Annie.

Clay miró pensativo hacia el granero, donde sabía que su padre le estaba esperando, y luego a Annie. Finalmente se encogió de hombros y fue hacia la casa.

—¿Qué quieres que haga Clay? —le preguntó Rachel.

—No solo Clay. Todos vosotros —contestó Annie, tratando de sonreír y dando un apretoncito cariñoso a la niña.

—¿El qué es? —quiso saber la niña con los ojos brillantes por la excitación.

—No te lo puedo decir. Es una sorpresa.

Tara sacó la cabeza de la nevera y miró a Annie con extrañeza.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Ya lo verás —dijo Annie, sonriendo pensativa.

Jase salió del granero, limpiándose las manos con un trapo, y miró hacia la casa, frunciendo el ceño. Clay debería haber vuelto ya de la escuela, pensó irritado, y tenía cosas que hacer allí.

Oyó gritos y risas en la casa. Entonces tiró el trapo al suelo.

—Si Clay está jugando cuando tiene cosas que hacer aquí... —murmuró para sí mientras se encaminaba hacia la casa con paso rápido.

Rodeó el porche y, al dar la vuelta a la esquina, algo le golpeó en la cara y le quitó el sombrero. Levantó la cabeza mientras notaba cómo le caía agua por la cara y vio ocho ojos que lo miraban horrorizados.

Clay soltó inmediatamente el globo lleno de agua que sostenía en las manos.

—Lo siento, papá —dijo muy nervioso—. Ha sido un accidente, iba dirigido a Annie.

Jase levantó una mano y se la pasó por la cara.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Estamos haciendo una pelea de globos de agua —explicó Rachel —. Yo y Annie contra Tara y Clay. ¿Quieres jugar?

Jase se volvió hacia Annie completamente fuera de sí.

—¿Una pelea de globos? —repitió—. ¿Estáis jugando con unos malditos globos llenos de agua, sabiendo que hay un montón de trabajo por hacer?

Annie, sin saber por qué lo hacía, al ver la cara de Jase totalmente roja, se echó hacia atrás y tiró con fuerza el globo que tenía en las manos. Este se chocó contra el pecho de Jase y estalló, empapándole el rostro y la camisa.

Jase abrió los ojos de par en par y luego los entornó amenazadoramente.

—Vas a arrepentirte de esto —advirtió mientras daba un paso hacia ella.

Annie levantó una mano para detenerlo.

—Es solo un juego, Jase —dijo, riendo nerviosamente, antes de darse la vuelta y comenzar a correr.

Jase se agachó, la atrapó por las rodillas y la hizo caer al suelo.

—¡Yo te ayudo, Annie! —gritó Rachel.

Annie se dio la vuelta, bajo Jase.

—Es solo un juego —repitió, viendo horrorizada que Rachel se acercaba y se disponía a tirarle otro de los globos a su padre en la

cabeza—. ¡No, Rachel! No…

Pero era demasiado tarde. El globo estalló sobre la cabeza de Jase, derramando el agua.

Pero Jase no apartaba los ojos de Annie. Esta lo miraba con la respiración entrecortada y reparando, lentamente, en el deseo que había en la mirada de él. En la desesperación con la que sus rodillas atrapaban sus caderas y en el temblor de sus manos, sujetando sus hombros contra el suelo. Annie vio que sus ojos grises se oscurecían mientras observaban su boca…

Jase, despacio, volvió a llevar la mirada a sus ojos. Atrapándola con una sola mano, alzó la otra.

—Rachel, dame un globo.

Annie abrió la boca.

—No te atreverás —gritó, retorciéndose bajo él y tratando de liberarse.

Jase agarró el globo que Rachel le dio y lo colocó encima de la cabeza de Annie. Luego, esbozando una sonrisa, apretó el globo con los dedos. El globo se rompió y toda el agua cayó sobre la cara de Annie.

Esta escupió y comenzó a reírse, tratando de no ahogarse.

—¡Es injusto! —gritó.

—¿Injusto? —entonces volvió a levantar una mano—. Tara, dame tu globo.

Tara miró nerviosamente a Annie y luego le dio el globo a su padre. Este volvió a sentarse sobre el vientre de Annie y levantó el globo.

—No —suplicó Annie sin poder dejar de reírse—. Por favor.

—Creía que te gustaba jugar.

—¡Y me gusta! —insistió.

El globo se abrió y, por segunda vez, toda el agua le cayó sobre la cara.

—¿Os vais a quedar ahí parados? ¡Ayudadme!

Aunque Clay y Tara vacilaron, Rachel no. Agarró un globo de la cesta de la ropa, se subió en la espalda de su padre y aplastó el globo contra su cabeza. Jase levantó las manos, agarró a la niña sin volverse y la echó al suelo.

Rachel, chillando alegremente, trató de escaparse, pero Jase rápidamente la agarró por el tobillo.

—Traidora. Sabes lo que les pasa a los traidores, ¿no?

—No, por favor, papá —gritó, riéndose a carcajadas.

Con el rabillo del ojo, Annie vio a Clay acercándose muy despacio con un globo en cada mano. La mujer, insegura de cómo podía

terminar todo aquello, se sentó y observó cómo el muchacho arrojaba los globos sobre la cabeza del padre.

Un segundo después, Clay estaba en el suelo mientras Rachel se escapaba y Tara se subía a la espalda de su padre, agarrándolo por el cuello mientras reía a carcajadas. Rachel se unió a la maraña de cuerpos, tratando de ayudar primero a Clay y luego a su padre o a quien fuera perdiendo en el momento siguiente.

Annie se quedó observándolos con una sonrisa en los labios. Jase estaba jugando, pensó, casi mareada ante la idea. Jase Rawley estaba por fin jugando con sus hijos.

Aquella noche, Jase ayudó a Annie a poner la mesa. Cada vez que se rozaban, el ambiente parecía llenarse de tensión. Cenaron con los tres muchachos, pero no dejaron de mirarse ni un solo momento.

Annie creía que no iba a ser capaz de soportar el deseo que la consumía por dentro. Animó a los niños a que terminaran de hacer los deberes, vigiló el baño de Rachel y le lavó el pelo. Finalmente, cuando los tres niños se acostaron, se escapó a su dormitorio.

Horas después, incapaz de dormirse, se levantó y comenzó a pasear de un lado para otro. Tenía todos los músculos en tensión y no podía dejar de pensar en el hombre que dormía en la habitación que estaba justo debajo de la suya. Se preguntaba si iría a buscarla, ya que ella desde luego no debería ir. No después de lo que él le había dicho.

Decidida a quitarse de la cabeza a Jase, comenzó a ordenar el dormitorio. Arregló la cómoda y acarició suavemente los hierros del cabecero de la cama. Cuando se fue a vivir allí, se prometió a sí misma no encariñarse con aquel dormitorio, ni con su cama de hierro, ni con sus muebles antiguos a juego. También se había prometido que no se encariñaría con la familia que la había contratado. Había aprendido aquella lección hacía muchos años, cuando descubrió que el cariño, como las promesas, no eran eternos.

Dio un suspiro y se volvió hacia la ventana. La luz de la luna entraba a través de los visillos y se derramaba sobre el suelo de madera de pino como si fuera plata. Sí, se había prometido a sí misma que no se iba a encariñar con esa casa ni con la familia que allí vivía, pero en ese momento se daba cuenta de lo ingenua que había sido creyendo que podría mantener su promesa.

Porque ya amaba esa habitación, esa casa y a la familia que allí vivía. Y su corazón se encogió cuando tuvo que admitir que también amaba al hombre para el que trabajaba.

Amaba a Jase.

Afortunadamente no era tan tonta como para creerse que él alguna vez correspondería ese amor. Y aunque ella aceptaba la realidad, sabía

que cuando tuviera que marcharse, dejaría allí una parte de su corazón. Con los ojos llenos de lágrimas, miró hacia el paisaje oscuro, preguntándose si podría soportar aquello mucho tiempo más.

Fue un pensamiento breve, pero casi insoportable y se dio la vuelta para escapar de él.

Preocupada, salió al pasillo y bajó las escaleras. Tratando de caminar sin hacer ruido para no despertar a los niños, fue hacia la puerta de la calle. Salió al porche y allí abrió los brazos para respirar aire fresco.

Aunque estaba con el pijama, bajó al jardín y recordó con placer la pelea que habían tenido aquella tarde. Aunque no había planeado la guerra de globos como un modo de que Jase jugara con sus hijos, lo que importaba era cómo había acabado todo. Verlo jugar con ellos la había conmovido y le había hecho concebir esperanzas para él y su familia.

De ese modo, a ella también se le había pasado el enfado. Pero, por otro lado, la había dejado inquieta y deseaba tanto a Jase, que no sabía si iba a poder dormir en toda la noche.

Dio un suspiro mientras miraba hacia la casa y más concretamente hacia la ventana de Jase. Estaba a oscuras y las cortinas se movían suavemente por la brisa nocturna. Recordó la noche anterior, cuando había dormido allí en sus brazos, y se preguntó si él la aceptaría en su cama también esa noche.

Pero no iba a ir a su encuentro, se dijo con firmeza mientras se volvía hacia el granero. Si Jase la quería, tendría que ser él quien fuera a buscarla. Por el momento, era suficiente con que hubiera empezado a jugar con sus hijos.

O eso se dijo a sí misma mientras subía las escaleras del desván para hacer una visita a la gata y sus gatitos. Caminó sin hacer ruido entre los montones de heno hasta llegar al fondo.

Allí se agachó, cerca de los animales, y se inclinó hacia delante.

—Hola, mamá gata. ¿Me dejas tomar en brazos a uno de tus cachorros?

Sin dejar de mirar a la gata, agarró a uno de los gatitos y se lo puso al lado del pecho. Luego se frotó la cara suavemente contra su piel.

—Hola, pequeñín —murmuró.

Levantó el animalito hacia la luz de la luna que atravesaba el ventanal del desván y sonrió cuando el animal abrió la boca y maulló suavemente, mostrando una lengua rosa y pequeñita, junto con unos dientes diminutos.

—¿No eres una preciosidad? —añadió, admirando los dibujos rallados de su piel.

—Esa preciosidad probablemente te va a pegar la tiña.

Annie apretó el animal contra su pecho y se volvió hacia Jase, que estaba tumbado sobre una manta al lado de uno de los montones de heno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

Jase se sentó.

—No podía dormir.

Annie, reprimiendo una sonrisa, devolvió el gato a su madre y luego se levantó.

—No podías soportarlo, ¿verdad?

Jase la observó acercarse.

—¿Que no podía soportar el qué?

—la preocupación por si mamá gata sería capaz de dejar solos a los gatitos para ir en busca de comida para sí misma.

Jase frunció el ceño y bajó la mirada.

—Nunca he vuelto a pensar en ella después del día en que te vi haciéndole fotos.

—¿De verdad? —preguntó Annie, señalándole los recipientes de comida y agua fresca que había.

Soltó una carcajada cuando Jase se sonrojó.

Después puso una mano sobre uno de sus hombros y se sentó a su lado.

—Señor Rawley, no eres más que un oso grande y cariñoso.

—Sí, tú sigue pensando eso.

Ella, sin pensar, le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes, que así lo haré —prometió, apoyando la frente contra la de él.

Notó el suspiro que Jase dio y la tensión que desaparecía lentamente de sus hombros.

—Gracias por... bueno, ya sabes —dijo Jase.

—¿Qué? —preguntó ella, decidiendo que era mejor que se lo explicara del todo.

Jase ladeó la cabeza para mirarla.

—Por haber estado a punto de ahogarme —dijo, tumbándola sobre el heno.

Ella soltó una risita mientras él se ponía encima de ella. Luego le agarró el pelo con ambas manos y se lo apartó de la frente.

—¿Qué te pasa?

Jase apretó su ingle contra la de ella.

—Tuviste suerte de que fuera capaz de controlarme. Si los niños no hubieran estado delante, te habría violado allí mismo a la luz del día.

Temblando de placer ante la idea, Annie bajó las manos por la

espalda de él y acarició sus músculos.

—Me parece recordar que habías dicho que era un error.

Él se apretó más contra ella, aplastando sus senos bajo el peso de su pecho.

—Y sigo pensando lo mismo —replicó él, comenzando a mordisquearle el labio inferior—. Sé que me traerás problemas. Lo supe desde el primer día.

—¿De veras? ¿Y entonces que estás haciendo ahora aquí conmigo?

Él apretó sus caderas contra las de ella.

—¿Necesitas que te responda?

Ella soltó una carcajada mientras lo agarraba por las caderas.

—Pero luego acuérdate de que has sido tú el que ha empezado. No vayas a decir más tarde que he sido yo.

—Pero todo esto es por culpa tuya.

—¿Por culpa mía? ¿Qué es lo que he hecho?

—Respirar. Existir.

Él se apoyó en el suelo y la hizo colocarse encima. Luego hundió sus manos en su cabello mientras la besaba bajo la luz de la luna.

Annie sintió entonces el deseo de él, la desesperación que había en esas manos que acariciaban su espalda, en la fuerza de su miembro erecto. A ella le encantaba su modo de tocarla, así como los gemidos que escapaban de su garganta y el calor que desprendía su cuerpo.

—Sabes como la luz del sol —murmuró él, mordisqueando los labios de ella.

—¿Y cómo sabe la luz del sol?

—Sabe a oro y es cálida —respondió él, apartando los mechones de pelo que le caían sobre el rostro—. Es como la miel. La luz del sol sabe como la miel.

Ella soltó una carcajada y luego apoyó un dedo sobre los labios de él.

—Hablas de mí como si fueras a comerme.

Mirándola a los ojos, se metió el dedo de ella en la boca y comenzó a chupárselo. Luego se fijó en la reacción de Annie y sonrió mientras se sacaba el dedo de la boca y llevaba la mano de ella hasta su pecho.

Annie pudo sentir entonces cómo el corazón de él latía a toda velocidad mientras su ojos grises se oscurecían.

—Te deseo —susurró él con voz ronca—. No puedo dejar de pensar en ti ni un solo instante. Me estás volviendo loco y te deseo, a pesar de que sé que no debería.

Jase se quitó los vaqueros y los tiró a un lado en un gesto rápido. El camisón de ella no tardó en unirse a los vaqueros. Así, Annie quedó desnuda debajo de él. Luego abrió uno de los ya familiares paquetes

dorados y se lo puso. Finalmente, apoyó ambos brazos en el suelo, bajó la cabeza y comenzó a mordisquearle un pezón. Al mismo tiempo que se lo metía en la boca, la penetró.

Ella se arqueó mientras soltaba un gemido de placer. El deseo que la llenó la hizo sentirse de pronto débil y, antes de que pudiera recuperarse, él ya estaba empujando rítmicamente su sexo dentro de ella.

Annie sintió que una oleada de calor recorría todo su cuerpo y su piel comenzó a brillar debido al sudor. Le costaba respirar y era incapaz de pensar con claridad o moverse. Solo podía sentir las manos de él mientras la acariciaban por sus zonas más sensibles. Entonces se sintió perdida en un mar de sensaciones, que la condujeron a un estado de tal tensión, que solo podía satisfacerse de un solo modo.

Sin saber lo que hacía, agarró la cabeza de él y se la acercó a la suya. Antes de que tuviera que pedírselo, él la besó apasionadamente.

Annie sintió que una oleada de placer la invadía y no pudo contener un gemido al tiempo que hincaba sus dedos en la espalda de él. De pronto se relajó por completo y ambos llegaron a la vez al clímax.

Jase rodó sobre sí mismo y se quedó tumbado junto a ella. Luego la abrazó y le besó la cabeza.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí —respondió ella, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos —. ¿Y tú?

Jase la miró con una sonrisa en los labios.

—En la gloria.

Capítulo 7

Si Annie había creído, anteriormente, saber 1o que era la felicidad, se había equivocado. Porque la felicidad era lo que sentía en esos momentos, pensó mientras le daba la vuelta a un crepe en la plancha. Ese vértigo que la invadía cada vez que pensaba en Jase y que la dejaba llena de vida, a pesar de lo poco que había dormido la noche anterior. Solo de pensar en cómo habían hecho el amor y en cómo se habían quedado abrazados durante horas sobre aquel lecho de heno, suspiraba de felicidad.

De pronto, notó que unos brazos fuertes la abrazaban por detrás.

—Buenos días —le susurró Jase al oído mientras comenzaba a acariciarle los senos.

—Buenos días —contestó ella, girando la cabeza.

Entonces, él la besó y ella saboreó el aroma mentolado de su pasta de dientes.

—¿No se han levantado todavía los crios? —preguntó él con voz ronca, sin dejar de acariciarla.

Ella cerró los ojos y sintió el calor que invadía su cuerpo.

—Se están vistiendo para ir al colegio —consiguió decir.

—Después de que se hayan ido, ¿te apetecería venir conmigo a revisar el ganado?

—¿A caballo? —preguntó ella, abriendo los ojos.

—Bueno, yo había pensado en ir en mi camioneta.

—Oh —dijo ella, incapaz de disimular su alivio—. Claro. Me parece una idea estupenda.

Él se rió entre dientes mientras se apartaba de ella.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta montar a caballo?

—Bueno, es que nunca he montado —confesó mientras colocaba los crepes en un plato.

—Pues eso habrá que solucionarlo, pero hoy no —añadió él cuando ella se giró hacia él algo alarmada—. Quizá sería buena idea llevar algo de comida. Y será mejor que también llevemos una manta —comentó, guiñándole un ojo mientras se dirigía a la puerta—. Todavía me pica la espalda por el heno.

Ella soltó una carcajada y, cuando se volvió para mirarlo, vio que Tara estaba parada en la puerta que daba al vestíbulo. Rápidamente, recobró la compostura y se acercó a la mesa,

—Buenos días, Tara —la saludó—. Me has asustado. No te he oído bajar.

—Buenos días —respondió Tara, observando a Annie con gesto

suspicaz mientras se acercaba a la mesa y se sentaba en una silla—. ¿A qué se refería papá con lo de que todavía le picaba la espalda por el heno?

Annie rezó para no sonrojarse. —Es que tu padre no podía dormir anoche y fue a acostarse al desván del granero. —¿Que durmió en el desván? Annie levantó la cabeza y se fijó en que Clay había entrado en la cocina justo a tiempo para oír lo que estaban hablando.

—Sí —respondió—. No podía dormir y fue a acostarse al desván — al fin y al cabo, aquello no era mentira, se dijo Annie. Era lo que Jase le había dicho la noche anterior.

—¡Qué raro! —dijo Clay, sentándose a la mesa.

—¿Qué es extraño? —preguntó Rachel, entrando en la cocina.

Annie arrugó los ojos, preguntándose cuántas veces iba a tener que repetirlo. Pero Tara se le anticipó.

—Es que papá no podía dormir anoche —le contó a su hermana pequeña—. Así que se fue al granero y pasó la noche en el desván.

—Oh —Rachel miró a Annie mientras se sentaba en su silla—. ¿Puedo dormir yo esta noche en el desván?

Annie soltó una carcajada.

—No, creo que no.

—¿Por qué? —protestó Rachel—. Papá durmió allí anoche.

—Sí, pero él es mayor y sabe cuidar de sí mismo.

Rachel hizo un puchero.

—Pero yo ya soy mayor y sé cuidar de mí misma.

—Sí, claro —comentó Clay—, seguro que en cuanto aullara un coyote vendrías llorando a casa.

—No es verdad.

—Sí es verdad —dijeron a la vez Clay y Tara.

Y por una vez, Annie no trató de apaciguarlos, ya que se sentía aliviada por el nuevo rumbo que había tomado la conversación.

Los rayos de sol se filtraban entre las hojas de los árboles, calentando el rostro de Jase. Este se incorporó ligeramente, apoyándose sobre un codo y contempló el rostro de Annie, que dormía a su lado. Estaba muy guapa con las pequeñas pecas que cubrían sus pómulos y su nariz.

Sí, aquella mujer le gustaba. Y no solo físicamente, también le atraían su bondad y su generosidad. Y eso, unido a lo sensual que era, la convertía en una mujer irresistible.

¿Y por qué iba a resistirse a ella además?, se preguntó en silencio. Ya lo había intentado al principio y no le había servido de nada. Por otra parte, él había dejado claras las cosas entre ellos. Lo suyo iba a ser una relación meramente sexual. Él le había dicho que era lo único

que le interesaba y a ella no parecía haberle molestado. Así que, ¿por qué de repente se preocupaba tanto?

«Porque no está siendo una relación meramente sexual. Esa mujer te está empezando a gustar de verdad».

Él se puso tenso al darse cuenta de aquello. Luego respiró hondo y reconoció que era cierto. Annie le estaba empezando a gustar de verdad y podía llegar a enamorarse de ella. Sería algo muy fácil. Ella era tan franca, tan honrada y cariñosa... Además, sus hijos la querían mucho. Incluso Tara, que era la que tenía un carácter más difícil.

De pronto, Annie suspiró en sueños y se apretó contra su pecho mientras hundía sus dedos en el vello que lo cubría. Sin pensar en lo que hacía, él le apartó el pelo de la cara y apoyó la mano en su mejilla. Entonces ella sonrió y volvió a suspirar, antes de darle un beso en el pecho. Él notó el cálido aliento y sus labios húmedos.

Sí, pensó mientras sentía como una mezcla de miedo y deseo se apoderaba de él. Definitivamente, Annie no solo le gustaba, sino que también se había enamorado de ella.

Jase odiaba ir a los actos sociales del colegio. Y no porque sintiera remordimientos por dejar trabajo sin hacer en el racho, sino porque lo irritaban las miradas de curiosidad que habitualmente se concentraban en él.

Aquello había empezado años atrás, cuando él había asistido, como tutor, a los actos en los que participaba su hermana Penny. Algunas personas lo habían mirado por aquel entonces con pena y otros con admiración por la responsabilidad que le había caído encima. Pero no le importaban los motivos. Lo que sucedía era que siempre le había molestado ser el centro de atención de los demás. Así que siempre que había podido había evitado ir a aquella clase de reuniones.

Pero aquella noche en particular, Annie se había negado a escuchar sus excusas y lo había convencido para ir a una fiesta en la escuela de Rachel.

Y nada más sentir las miradas de los otros padres, se arrepintió de no haberse quedado en casa, tal como hubiera deseado. No podía evitar preguntarse si toda aquella gente no tendría algo mejor que hacer que inmiscuirse en la vida de Jase Rawley. Dos madres solteras, que después de la muerte de su esposa le habían dejado bien claro que podía acudir a ellas si alguna vez necesitaba compañía femenina, no les quitaban ojo a él y a Annie. Sus miradas parecían sugerir la posibilidad de que entre ellos había algo más que la mera relación entre un hombre y la niñera de sus hijos.

Otras personas parecían mirarlo con pena por las tragedias que le había tocado sufrir. Primero la pérdida de sus padres y después la de

su mujer. Y pensó que prefería sentir esas miradas piadosas en él antes que las miradas acusadoras de las madres solteras.

En seguida se dio cuenta de que él no era la única persona que estaba siendo observada. Varios hombres estaban comiéndose a Annie con los ojos. Entonces se arrepintió de no haberle aconsejado que se pusiera algo más adecuado para aquel tipo de reunión. Llevaba un vestido amarillo bastante corto y con tirantes, que apenas tapaba su bonito cuerpo.

Enfadado por las miradas de admiración de varios hombres, pasó su mano por la espalda de Annie y la condujo rápidamente hacia el otro extremo del gimnasio, lejos de las miradas de los curiosos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, casi corriendo para seguir el paso de él.

—Yo… creía que te apetecería beber algo —respondió él, agarrando un vaso de la mesa.

Annie lo miró sorprendida mientras agarraba el vaso que él le ofrecía.

—Gracias, Jase. Eres muy amable.

—Bueno, si me lo propongo, puedo ser bastante amable.

Ella dio un trago de limonada y esbozó una sonrisa.

—Sí, te creo —murmuró en un tono seductor.

—¡Señor Rawley!

Jase se dio la vuelta y tuvo que contener un gemido de desesperación al ver a la profesora de Rachel frente a él.

—Buenas noches, señorita Sharp —la saludó con un movimiento de cabeza.

—Y tú debes ser Annie —la señorita Sharp tomó una mano de ella entre las suyas y se la estrechó—. Rachel me ha hablado mucho de ti.

Annie se rió alegremente.

—Espero que bien.

—Oh, claro que sí —aseguró rápidamente la señorita Sharp—. De hecho, esperaba encontrarme una aureola sobre tu cabeza y un par de alas en tu espalda. Ella siempre está hablando maravillas de ti.

Annie volvió a soltar una carcajada.

—Bueno, supongo que he conseguido engañarla.

—Y también parece muy contenta ante el hecho de que os vayáis a casar —comentó la señorita Sharp.

—¿Casarnos? —preguntó sorprendida Annie.

—Claro —dijo la señorita Sharp. Luego se giró hacia Jase—. Oh, cielos —añadió, sonrojándose—. Espero que vuestro compromiso no fuera ningún secreto. Rachel no me ha comentado nada al respecto. Bueno, espero que no regañéis a la niña. Estoy segura de que ha sido

sin mala intención.

Annie no se atrevió a mirar a Jase durante todo el viaje de vuelta. Pero no le hacía falta mirarlo para saber lo furioso que estaba. Hasta entonces había conseguido contenerse, pero ella sospechaba que no tardaría en explotar. Y lo más extraño era que los chicos no se habían dado cuenta del mal humor de su padre e iban charlando alegremente en el asiento de atrás.

Una vez llegaron a la casa, Jase aparcó y se volvió hacia ellos, que se callaron inmediatamente al ver su cara.

—Rachel, ¿le has dicho tú a tu profesora que Annie y yo vamos a casarnos?

Annie vio que los ojos de Rachel se llenaban de lágrimas.

—S... sí.

—¿Y por qué le has dicho eso? —preguntó en un tono duro—. Porque sabes que no es verdad.

Rachel se volvió hacia Tara.

—Es que me lo dijo Tara.

—¿Qué le dijiste a Rachel? —le preguntó Jase a su hija mayor.

—Le conté que me parecía que tú y Annie os gustabais el uno al otro y que quizá acabaríais casándoos —confesó Tara mientras acercaba la mano al tirador de la puerta.

Jase agarró a Tara del brazo para evitar que pudiera escapar.

—Annie y yo no vamos a casarnos. ¿Entendido? Ni ahora ni nunca. Annie es solo vuestra niñera.

Tara se soltó.

—Claro, porque Annie nunca sería tan estúpida como para casarse contigo —gritó antes de salir del coche.

Nada podría haberle dolido tanto a Annie como aquello. Cualquier mínima esperanza que albergara respecto a que la relación con Jase pudiera ser duradera, desapareció mientras miraba el perfil de él, envuelto en sombras. Con lágrimas quemándole en los ojos, volvió la vista al frente y miró hacia fuera.

Clay, mirando nervioso a Annie, abrió la puerta del coche y agarró la mano de Rachel.

—Vamos, hermanita —murmuró—. Hoy te ayudaré yo a ponerte el pijama.

Annie agarró el tirador de su puerta, pero se quedó inmóvil cuando sintió la mano de Jase sobre su brazo.

—Espera.

—¿Qué quieres? —dijo sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—No te habrás enfadado por esto, ¿verdad?

Annie hizo un enorme esfuerzo por sonreír.

—¿Por qué iba a enfadarme? Nunca me prometiste que nos casaríamos. La nuestra es una relación puramente sexual, ¿verdad? Eso es lo que acordamos y no espero otra cosa.

Jase estaba de pie frente a la ventana de su dormitorio, mirando hacia la oscuridad con un semblante serio.

Había herido a Annie.

No había querido hacerlo. Había sido una cosa que le había preocupado desde el principio y que había procurado evitar, pero finalmente lo había hecho.

Ella había disimulado valientemente, claro. Incluso había sido capaz de sonreír. Pero él había notado el temblor en su sonrisa y también en su voz.

Y lo malo era, que incluso sabiéndolo, incluso dándole vergüenza, la seguía deseando. Quería salir en ese momento y ver si ella estaba allí en el desván con la gata y sus cachorros. Quería ir a su habitación y meterse con ella en la cama.

Jase se volvió, maldiciendo entre dientes y diciéndose que no iría a buscarla. No podía volver a abrazarla, no podía volver a hacer el amor con ella, no podía volver a dormir con ella acurrucada contra su cuerpo. Nunca más.

En caso contrario, solo conseguiría hacerle más daño.

Los días siguientes fueron un infierno para Annie. Era difícil mantener la sonrisa cuando los niños estaban en casa y fingir un comportamiento normal cuando por dentro estaba destrozada. Más difícil todavía era evitar estar a solas con Jase y no ir a buscarlo mientras los niños estaban en la escuela. Annie deseaba desesperadamente poder regresar al pasado, al día de la fiesta escolar de Rachel. Si pudiera hacerlo, ya no obligaría a Jase a que fuera. Si no le hubiera forzado a ir, él nunca se habría enterado de que Rachel iba diciendo que él y Annie iban a casarse.

Con una enorme tristeza en su pecho, fue sacando las fotos que había revelado con la esperanza de olvidarse de Jase y concentrarse en elegir las que podría enviar y vender a alguna revista. Desde que estaba trabajando para la familia Rawley, había gastado más de diez carretes de película. La mayoría de los niños; otras de animales y plantas que había ido descubriendo en sus paseos.

Pero al extender las imágenes sobre la mesa de la cocina, solo le interesó un carrete. El que había tomado el día que Jase estuvo trabajando en el corral con los terneros.

Tomó una entre sus manos y se dejó caer en una silla, demasiado débil para permanecer en pie. Era tan guapo... pensó con lágrimas en los ojos mientras dibujaba con el dedo los rasgos de su rostro. Acarició

sus altos pómulos; sus ojos grises, brillantes y decididos; su mandíbula orgullosa y noble.

Dejó la foto y eligió otra que había tomado de él el día en que la había descubierto haciendo fotos a la gata y sus gatitos. Ella había enfocado la cámara hacia él y le había sacado la foto, sin que se diera cuenta, mientras miraba totalmente alucinado a los animales. En esa imagen, sus ojos tenían una expresión suave, como sus rasgos. Reflejaban el corazón compasivo que tanto se esforzaba él por ocultar.

Sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, miró hacia el granero, donde Jase estaba trabajando en ese momento. ¡Cómo lo amaba!, pensó, sintiendo un gran peso en el pecho. Pero era consciente de que lo que había dicho él el día de la fiesta escolar había cambiado la relación entre ellos y también la relación de Jase con sus hijos, a los que de nuevo evitaba. Y a ella también. Jase se levantaba incluso antes de que Annie lo hiciera y salía para volver después de que anocheciera.

Aunque ella había pensado esquivarlo también, él se lo había puesto muy fácil al estar todo el día fuera de casa.

Pero ella había tomado una decisión.

Se iría.

Era la única salida. Y a pesar de que la idea de marcharse le hiciera daño, sabía que si no lo hacía, los niños perderían aquella parte de su padre que habían recuperado mientras ella había estado allí.

Se puso a recoger las fotos y, mientras lo hacía, pensó que en ese momento entendía mejor la decisión de la hermana de Jase de dejar el rancho. Si Penny se hubiera quedado, Jase habría dejado que su hermana se encargara de educar a los niños, como pasaba ahora con ella.

Pero el ser consciente de eso no evitó que las lágrimas de Annie dejaran de manar de sus ojos.

Una vez más, tenía que separarse de un ser amado. Solo que en esa ocasión no sabía si sería capaz de sobrevivir.

Jase vio desde el granero cómo Annie iba metiendo sus cosas en el coche. Se iba a marchar, él ya lo sabía, a pesar de las ganas que sentía de detenerla.

Pero no lo hizo.

Era lo mejor, se dijo a sí mismo mientras la veía ponerse al volante. Si se quedaba, sería peor para todos. Para los niños, para Annie y para él. Los niños la iban a echar de menos, estaba seguro, pero, al fin y al cabo, eran jóvenes y resistentes. En poco tiempo, Annie pasaría a pertenecer al pasado. Ellos se recuperarían de su pérdida, como ya se habían recuperado de otras.

¿Pero él?

Aturdido por las lágrimas, observó el polvo que envolvía el coche que se alejaba, sintiendo cómo su corazón rasgaba su pecho y se iba tras ella. Permaneció sin moverse hasta que el polvo se asentó y el coche se hubo perdido de vista. Entonces se pasó el dorso de la mano por los ojos y se dirigió hacia la casa.

Cuando entró en la cocina, vio la nota sobre la mesa, apoyada en una de las cestas decoradas con huevos y velas. Agarró la nota doblada y se dejó caer en la silla que presidía la mesa para leerla.

Jase:

Creo que sabes por qué he decidido irme, así que me ahorraré las disculpas. También sé que es una cobardía por mi parte hacerlo de esta manera, pero sinceramente creo que no habría podido soportar despedirme de los niños. Me he acostumbrado a ellos y los quiero demasiado.

Como ellos empiezan su semana de vacaciones de primavera a partir de hoy, creo que es el mejor momento para marcharme. Los gemelos estarán en casa para cuidar de Rachel y estoy segura de que podrán apañárselas sin mí. Además, así tú dispondrás de una semana para encontrar una sustituta. He dejado preparada comida para varios días en la nevera con instrucciones para que lo calentéis, así que no vais a moriros de hambre mientras tanto.

Dile a los niños... bueno, diles que los quiero y que los echaré mucho de menos. Si te preguntan por qué me he ido, diles que me han ofrecido un puesto de trabajo como profesora en otra ciudad. No sería del todo una mentira, ya que espero que pronto sea verdad. Mientras, he decidido hacer un viaje. Quizá haga una serie de fotografías sobre los girasoles de Texas. Todo está muy bonito ahora y seguro que encuentro muchos temas de inspiración.

He hecho huevos de Pascua para Rachel. Están en la cesta grande. Puedes decirle a Tara y Clay que se los escondan. Las otras dos cestas son para Tara y Clay. Las he llenado de sus dulces favoritos y he incluido varias fotos que les saqué.

Por favor, no creas que te culpo por lo que ha pasado entre nosotros ni pienses que estoy enfadada contigo. No lo estoy. Supe las reglas desde un principio. Desgraciadamente, descubrí demasiado tarde que mi corazón se negaba a vivir limitado por ellas.

También te dejo una foto tuya. La tomé el día en que me descubriste haciendo fotos en el granero a la mamá gata con sus gatitos. Tú siempre tratas de que todos crean que eres una persona sin sentimientos ni corazón. Pero mira detenidamente la foto. Creo que tu corazón se puede ver reflejado en tus ojos.

Sé feliz, Jase, y procura reservar un poco de tu tiempo para tus hijos. Te quieren y te necesitan.

Annie.

Con los ojos llenos de lágrimas, Jase cerró la mano que sostenía la carta, arrugándola sin darse cuenta. Luego, tragando saliva, agarró la foto que Annie le había dejado y la miró. Pero no fue su imagen la que vio, sino la de Annie aquella tarde en el granero después de que hubieran bajado del desván. Ella tenía entonces el rostro enrojecido por la excitación y los ojos brillantes.

Annie disfrutaba mucho con las cosas sencillas. Siempre estaba sonriendo y haciendo reír a los que tenía alrededor. Además, era una mujer muy generosa y sabía tratar a los niños de una manera especial.

Iban a echarla mucho de menos.

Pero no más que Jase.

Sorprendido por la emoción que le oprimía la garganta, agarró la nota y se la metió en el bolsillo. Después se levantó.

Pero era mejor así, se dijo una vez más mientras se dirigía a la puerta del jardín.

Si Annie no estaba delante, no podría hacerle daño.

Capítulo 8

Rachel entró en el granero como una exhalación, seguida por los gemelos. Jase, que estaba inclinado sobre su mesa de trabajo, levantó la cabeza. Pero al ver la cara alegre de la niña, volvió a bajarla.

—¿Dónde está Annie? Me ha hecho una cesta de Pascua y quiero darle las gracias.

Jase miró a su hija y luego a los gemelos, que lo estaban observando con gesto serio como si sospecharan la verdad.

—Se ha marchado —explicó, bajando la vista.

—¡Marchado! —gritaron los tres a la vez.

—Sí... le han ofrecido un puesto de profesora —añadió, utilizando de un modo cobarde la excusa que Annie le había sugerido.

—¡Pero no se puede marchar! —gritó Rachel con los ojos húmedos.

—Pues se ha marchado —repitió Jase con más dureza de la que habría querido—. Así que será mejor que os vayáis acostumbrando a la idea.

Las lágrimas comenzaron a derramarse por las mejillas de Rachel, que comenzó a llorar histéricamente y salió corriendo hacia la casa. Tara se quedó mirando un momento a Jase y luego salió también corriendo detrás de su hermana.

—Se ha ido por culpa tuya —lo acusó Clay—. Sabía que la obligarías. Sabía que si no eras amable con ella, Annie no iba a quedarse mucho tiempo.

—Pero sí que he sido amable —protestó Jase, sabiendo que mentía.

—¡No es cierto! A Annie le gustaba estar aquí y nos quería. Se ha ido por culpa tuya. Tú siempre tienes que estropearlo todo. ¡Todo! —gritó Clay enfadado.

El muchacho se dio la vuelta y salió corriendo hacia la casa.

Jase había pasado momentos malos en su vida. Había experimentado la tristeza de una manera profunda a una edad en que la mayoría de los chicos de su edad ni siquiera se imaginaban que pudieran existir las desgracias. Pero no podía recordar haberse sentido ni siquiera entonces tan mal ni tan solo.

La marcha de Annie había dejado un hueco en su corazón y en su casa. Un hueco enorme que parecía absorber su energía, la de sus hijos y la de su casa. Los niños se pasaban todo el día vagando, con un aspecto melancólico y perdido, y había un silencio en la casa que era casi ensordecedor. Ya no se oían alegres risas ni gritos. Tampoco había sonrisas amables que lo saludaran por la mañana en la cocina, ni

picnic improvisados, ni masajes al lado del río. Ya no encontraba el consuelo de despertarse y encontrar un cuerpo acurrucado contra el suyo.

Ya no estaba Annie.

Aunque Jase sabía que habría tenido que ir la misma tarde en que ella se había ido a la ciudad a buscar una nueva niñera, no había tenido fuerzas ni siquiera para escribir una nota y mucho menos para llevarla al periódico de la localidad. Había conseguido llegar hasta el fin de semana a duras penas. Pero el lunes siguiente por la mañana descubrió que seguía sin aceptar la partida de Annie. Su ausencia le seguía resultando entonces tan dura como el día en que había encontrado su nota. Y todavía no había hecho nada por conseguir una sustituía.

Nadie podría sustituir a Annie. Ni en su casa ni en su corazón.

Dio un suspiro y se volvió desde la ventana para ir hacia la cama. Aunque sabía que tardaría mucho tiempo en conciliar el sueño, tendría que intentar descansar. Tenía mucho trabajo, tenía una casa y un rancho que gobernar, además de tres hijos a los que cuidar...

Acababa de tumbarse y apoyar la cabeza en la almohada cuando la puerta de su dormitorio se abrió bruscamente. Se incorporó y vio a Clay en la puerta con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada.

—¡Es Tara, ven rápido!

Jase se levantó y agarró sus vaqueros.

—¿Qué le ha pasado?

Pero Clay ya iba corriendo por el pasillo.

Jase lo siguió con el corazón encogido. Bajó las escaleras y vio que Clay estaba de pie en la puerta del cuarto de baño, mirando a algo que yacía en el suelo.

El muchacho se volvió hacia Jase, totalmente pálido.

—Creo que está muerta —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Jase llevaba en brazos a Rachel, que lloraba desconsoladamente contra su pecho.

—Vamos, vamos, tesoro. Tara se va a poner bien, ya lo verás —le aseguró, rezando en silencio por que fuera verdad.

Jase miró hacia la fila de camas que había detrás del cristal de la sala de urgencias y cerró los ojos, incapaz de soportar el miedo que sentía. Recordó el rostro pálido de Tara y su cuerpo inmóvil mientras la ambulancia la llevaba al hospital.

«Por favor, no te mueras», rezó en silencio. «Oh, Dios, por favor, no dejes que se muera».

—¿Papá?

Jase abrió los ojos y vio a Clay enfrente suyo. El chico estaba igual de asustado que él.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —Clay tragó saliva—. Tara no va a morir, ¿verdad?

Sin pensarlo, Jase tendió un brazo hacia él y Clay enterró el rostro contra su pecho.

—Sí, se va a poner bien —aseguró, abrazando a sus hijos y ofreciéndoles el consuelo que necesitaban.

El mismo consuelo que él encontraba al abrazarlos.

—¿Señor Rawley?

Jase levantó la cabeza y notó que el corazón le salía por la boca.

—¿Sí?

—Ya puede ver a su hija.

Cuando Jase se encaminó hacia allí sin soltar a Rachel ni a Clay, la enfermera levantó una mano.

—Solo usted —afirmó—. Los niños tendrán que esperar.

Clay soltó a su padre y agarró a Rachel.

—Yo la cuidaré, papá.

Jase miró a su hijo con orgullo y se dio cuenta de lo mucho que había crecido. Clay había madurado notablemente mientras Jase había estado dedicándose al rancho, sin atender a sus hijos.

—Gracias, Clay —dijo, dejando a Rachel en sus brazos. Luego puso una mano sobre el hombro del chico—. Hablaré con ellos para que nos dejen entrar a todos —prometió.

Jase esbozó una sonrisa para infundirles ánimo y después siguió a la enfermera hacia la zona reservada. Mientras esta corría la cortina, Jase tomó aire profundamente, preparándose para lo que iba a ver.

Tara estaba tumbada en un estrecho espacio con los ojos cerrados y la cara tan pálida como la almohada donde apoyaba la cabeza. Le habían colocado dos tubos en la nariz y de su muñeca salía un tubito para el suero. Se oía un sonido rítmico procedente de algún punto de la habitación.

A Jase no le dejaba hablar el miedo, pero hizo un esfuerzo.

—¿Ha... ?

—Ha estado a punto —replicó el doctor, contestando a la pregunta que Jase no se había atrevido a formular—, pero va a ponerse bien.

Jase dejó escapar un suspiro.

—Le hemos hecho un lavado de estómago para eliminar todas las pastillas que se ha tomado y ya le estamos administrando medicación para eliminar las toxinas que se hayan podido filtrar a la sangre. Necesitará cuidado constante durante unos días, pero se pondrá bien.

—Gracias —murmuró Jase, incapaz de dejar de mirar el rostro de

su hija.

Con las piernas temblorosas, caminó hacia la cama y agarró la mano de la adolescente.

—¿Tara? Mi niña, soy papá. Vas a ponerte bien, cariño. Vas a ponerte bien.

Jase sintió que las lágrimas no le dejaban hablar y tragó saliva al ver que su hija abría los ojos y lo miraba despacio.

—¿Papá?

Fue nada más que un susurro, pero Jase no recordaba haber oído nada más bonito en mucho tiempo.

—Sí, cariño, soy yo —le apretó ligeramente la mano—. Nos has dado un buen susto, pero el médico dice que te pondrás bien.

Los ojos de Tara se llenaron de lágrimas y su barbilla comenzó a temblar.

—Llo siento, papá, no quería asustarte.

Jase se sentó en el borde de la cama y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Ya lo sé, hija.

—Echaba mucho de menos a Annie.

—Ya lo sé, todos la echamos de menos —admitió él

—Pensé que... si me ponía mala, a lo mejor ella volvía para cuidar de mí.

—Oh, hija —murmuró él, inclinándose y besándola en la frente.

En ese momento, sintió una mano en la nuca y unos dedos que lo acariciaban. Cerró los ojos y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Te quiero, Tara —susurró, incorporándose para mirarla a los ojos—. Te quiero mucho, hija.

Jase vio la sorpresa que había en los ojos de su hija y sintió como si se hubiera quitado del pecho un peso enorme.

—Te quiero, hija —repitió, temblándole los labios.

—Yo también te quiero, papá —dijo llorosa, abrazándolo de nuevo.

—¿Papá?

Jase tiró otro fardo de heno a la camioneta desde lo alto del granero y miró a su hijo.

—¿Sí, hijo?

—¿Echas de menos a Annie?

Jase vaciló un momento, ya que no estaba acostumbrado a compartir sus sentimientos. Pero apretó los labios y decidió que ya era hora de empezar a hacerlo.

—Sí, hijo, la echo de menos.

—Yo también —respondió el niño con tristeza—. Y también Rachel

y Tara.

—Sí, ya lo sé.

—¿Tú crees que volvería si se lo pidiéramos? A lo mejor puedes ofrecerle un aumento de sueldo o algo así.

Jase soltó una carcajada y agarró otro fardo de heno.

—Dudo que el dinero sea suficiente incentivo para que vuelva.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Echas de menos a mamá?

Jase se quedó inmóvil. Luego, muy despacio, se volvió hacia su hijo.

—Sí, ¿por qué?

Clay se encogió de hombros.

—No lo sé, solo por curiosidad. Yo también la echo de menos, pero creo que ya no pienso en ella tanto como antes, ¿sabes? Y eso me hace sentirme… culpable.

Jase se quitó los guantes de cuero y se sentó sobre los fardos de heno que Clay había ido colocando junto a la abertura en la pared del granero. Luego dio un golpecito a su lado para que su hijo se sentara.

—Sí, hijo, sé lo que quieres decir. Pero creo que mamá lo entendería. Ella forma parte de nosotros y siempre será así. Pero ya no está con nosotros y ella no querría que estuviéramos continuamente echándola de menos y recordándola.

—Sí, me imagino que tienes razón. Yo tampoco querría que estuvierais llorado y recordándome continuamente si hubiera sido yo el que hubiera muerto.

Al oír aquellas palabras, Jase no pudo evitar abrazar a su hijo y estrecharle contra sí.

—Yo sí que te echaría de menos. Por lo menos, duramente uno o dos segundos —añadió en broma, tratando de aliviar a su hijo de aquellos melancólicos pensamientos.

Clay soltó una carcajada y dio un codazo a su padre.

—En caso contrario, volvería en forma de fantasma y no te dejaría en paz.

Jase revolvió el pelo de su hijo, riéndose a carcajadas.

—¿Por qué piensas esas cosas?

Clay se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que por Annie —al decirlo, miró a su padre a los ojos—. Creo que estaba enamorada de ti, papá.

El corazón de Jase palpitó con fuerza contra su pecho.

—Quizá.

—Quizá no, seguro. Lo veía por la forma en que te miraba. Era una

mirada alegre e inteligente a la vez.

—No empieces a imaginarte cosas que no son verdad —lo advirtió Jase.

—No me estoy imaginando nada —insistió Clay—. Tara también se dio cuenta. Ella incluso pensó que tú también estabas enamorado de ella.

—Bueno, la tenía cariño —admitió él de mala gana.

—Entonces, ¿por qué hiciste que se fuera? —quiso saber Clay.

Jase se levantó y golpeó los guantes contra sus pantalones vaqueros.

—Yo no la eché. Fue ella quien decidió marcharse.

—Porque pensó que tú no querías que se quedara. Si la hubieras dicho que la tenías cariño, apuesto a que se habría quedado. Y también apuesto a que volvería si se lo dijeras ahora.

—¿Decírselo ahora? —preguntó sorprendido Jase.

—Sí —aseguró Clay, sonriendo ante la idea—. Podrías llamarla. O mejor aún, podrías ir a verla. Ella te dijo dónde iba a estar, ¿no?

—No —dijo él, tratando de recordar la nota que Annie había dejado—. No exactamente. Ella simplemente dijo que iba a hacer un viaje y a hacer fotos a los girasoles.

—Podríamos encontrarla. Sé que podríamos. Los mejores girasoles del estado están en Hill Country.

—Sí —respondió Jase, pensando en que había cientos de kilómetros de distancia hasta allí—. Es verdad.

—¡Pues entonces vamos! —dijo Clay, dando golpes a su padre en la espalda—. Todavía nos quedan dos días sin escuela, así que podría servirnos de vacaciones. Nunca hemos hecho un viaje.

—Creo que tienes razón —respondió su padre—, ya es hora de que hagamos un viaje —añadió, abrazando a su hijo y dirigiéndose con él hacia la escalera.

—¿Hasta dónde vamos a ir, papá? —preguntó Rachel desde el asiento trasero.

—No lo sé, tesoro —Jase miró por el espejo retrovisor.

—Estoy cansada de ir en coche —se quejó la niña.

Después de dos días de conducir sin parar, deteniéndose en los moteles solo cuando era ya de noche, también Jase lo estaba. Además, no habían visto ni rastro de Annie y él estaba a punto de rendirse.

Tara, que se daba cuenta del estado de ánimo de su padre, agarró un libro de su mochila y dio un golpecito en el brazo a Rachel.

—Voy a leerte un cuento, Rachel —se ofreció rápidamente.

—¿Me harás todos los sonidos como hace Annie? —preguntó Rachel con esperanza—. ¿Y cambiarás la voz para cada personaje?

—Sí —prometió Tara.

Jase vio por el espejo retrovisor que Tara soltaba el cinturón de seguridad de la niña y la ponía sobre su regazo. Luego ajustó su cinturón para que pudiera caber ella también.

—Había una vez una princesa que vivía en un castillo lejano...

—Annie no lo lee así —protestó Rachel, frunciendo el ceño.

Tara dio un suspiro resignado y se aclaró la garganta. Luego comenzó de nuevo, fingiendo la voz de una anciana.

Jase esbozó una sonrisa y continuó mirando a la carretera. Sus hijos eran maravillosos, pensó, guiñando los ojos para protegerlos del fuerte sol. Eran tres niños estupendos.

Annie abrió el maletero y metió dentro la cámara. Después estiró los brazos para aliviar la tensión.

Había tirado por lo menos seis rollos de película en los últimos cinco días y había recorrido unas novecientas millas por carretera, además de caminar bastante para encontrar los lugares más apropiados. Había fotografiado prímulas, girasoles, buganvillas, tulipanes, lirios. En Texas, había una rica tradición y sus flores silvestres, de todos los colores del arco iris, se cuidaban y mantenían por todas partes.

Pero la belleza espectacular de aquellos campos en flor y la paz de aquel entorno no fueron capaces de borrar el recuerdo de la familia Rawley ni de suavizar el dolor de haberlos dejado.

En ese momento, sintió que le picaban los ojos debido a las lágrimas, pero se pasó el dorso de la mano, diciéndose que no iba a llorar más.

Ya había llorado bastante.

Sin embargo, mientras se sentaba detrás del volante, las lágrimas siguieron brotando de sus ojos, dificultándole la visión de los últimos rayos de sol. Decidida a conducir hasta que el agotamiento le asegurara que iba a poder conciliar el sueño, buscó en la radio una emisora de música de rock y salió a la carretera principal.

Completamente agotado, pero incapaz de conciliar el sueño, Jase se levantó y miró por la ventana del motel donde estaban pasando la noche. La ventana daba al aparcamiento. Más allá, se veía la autopista. De vez en cuando, pasaba un coche y Jase lo seguía con la vista hasta estar seguro de que no era Annie.

Dio un suspiro y colocó la mano contra la pared al tiempo que levantaba la vista hacia el letrero de Habitaciones vacías, que se encendía y apagaba delante de él. Se preguntaba cuántos días más aguantarían los niños a ese ritmo. En ese momento, estaban dormidos. Tara y Rachel, en una cama; Clay, en la que se suponía que tenía que

acostarse también él. Pero el muchacho estaba tumbado, ocupándola enteramente.

De pronto, un coche aparcó frente a la recepción del motel. Jase se estiró un poco, seguro de que conocía aquel coche.

«No puede ser», se dijo mientras esperaba que el ocupante del mismo saliera a la luz. Pero cuando la puerta del coche se abrió y salió una mujer, Jase sintió como si le hubieran puesto un alambre de acero alrededor del pecho y tiraran de él.

«Annie».

La vio desaparecer dentro de la recepción sin atreverse a parpadear, ya que temía que, si se movía, podía perderla de nuevo. Pero cuando la muchacha volvió al coche poco después con una tira de plástico en la mano, Jase fue hacia la puerta.

—Papá, ¿dónde vas?

Jase se detuvo al oír la voz de su hijo.

—No puedo dormir —le explicó en voz baja, tratando de mantener la calma y no queriendo decir a su hijo nada para no levantar falsas esperanzas—. Así que voy a dar un paseo. Cuida de las niñas por mí, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió Clay.

El chico bostezó y se giró hacia un lado, tapándose la cabeza con la manta.

Jase abrió la puerta y salió. En seguida vio el coche de Annie y se dirigió hacia las escaleras.

Cuando llegó al aparcamiento, estaba sin aliento y le sudaban las manos. Se detuvo en las sombras y observó cómo Annie sacaba del coche una bolsa de viaje. Luego fue hacia una de las puertas de la planta primera.

Cuando ella metió la llave en la cerradura, Jase salió de las sombras.

—¿Annie?

Ella se giró con una expresión de miedo en la mirada y disponiéndose a encerrarse rápidamente en la habitación.

—Jase? ¿Qué haces aquí?

—Buscándote.

Entonces se le cayó la bolsa de viaje, chocando contra el suelo de cemento.

—¿A mí? Pero... ¿y dónde están los niños? Jase hizo un gesto hacia las escaleras.

—En una habitación, dormidos.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? Jase metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—No lo sabía. Llevo dos días buscándote.

—Pero... ¿por qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó, dando un paso hacia él—. ¿Les ha pasado algo a alguno de los niños? ¿A Tara?

—Está bien. Al menos, ahora lo está.

Jase vio que Annie se ponía pálida y se dio cuenta de que la estaba asustando sin necesidad.

—Hablemos dentro —le sugirió, quitándole la llave y abriendo él la puerta.

Luego agarró su bolsa de viaje y esperó a que ella entrara antes que él.

Annie pasó, pero nada más entrar, se quedó inmóvil en medio de la estancia.

—Jase, por favor, me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

Jase encendió la luz y dejó la bolsa en el suelo.

—Tuvimos un pequeño susto hace unos días —explicó—, pero ahora todo ha pasado —le aseguró.

—¿Tara? —preguntó con voz temblorosa.

Jase volvió a meterse las manos en los bolsillos y tomó aire, recordando la noche en que había encontrado a Tara tirada en el suelo del cuarto de baño. Volvió a ver su rostro blanco, sus labios azules y su respiración fatigada.

—Sí, Tara. Se tomó medio bote de pastillas.

Annie se tapó la cara con las manos.

—Oh, no —gimió—. Ha sido por culpa mía —añadió.

—No —dijo él, acercándose a ella y agarrándola cariñosamente—. De haber algún culpable, ese soy yo.

—No —repitió ella con los ojos llenos de lágrimas—. No debería haberme marchado. Sabía que ella estaba atravesando un momento difícil y también sabía lo perjudicial que sería para ella volver a perder a alguien querido. Debería haberme quedado.

—Sí —respondió Jase—, deberías haberte quedado. Pero por otras razones.

Ella lo miró con la barbilla temblorosa mientras se soltaba de él.

—Hice lo que creía que era lo mejor en ese momento. Lo mejor para todos.

—Sin embargo, los niños no opinan lo mismo: Se pusieron histéricos cuando supieron que te habías ido sin despedirte de ellos.

Annie ladeó la cabeza para mirarlo. Estaba llorando y las lágrimas le caían por las mejillas.

—No podía despedirme. Habría sido demasiado duro.

—¿Fue más fácil irte como te fuiste?

—No —afirmó, bajando la vista—. Los echo mucho de menos.

—Y nosotros te echamos también de menos a ti.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Jase, por favor, no me hagas esto —le suplicó.

—¿El qué? —preguntó confundido—. Lo único que te estoy diciendo es que los niños te echan de menos.

—Pero no puedo volver con vosotros.

—Annie...

Ella estiró la mano para detenerlo.

—No, por favor —dijo, sollozando—. Vete, por favor. Vete.

Jase se quedó mirándola. Quería tomarla en sus brazos y decirle que la amaba, quería consolarla y convencerla para que volviera... pero se dio cuenta de que no podía. Se lo impedían esas lágrimas de las que él era responsable y esas ojeras, que revelaban que, como él, no había podido dormir en varias noches. Jase se daba perfecta cuenta de lo mucho que ella había sufrido y estaba seguro de que en esos momentos lo rechazaría.

—De acuerdo —murmuró de mala gana, yéndose hacia la puerta —. Me voy y vuelvo a casa mañana. Si quieres venir con nosotros, serás bienvenida —abrió la puerta y miró hacia atrás—. Si me necesitas —añadió—, o te apetece hablar conmigo, estoy en la habitación 216.

Capítulo 9

Annie tardó mucho tiempo en quedarse dormida. Y cuando por fin lo consiguió, fue con un sueño inquieto. Después de que Jase se hubo marchado, había pensado si dejar la habitación y continuar el viaje por miedo a encontrarse accidentalmente con uno de los niños a la mañana siguiente. O lo que hubiera sido aún peor, para no tener la tentación de subir a la habitación 216.

Pero, debido al agotamiento, no se marchó.

Sabía que había hecho lo mejor yéndose del rancho. Quedarse allí, en casa de Jase, cuando no había ningún futuro entre ellos habría sido demasiado doloroso.

Pero... luego estaban los niños.

Le había sido muy difícil marcharse, incluso sabiendo que para ellos sería mejor a la larga. Si ella se quedaba, Jase habría continuado ignorándolos.

Y en ese momento, se sentía igual que si se viera forzada a dejarlos de nuevo. La súplica de Jase de que volviera con ellos era muy tentadora. Demasiado, pensó, con lágrimas en los ojos.

Pero, por otro lado, él no había revelado sus sentimientos por ella. Solo había hablado de los sentimientos de sus hijos. Eso significaba que nada había cambiado. Jase no había cambiado. Y si era lo suficientemente tonta como para volver al rancho, Annie temía que Jase volviera a comportarse como antes, que volviera a ignorar a los niños y los dejara a su cuidado. Sin embargo, ella sabía que esos niños necesitaban a su padre mucho más que a su niñera.

Pero, ¡cómo los echaba de menos!, pensó, reprimiendo el llanto y obligándose a levantarse para darse una ducha. Tara, Clay, la pequeña Rachel... los quería mucho a todos.

Y a Jase al que más.

Tara esperó hasta que oyó los pasos de su padre en las escaleras de metal de fuera de su habitación. Entonces se acercó a la ventana y corrió un poco la cortina para mirar afuera.

—Papá está haciendo cosas muy raras —dijo, mordiéndose las uñas.

Clay colocó las manos debajo de la cabeza y estiró las piernas. Tenía puesta su atención en la pantalla del televisor.

—Papá siempre hace cosas raras.

Tara lo miró con el ceño fruncido. Luego volvió a mirar por la cortina.

—Sí, pero ahora es diferente —dijo la muchacha, sintiendo un

escalofrío por la espalda—. Ayer estaba de muy buen humor y, de repente, esta mañana parece deprimido, como si alguien se hubiera muerto.

—Quiero ver Scooby Doo —se quejó Rachel desde su cama.

Clay frunció el ceño, pero cambió de canal y en seguida aparecieron los dibujos animados que había pedido la pequeña.

—Probablemente esté cansado —le dijo Clay a Tara—. Ayer no pudo dormir.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tara, volviéndose para mirar a su hermano.

Clay se encogió de hombros y tiró el mando de la televisión, resignándose a ver los dibujos animados que había elegido Rachel.

—Porque le oí abrir la puerta y le pregunté dónde iba.

—¿Y dónde fue?

—A dar un paseo.

—¿En mitad de la noche?

—Sí —respondió el chico.

—¡Qué raro! —murmuró Tara, mirando de nuevo por la ventana. Entonces vio cómo su padre salía hacia la autopista y giraba—. ¡Clay!

—¿Me dejas en paz? Rachel y yo estamos intentando ver la televisión.

—¡Clay, ven aquí!

El chico dio un suspiro y se levantó perezosamente de la cama.

—¿Qué demonios quieres?

—Mira, ¿no es ese el coche de Annie?

Clay frunció el ceño y se acercó rápidamente a la ventana. Al mirar hacia fuera, abrió los ojos de par en par.

—¡Maldita sea!

Los gemelos se miraron el uno al otro.

—¿Te imaginas... ? —comenzaron los dos a la vez.

Luego salieron corriendo hacia la puerta.

—Vamos, Rachel —gritó Tara.

—No quiero ir —protestó Rachel—. Quiero ver los dibujos animados.

—¡Annie está aquí! —le gritaron los gemelos—. ¡Date prisa!

Rachel se levantó de la cama y parpadeó dos veces.

—¿Annie? ¿Dónde? —Abajo. ¡Vamos!

Annie metió el secador de pelo en la bolsa de viaje y cerró la cremallera. Después de echar un vistazo a la habitación para asegurarse de que no se dejaba nada, agarró la bolsa, dispuesta a marcharse. Pero antes de abrir la puerta, se oyó un golpe suave. Annie hizo un gesto de impotencia.

—Por favor, no me hagas esto más difícil todavía —dijo, segura de que era Jase quien estaba al otro lado.

Luego tomó aire y abrió la puerta.

Al ver que eran Rachel, Tara y Clay, dio un paso hacia atrás, sorprendida. Miró para ver si había alguien más y de nuevo los miró a ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Dónde está vuestro padre?

Rachel esbozó una amplia sonrisa.

—Ha ido a comprarnos el desayuno. Hola, Annie.

Annie se llevó una mano a los labios mientras se arrodillaba y abría los brazos. Rachel se arrojó a ellos y estuvo a punto de tirarla. Sin soltar a la niña, Annie agarró a Tara de la mano y, riendo, la abrazó también.

—¡Qué alegría veros a los tres! —exclamó, reprimiendo las lágrimas.

Seguidamente, soltó a Rachel y se levantó, riendo y llorando a la vez.

—¿Tú no me vas a dar un beso, grandullón?

Con las mejillas rojas, Clay se acercó y le dio un tímido abrazo. Luego se volvió y bajó la cabeza, sonriendo.

Annie se puso una mano en el corazón.

—No me lo puedo creer —dijo, riéndose—. ¿Sabe vuestro padre que estáis aquí?

—No —respondió Tara—. Y no creerá que te hayamos encontrado. Llevamos buscándote varios días.

—Muchos días —aseguró Rachel, haciendo un gesto dramático. Luego agarró de la mano a Annie y sonrió—. Pero ya te hemos encontrado y ahora puedes venirte a casa a vivir con nosotros otra vez.

Annie se arrodilló frente a Rachel.

—Oh, no, cielo. No puedo hacerlo.

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas.

—Pero papá ha dicho que vendrías.

Annie miró a Tara y esta se encogió de hombros.

—Papá dijo que íbamos a ir a buscarte para llevarte de vuelta a casa —la chica miró a Clay, buscando apoyo y este asintió rápidamente.

—¡Pero no puedo volver! —exclamó Annie.

—¿Por qué no? —quiso saber Clay.

—Niños.

Al oír la voz de Jase, los cuatro se volvieron hacia la puerta.

—¿Qué estáis haciendo todos aquí? Creí que os había dicho que no

salierais de la habitación.

Rachel agarró la mano de su padre y trató de que se metiera dentro.

—¡Hemos encontrado a Annie, papá! ¿lo ves? Está aquí.

Annie se levantó despacio y se pasó las manos nerviosamente por los vaqueros.

—Buenos días, Jase.

Jase frunció el ceño.

—Buenos días. Siento que los niños te estén molestando —dijo, poniendo una mano sobre el hombro de Rachel y llevándola hacia fuera—. Me los llevaré ahora mismo.

—¡No, papá! —exclamó Clay.

Jase le lanzó a su hijo una mirada de aviso.

—Vamos, hijo. Estoy seguro de que Annie está impaciente por ponerse en camino.

—Pero no podemos irnos, papá. Queremos que Annie se venga con nosotros.

—Ya se lo he pedido yo —explicó Jase, mirando a Annie—, y me ha dicho que no.

—Pero, ¿le has dicho que... ?

—Clay...

—¡Pero papá!

Tara se subió sobre la cama y se cruzó de brazos.

—No iré a ningún sitio. Me quedo aquí con Annie.

Jase dio un paso hacia ella.

—Tara Michelle Rawley...

Ella alzó la barbilla.

—No voy a irme, y tú no puedes obligarme.

Rachel cerró los puños y se puso en jarras.

—Y yo no voy a ningún sitio si Tara no se va.

—Papá, si le dijeras a Annie que la quieres... —dijo Clay.

Jase se volvió hacia él con una mirada de advertencia mientras Tara se levantaba despacio de la cama.

—¿Papá quiere a Annie?

Clay se puso muy recto y sostuvo la mirada furiosa de su padre.

—Sí, la quiere. Me lo dijo él mismo.

Tara dio un paso hacia su padre.

—¿Y nunca se lo has dicho?

Jase sintió que se empezaba a ruborizar.

—Bueno... no exactamente.

—¡Papá! —gritó Tara.

Jase miró a Annie, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quise hacerlo —dijo—. De verdad.

—Pues entonces hazlo ahora —sugirió Tara, haciendo un gesto hacia Annie—. ¡Díselo ahora!

Jase se quedó callado unos segundos, frunciendo el ceño.

—Eso no se puede decir delante de otras personas...

Tara agarró a Rachel de la mano y se la llevó hacia la puerta.

—Vamos, Clay —ordenó con impaciencia a su hermano—. No te preocupes por nosotros, papá. Estaremos en nuestra habitación viendo la tele. Tarda lo que quieras. No hay prisa hasta las doce.

La puerta se cerró con un golpe que hizo eco en la habitación, repentinamente silenciosa.

Jase se volvió despacio hacia Annie.

—Lo siento. Nada está saliendo como yo había pensado.

Annie miró a Jase con el corazón encogido. No se atrevía a albergar la esperanza, pero no podía evitarlo. Clay había dicho que su padre la amaba. ¿No? Pero si era así, pensó, iba a tener que decírselo por sí mismo. No aceptaría nada menos que eso.

—¿Qué habías pensado? —preguntó, conteniendo el aliento.

—Bueno, te había traído rosas y bombones, que en este momento deben estar, respectivamente, marchitándose y derritiéndose dentro del coche —aseguró él, gesticulando—. Pero, ¿quién demonios puede preparar nada romántico con tres niños pisándole los talones y estropeándolo todo?

Annie dio un paso hacia él. Luego se detuvo y se puso las manos en la cintura.

—Son unos niños maravillosos.

Jase soltó un suspiro y luego esbozó una sonrisa.

—Sí que lo son, ¿verdad?

—Los mejores.

La sonrisa de Jase se borró poco a poco, al tiempo que se sentía sobrecogido por la belleza de Annie, así como por la pureza y la bondad de su corazón.

—Te amo, Annie. Me faltan las palabras.

Annie dio un paso hacia él y luego se detuvo. Le temblaba la barbilla.

—Pero nunca me lo has dicho. La noche pasada te quedaste ahí mismo y no fuiste capaz de decirme nada de lo que sentías. Me hablaste de los niños, pero no de lo que tú querías.

—Lo sé —reconoció con tristeza, deseando abrazarla. Pero no lo hizo porque quería terminar de explicarse—. Quería confesártelo. Lo tenía pensado, pero te enfadaste mucho cuando te dije lo de Tara y no me pareció el momento adecuado.

—Pero, ¿y si me hubiera ido? —gritó, poniéndose nerviosa solo de pensar en esa posibilidad—. De hecho, estuve a punto de hacerlo.

—Me imaginé que lo harías y por eso me he pasado toda la noche sentado en las escaleras.

Annie abrió los ojos sorprendida.

—¿Te quedaste toda la noche en las escaleras?

—Sí. No pensaba dejar que te fueras.

Annie reparó en las ojeras que tenía debajo de los ojos y no pudo evitar emocionarse. También sus hombros caídos demostraban que había estado toda la noche sin dormir.

—Oh, Jase —murmuró, llevando una mano a los labios de él.

—Esta mañana, cuando se despertaron los tres con ganas de desayunar, tuve que inventarme un pequeño truco para que no pudieras escapar.

Annie no supo qué decir cuando vio que él sacaba del bolsillo una bujía.

—¡No puede ser!

—Sí. No podía arriesgarme a perderte de nuevo —se metió la bujía de nuevo en el bolsillo y levantó la vista para mirarla fijamente a los ojos—. Cásate conmigo, Annie —suplicó en voz baja—. Cásate conmigo y alivia toda mi tristeza.

Ella, aunque sorprendida por las palabras, soltó una carcajada.

—¿Aliviar tu tristeza? ¿Qué clase de declaración es esa?

Jase se acercó a ella y tomó sus manos entre las

—Una declaración totalmente sincera. He estado perdido sin ti, Annie. Estaba muy deprimido.

Annie, riendo, liberó sus manos y le agarró el rostro.

—Si sigues hablando así, me voy a desmayar.

Jase la agarró por la cintura y buscó sus labios.

—Te amo, Annie —repitió, rozando sus labios—. Me gusta tu forma de vestir, tu olor y tu forma de andar. Adoro tu corazón, tus manos y tus pies. Incluso creo que me llegará a gustar ese color azul que usas para las uñas.

Annie lo abrazó con lágrimas en los ojos.

—Y yo también te amo.

Dando un suspiro de alivio al oír que ella también lo amaba, la abrazó y la apretó contra su pecho.

—Cásate conmigo —repitió, agarrando su rostro para mirarla a los ojos—. Cásate conmigo y entra a formar parte de nuestra familia.

—Oh, Jase, siempre quise tener una familia —aseguró.

—Entonces cásate conmigo y compartiremos la mía —insistió Jase, limpiándole una lágrima que corría por su mejilla.

—¡Sí!

Jase la levantó del suelo y empezó a dar vueltas.

—Te haré feliz. Lo juro.

—No podría estar más feliz de lo que ahora estoy.

Jase se tropezó con el borde de la cama y cayó de espaldas sobre esta, sin soltar a Annie, que cayó sobre él. Jase le agarró el rostro entre las manos y le secó las lágrimas.

—Me has hecho muy feliz —confesó, sonriendo—, más feliz, de lo que se merece un bruto coma yo.

—Oh, Jase —murmuró ella entre sollozos de alegría.

Annie se tumbó a su lado y apoyó la cabeza sobre su hombro. Luego, esbozando una sonrisa, se estiró para darle un beso en la mejilla.

—¿Crees que los niños me aceptarán? —preguntó, poniéndose seria de repente.

—¡Debes estar de broma! —replicó él, mirándola sorprendido—. Los niños te quieren con locura.

Ella bajó la vista y le acarició el pecho.

—Sé que les gusto como niñera —levantó la vista y lo miró a los ojos—. Pero, ¿también me aceptarán cómo madre? No es que yo vaya a intentar sustituir a su madre natural… —añadió rápidamente.

Jase la apretó entre sus brazos.

—Ya lo sé, y los niños también lo saben. Ellos te quieren, Annie. Nunca lo dudes.

Annie entonces dio un suspiro de alivio y se apretó contra él.

—¿Vamos entonces a decírselo?

Jase agachó la cabeza para rozarla con sus labios.

—Están muy ocupados viendo la tele. Además, la hora de dejar la habitación no es hasta las doce —señaló, metiendo una mano por debajo de su blusa.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Annie cuando Jase puso su mano sobre uno de sus senos.

—Sí, eso es cierto —murmuró ella.

Jase esbozó una sonrisa.

—Sí, y ya sé qué vamos a hacer en el tiempo que resta hasta entonces.

Fin